

¿Te perdiste una edición previa?

FIESTA
FAMILIAS
MAGIA
COMIDA
DESIERTO
PLANTAS
COREA
VIOLENCIA

¿Qué es una mujer? ¿Acaso se define únicamente por su sexo y su biología? En tal caso, ¿en qué se convierte cuando los estrógenos se largan?

MARIE CHARREL

Apenas muy recientemente la viripausia o andropausia ha comenzado a dejar de ser un tema tabú tanto en el mundo científico como en la cultura popular.

LYDIA CACHO

El erotismo y la excitación pueden perdurar toda la vida, aunque el cuerpo ya no pueda responder.

MANUEL HERNÁNDEZ

En nuestra cultura obsesionada con la juventud, hay algo sobre la palabra menopausia que genera asociaciones negativas con la edad, como si fuera una señal de deterioro y vergüenza y no un indicativo de mayor sabiduría.

LISA MOSCONI

En la vida postmenopáusica puede existir un renovado interés sexual tras años de dedicación a la familia, a los hijos y otras obligaciones.

ANNA FREIXAS

Para un viejo en los umbrales de la muerte no podía haber un momento de mayor olvido que cuando estaba envuelto en la piel de una muchacha joven.

YASUNARI KAWABATA

¡Te la enviamos!
suscripciones@revistadelauniversidad.mx



Visita nuestra plataforma digital:
www.revistadelauniversidad.mx

MENOPAUSIA Y ANDROPAUSIA

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

NÚM. 889, NUEVA ÉPOCA

\$50 ISSN 0185 1330

MENOPAUSIA Y ANDROPAUSIA

¿Somos la única especie que vive la menopausia? ¿Qué es el Síndrome de Déficit de Testosterona? ¿El deseo sexual termina con la vejez? ¿Existe una postmenopausia queer?

Dario Alemán • María Paz Amaro
Sergio Raúl Arroyo • Sheerly Avni
Gioconda Belli • Lydia Cacho • Marie Charrel • Anna Freixas • Gabriela Frías Villegas • Oswaldo Gallo Serratos • Nayeli García Sánchez
Verónica González Laporte
Alejandro Heredia Barbero • Manuel Hernández • Yasunari Kawabata
Ralf König • Magali Lara • Lisa Mosconi • Alejandra Ortiz Medrano
Elva Peniche Montfort • Lesly Portocarrero • Joca Reiners Terron
Brenda Ríos • José Eugenio Sánchez
Marta Sanz • Abraham Villa Figueroa • Carmen Villoro

ENTREVISTA
CON AMIR REZA
KOOHESTANI
KARIM HAUSER

EL NIETO DE LA
GORDA SE VA A
TIRAR AL MAR
CARLA GLORIA COLOMÉ

BAÑOS
MINA
ALDO MARTÍNEZ SANDOVAL

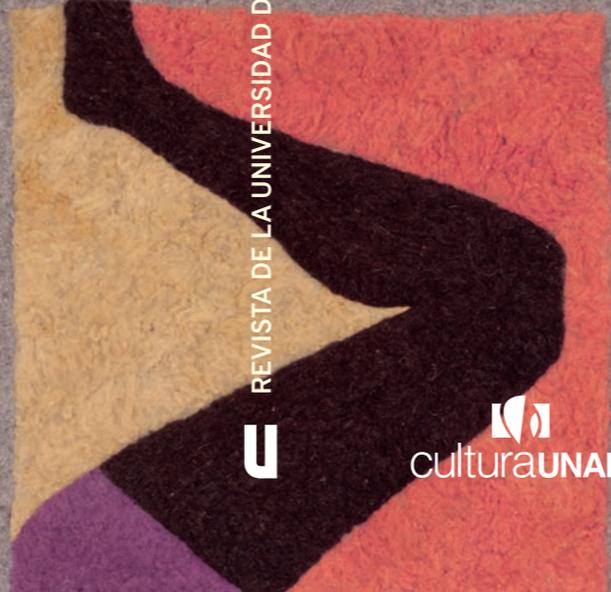
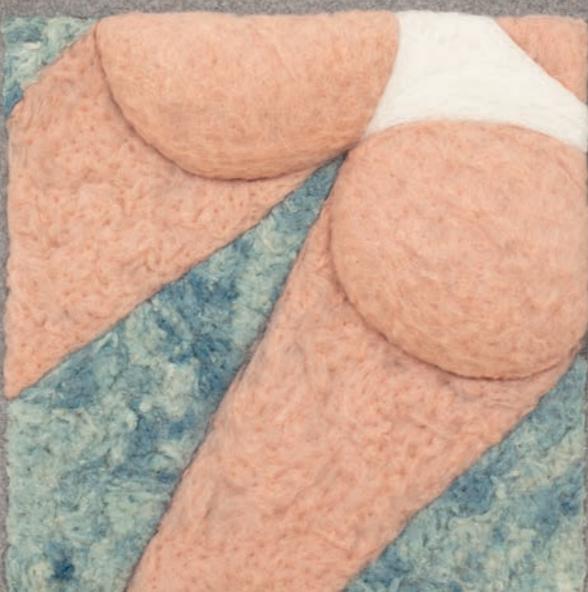
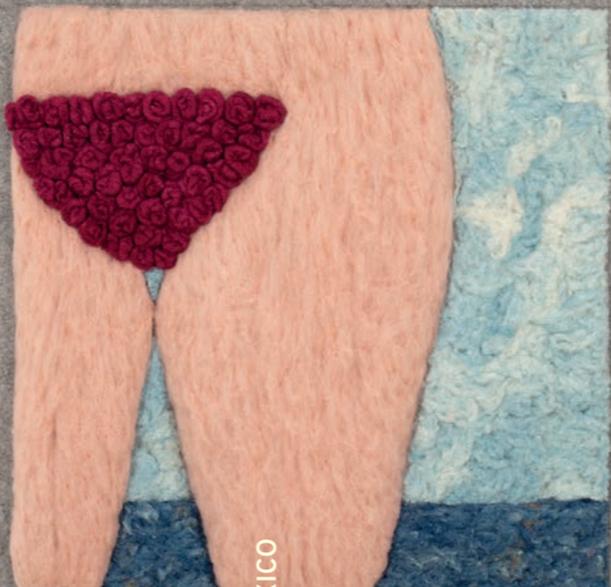
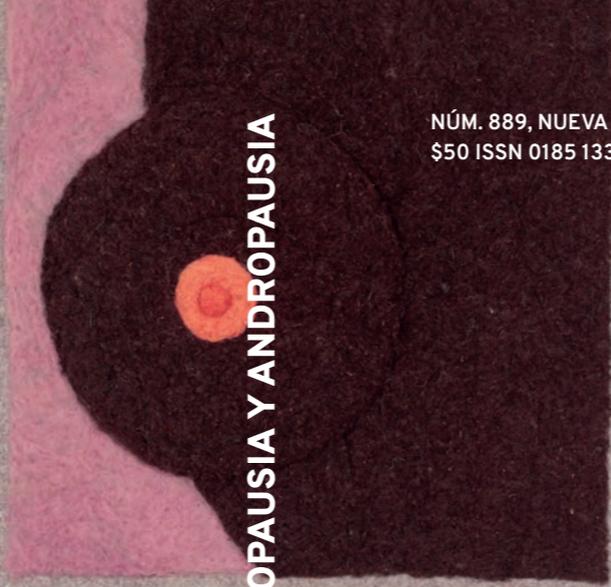
RAYOS: BAJO
LOS EFECTOS DE
UNA ATMÓSFERA
ELÉCTRICA
MAR GÓMEZ

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO



culturaUNAM





MENOPAUSIA Y ANDROPAUSIA

NÚM. 889, NUEVA ÉPOCA
\$50 ISSN 0185 1330

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO



culturaUNAM



UNAM
La Universidad
de la Nación

RECTOR

Dr. Enrique Graue Wiechers

COORDINADORA DE DIFUSIÓN CULTURAL

Dra. Rosa Beltrán

CONSEJO ASESOR UNIVERSITARIO

Lic. Anel Pérez

Dr. William H. Lee Alardín

Dra. Mary Frances Teresa Rodríguez

Mtra. Socorro Venegas

Dra. Guadalupe Valencia García

CONSEJO EDITORIAL

Miguel Alcubierre

Magali Arriola

Nadia Baram

Roger Bartra

Jorge Comensal

Abraham Cruzvillegas

José Luis Díaz

Julietta Fierro

Luzelena Gutiérrez de Velasco

Hernán Lara Zavala

Regina Lira

Pura López Colomé

Frida López Rodríguez

Malena Mijares

Carlos Mondragón

Emiliano Monge

Paola Morán

Mariana Ozuna

Herminia Pasantes

Vicente Quirarte

Jesús Ramírez-Bermúdez

Papús von Saenger

CONSEJO EDITORIAL INTERNACIONAL

Andrea Bajani

Martín Caparrós

Alejandra Costamagna

Philippe Descola

David Dumoulin

Santiago Gamboa

Jorge Herralde

Fernando Iwasaki

Edmundo Paz Soldán

Juliette Ponce

Philippe Roger

Iván Thays

Eloy Urroz

Enrique Vila-Matas

DIRECTORA

Dra. Guadalupe Nettel

COORDINADORA EDITORIAL

Dra. Nayeli García Sánchez

COORDINADORA DE REVISTA DIGITAL Y MEDIOS

Yael Weiss

JEFE DE REDACCIÓN

Dario Alemán

CUIDADO EDITORIAL

Francisco Carrillo

EDITORIA DE ARTE

Vania Macias Osorno

DISEÑO Y COMPOSICIÓN TIPOGRÁFICA

Rafael Olvera Albavera

DERECHOS DE AUTOR

Blanca Estela Díaz

INVESTIGACIÓN Y ARCHIVOS

Verónica González Laporte

DISTRIBUCIÓN

América Sánchez

COMUNICACIÓN Y RELACIONES PÚBLICAS

Monserrat Ilescas

VINCULACIÓN Y PROYECTOS PARA JÓVENES

Yvonne Dávalos

EDICIÓN WEB Y DISEÑO DIGITAL

Andrés Villalobos

ASISTENCIA EDITORIAL

Elizabeth Zúñiga Sandoval

FOTOGRAFÍA

Javier Narváez

DISEÑO DE LA NUEVA ÉPOCA

Roxana Deneb y Diego Álvarez

SERVIDORES, BASES DE DATOS Y WEB

Fabian Jendle



IMAGEN DE PORTADA: ©AURORA PELLIZZI, DE LA SERIE *GEOMETRIC DAYDREAMING*, 2019-2022.

FOTOGRAFÍAS DE RAMIRO CHAVES. CORTESÍA DE LA ARTISTA

Viñetas del número por Kitzia Sámano Valencia

Consulta nuestro Aviso de privacidad en: <https://www.revistadelauniversidad.mx/privacy>

Teléfonos: 5550 5792 y 5550 5794

Suscripciones: 5550 5801 ext. 216

Correo electrónico: editorial@revistadelauniversidad.mx

www.revistadelauniversidad.mx

Río Magdalena 100, La Otra Banda, Álvaro Obregón, 01090, Ciudad de México

La responsabilidad de los artículos publicados en la *Revista de la Universidad de México* recae, de manera exclusiva, en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución; no se devolverán originales no solicitados ni se entablará correspondencia al respecto.

Certificado de licitud de título y certificado de licitud de contenido en trámite. *Revista de la Universidad de México* es nombre registrado en la Dirección General de Derechos de Autor con el número de reserva 04-2017-122017295600-102.

Famosos dúos en la historia del arte

ESTRENO

Septiembre

Yves Klein y Arman	7
Edgar Degas y Mary Cassatt	14
Amedeo Modigliani y Chaim Soutine	21
Édouard Manet y Berthe Morisot	28

Octubre

Frida Kahlo y Diego Rivera	4
Paul Gauguin y Vincent van Gogh	11

Miércoles | 19:30 h

Retransmisión | Sábados | 20:00 h



tv.unam.mx



IZZI ▶ CANAL 20 | TELEVISIÓN ABIERTA ▶ CANAL 20.1 | AXTEL TV · DISH · SKY · MEGACABLE ▶ CANAL 120



*La tragedia de la vejez no es ser
viejo, sino que otros sean jóvenes.*

OSCAR WILDE

ÍNDICE

4 EDITORIAL

Guadalupe Nettel

DOSSIER

6 ¿QUIÉN LE TEME A LAS MUJERES VIEJAS?

Marie Charrel

14 CÓMO VOLVERSE INVISIBLE

Joca Reiners Terron

20 MENOPAUSIA

Gioconda Belli

22 LA HUMANIDAD GRACIAS A LAS ABUELAS

Alejandra Ortiz Medrano

28 MASCULINIDAD EN PAUSA: VIRIPAUSIA

Lydia Cacho

35 YA NO SIRVE

Sheerly Avni

43 nunca se sabe a cuántos likes de coger se está

josé eugenio sánchez

44 DALE, DALE... Y TU TIEMPO SE ACABÓ

Verónica González Laporte

49 PITOPAUSIA

OTOÑO EN LOS PANTALONES

Ralf König

58 LOS SÍNTOMAS CEREBRALES DE LA MENOPAUSIA

Lisa Mosconi

65 MÁS ALLÁ DE LA EDAD

Manuel Hernández

73 MENOPAUSIA Y SEXUALIDAD: UNA RELACIÓN NO TAN SENCILLA

Anna Freixas

79 LA CASA DE LAS BELLAS DURMIENTES

Yasunari Kawabata

87 GLUTAMATO

Marta Sanz

94 NUESTRAS VIDAS SON NUESTRAS HORMONAS

ENTREVISTA CON LESLY

PORTOCARRERO

Dario Alemán y Nayeli García Sánchez

ARTE

102 LA CORAZA DE MAGALI LARA

Elva Peniche Montfort

PANÓPTICO

EL OFICIO

112 *EN TRANSIT: RADIOGRAFÍA DE UN “ÁREA DE ESPERA”*

ENTREVISTA CON
AMIR REZA KOOHESTANI
Karim Hauser

EN CAMINO

117 *EL NIETO DE LA GORDA SE VA A TIRAR AL MAR*

Carla Gloria Colomé

AL AMBIQUE

121 *RAYOS: BAJO LOS EFECTOS DE UNA ATMÓSFERA ELÉCTRICA*

Mar Gómez

ÁGORA

125 *ADOLESCENTE EN OCTUBRE*

Sergio Raúl Arroyo

PERSONAJES SECUNDARIOS

129 *MARIE LAURENT: COAUTORA INVISIBLE DE LOUIS PASTEUR*

*Gabriela Frías Villegas
y Alejandro Heredia Barbero*

OTROS MUNDOS

133 *BAÑOS MINA*

Aldo Martínez Sandoval

CRÍTICA

138 *CODIGOFAGIA. CINE MEXICANO Y CIENCIA FICCIÓN*

ITALA SCHMELZ
María Paz Amaro

141 *CARMEN BERENGUER. PLAZA TOMADA. POESÍA (1983-2020)*

SELECCIÓN Y PRÓLOGO
DE CLAUDIA POSADAS
Carmen Villoro

145 *CRÍMENES DEL FUTURO*

DAVID CRONENBERG
Abraham Villa Figueroa

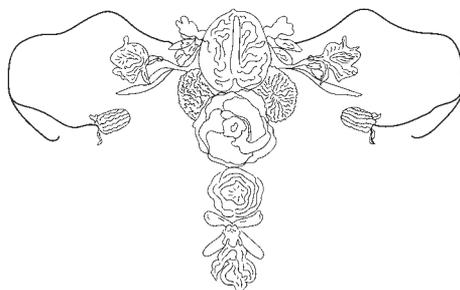
149 *HONDURAS O EL CANTO DEL GALLO*

DIEGO OLAVARRÍA
Brenda Ríos

153 *EL CAPITALOCENO. UNA HISTORIA RADICAL DE LA CRISIS CLIMÁTICA*

FRANCISCO SERRATOS
Oswaldo Gallo Serratos

157 NUESTROS AUTORES



EDITORIAL

Dentro de los tabús que en los últimos siglos han rodeado a las mujeres, sus experiencias, su cuerpo y su sexualidad, el relacionado con la menopausia es sin duda uno de los más resistentes, pero se habla incluso menos de la andropausia, los cambios físicos y mentales que viven los hombres una vez cruzada la “mediana edad”. Se trata de dos fenómenos en los que convergen la sociología, la medicina, la biología y la psicología, entre otras disciplinas. Por esta razón la *Revista de la Universidad de México* decidió dedicar este número a dos temas tan poco tratados, con la intención de orientar a nuestros lectores, pero también de reducir el silencio y la incompreensión que rodea a quienes atraviesan estas etapas de la vida. Ni la menopausia ni la andropausia ocurren en un día. Al igual que la adolescencia, se trata de un periodo de transición que dura varios años, durante el cual el coctel de hormonas que coinciden en nuestro cuerpo modifica sus fórmulas y, en el caso de las mujeres, la menstruación desaparece. Fuera de estos datos cuantificables, los síntomas presentan muchas variaciones. Como en todos los otros aspectos de la vida, cada persona es distinta. Algunas caen en una depresión cuyas causas no comprenden, y pueden tardar años en averiguar que es posible salir de ella con la intervención de la farmacéutica o de un terapeuta. “Ya no sirve” el divertido testimonio de Sheerly Avni, autora estadounidense radicada en México, describe las actitudes de los médicos —hombres y mujeres— que van desde otorgar una importancia ínfima a su malestar hasta recomendarle la extracción de todo su “obsoleto” aparato reproductivo. Marta Sanz, reconocida novelista española, reivindica en su texto “Glutamato” el derecho a la queja.

¿La menopausia existe entre las otras especies? En su artículo “La humanidad gracias a las abuelas”, Alejandra Ortiz Medrano recuerda que los *Homo sapiens* somos los animales con la infancia y la vejez más largas de todo el reino animal. En las escasas especies conocidas que experimentan la menopausia (casi todas cetáceos), las hembras que ya no pueden reproducirse se ocupan del cuidado de los más jóvenes. Las orcas que han perdido a su abuela, asegura la autora, tienen cinco veces menos posibilidades de vivir que las que no lo hacen. La “hipótesis de la abuela” de la biología evolutiva plantea que la menopausia constituye una estrategia desarrollada por algunas especies para garantizar mejor su supervivencia. La neurocientífica Lisa Mosconi, por su parte, ex-

plica las repercusiones que la disminución de las hormonas tiene sobre nuestro cerebro.

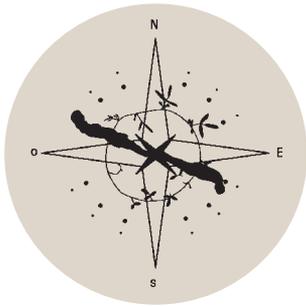
¿Qué representan a nivel simbólico la menopausia y la andropausia? ¿Qué lugar ocupan estas personas en nuestra sociedad? La autora francesa Marie Charrel, recuerda que en otros contextos humanos —en vez de ser consideradas desechos casi inservibles, como ocurre en el mundo capitalista— a las mujeres que han dejado de menstruar, se les considera más puras y más evolucionadas. La menopausia es sin duda un fenómeno biológico, pero la manera de interpretarla y de atravesarla no tiene por qué poseer un solo significado ni ser forzosamente negativa.

Joca Reiners Terron describe el paso entre los 50 y los 60 años como el momento en que los hombres se vuelven invisibles. Que las mujeres dejen de mirarlos con lascivia los lleva a cometer todo tipo de actos desesperados. Después de haber entrevistado a centenas de hombres maduros, Lydia Cacho escribe sobre el tema que los hombres casi nunca piden ayuda cuando se ven arrastrados por el vendaval de la edad y cuando lo hacen suele ser demasiado tarde.

El psicoanalista Manuel Hernández aborda el aferramiento que experimentan los hombres a sus funciones eréctiles —algunos incluso la valoran más que a su vida— y acaba proponiendo una sexualidad abierta y gozosa que no se base únicamente en el coito tradicional. ¿Y si la menopausia y el climaterio fueran también una oportunidad para liberarse de los estereotipos del género? Sin tantas hormonas reproductivas circulando en su interior, los cuerpos de los hombres y las mujeres comienzan a parecerse, y pueden ser atractivos, pero de otra manera.

Todos pasaremos tarde o temprano por este proceso natural y antes lo harán nuestros mayores, es importante por lo tanto que el tema deje de causar pudor y mucho menos disgusto. Cuanto más informadas estemos al respecto, mejor podremos vivirlo y acompañar a quienes lo están haciendo. Es fundamental que conversemos sobre ello para que nuestra visión acerca de la menopausia y la andropausia pueda volverse más amplia y positiva. Tal vez, cuando se vea como algo cotidiano y natural, encontraremos, entre todas y todos, la manera de convertirlo en un periodo no solo más tolerable, sino hermoso y significativo.

Guadalupe Nettel



¿QUIÉN LE TEME A LAS MUJERES VIEJAS?

SELECCIÓN

Marie Charrel

Traducción de Yael Weiss

Una breve ojeada a la historia revela que el estatus de las mujeres en la postmenopausia ha variado enormemente según las culturas, los continentes y los siglos, y que su nudo gordiano es la representación de la sangre menstrual, eterno foco de inquietud, fascinación, asco y cuestionamiento. “Hoy en día la menstruación sigue siendo el tabú número uno, clasificado en el Top Ten de las cosas cuya existencia se evoca en voz baja, con aires de conspiración”, escribe la periodista Élise Thiébaud en “Esto es mi sangre”.¹

El flujo menstrual se mantuvo como un misterio en todas las sociedades, lo cual desencadenó consecuencias inesperadas en ámbitos en apariencia muy alejados de las preocupaciones sexuales.

Esto se lee en el Antiguo Testamento:

La mujer, cuando tenga su menstruación, quedará manchada durante siete días. El que la toque quedará impuro hasta la tarde. El sitio donde se acueste o donde se siente, mientras está manchada, quedará impuro. El que toque su casa, lavará sus vestiduras, se bañará y quedará impuro hasta la tarde. El que toque el asiento que usó, lavará sus vestidos, se bañará y quedará impuro hasta la tarde.²

¹ *Ceci est mon sang. Petite histoire des règles, de celles qui les ont et de ceux qui les font (Esto es mi sangre. Breve historia de las reglas, de quienes las tienen y quienes las hacen)*, La Découverte, París, 2017.

² Levítico 15: 19-22.

La extensa lista de recomendaciones y cosas prohibidas continúa en este tono.

Tamaño problema, la regla. Pero en ciertas culturas la perspectiva cambia en cuanto el flujo se interrumpe definitivamente. Para la tribu de amerindios mojave, por ejemplo, la menopausia es una etapa hacia la plenitud sexual. La mujer

permanece dentro del flujo de la vida, sus manos llenas de trabajo, su casa llena de nietos, su cabeza llena de la sabiduría que da la experiencia, sus brazos a menudo llenos con un marido joven o un amante, su ojo relumbrante, su lengua veloz para la réplica y nada avergonzada de coquetear con un joven que tiene la edad de sus nietos...³

En algunas sociedades tradicionales la menopausia es incluso sinónimo de poderes acrecentados, como entre los baruyas de Nueva Guinea. Por el contrario, los samos de Burkina Faso consideran que las mujeres sexualmente activas durante la postmenopausia son capaces de atraer el mal de ojo sobre el grupo. En la campaña irlandesa de los años 1960, algunos todavía pensaban que la menopausia podía conducir a las mujeres a la locura.⁴ "En cuanto a Asia y el Japón tradicional, hasta hace poco la menopausia era un no-evento", observa la socióloga Cécile Charlap. No se evocaba como una ruptura, sino como parte del *konenki*, un concepto más amplio, donde los cabellos canos, la pérdida de la vista, la fatiga al desper-

tar y hasta el dolor de espalda eran marcas de envejecimiento mucho más contundentes que la menopausia en sí. Además, el *konenki* afectaba tanto a los hombres como a las mujeres. Hasta los años noventa prevaleció esta visión, pero las últimas investigaciones sobre el tema demuestran que hace unos treinta años que la industria farmacéutica empezó a apoderarse del mercado asiático, y desde entonces se trata la menopausia como si fuese una patología. [...]

No obstante, de manera muy discreta, otra versión de las cosas comienza a escucharse. En los medios la menopausia se aborda cada vez más



Karl Wiener, *Nostalgia*, 1944 ©

³ George Devereux, "The psychology of feminine genital bleeding. An analysis of Mohave Indian Puberty and menstrual rites", *The International Journal of Psycho-Analysis*, 1950, núm. 31, pp. 237-257.

⁴ Daniel Delanoë, "La ménopause comme phénomène culturel" ("La menopausia como fenómeno cultural"), *Champ Psychosomatique*, 2001, núm. 24, pp. 57-67.

frecuentemente desde el ángulo de cómo la viven las mujeres. En las redes sociales se abren páginas dedicadas al tema, como la cuenta de Instagram *Menopause Stories*, de la consultora Sophie Kune, o el episodio dedicado al tema en el podcast de Sophie Dancourt (del medio feminista *Voy a la piscina con Simone*)⁵, y también *Ménopausées* (“Menopáusicas”), el documental de la periodista Blandine Grosjean.⁶

En una columna publicada en el sitio del *Huffington Post*, una serie de personalidades, entre ellas las actrices Agnès Jaoui y Blandine Métayer, llaman a romper el tabú de la menopausia y a verla como una liberación en estos términos:

Es imperativo romper con el tabú de la menopausia, puesto que es el reflejo de una sociedad sexista: las mujeres son toleradas bajo ciertas condiciones, cuando cumplen o tienen la capacidad física de cumplir con su papel de procreación. [...] Al cambiar la mirada sobre la menopausia deseamos reapropiarnos de nuestro destino de mujeres. Al romper ese tabú afirmamos la igualdad entre hombres y mujeres.⁷

Porque, en efecto, muchas mujeres viven la menopausia como una liberación. “Nunca tuve ningún síntoma molesto, librarme al fin de una regla dolorosa resultó una felicidad muy alejada del discurso médico culpabilizante”, así lo cuenta Blandine Métayer.

⁵ “Ménopause, le grand méchant tabou” (“Menopausia, el gran tabú feroz”), episodio del 6 de julio de 2020 del podcast “Vieille? C’est à quelle heure?” (“¿Vieja? ¿A qué hora empieza?”).

⁶ Transmitido en mayo de 2020 en el canal France 2.

⁷ “La ménopause ne doit pas être vécue comme un tabou mais une libération” (“La menopausia no debe vivirse como un tabú sino como liberación”), columna publicada el 6 de febrero de 2020 en la web del *Huffington Post*.



Henri Braakensiek, *Castaña*, 1922 ©

Un punto importante es la felicidad de no tener la regla —añade la alpinista Sophie Lavaud—. Yo no tuve hijos, y sin embargo me vi obligada a pasarme la vida entera con dolores de panza todos los meses, por nada. Sin hablar de las restricciones o de gestar en plena expedición. ¡Es un verdadero alivio! [...]

¿Cómo es, realmente, la sexualidad de las mujeres heterosexuales en la postmenopausia? ¿A qué problemas, frustraciones o bloqueos, verdaderos o imaginados, se enfrentan? Preguntamos a Brigitte Lahaie qué tipo de mujeres mayores de 50 años se le acercan para pedir consejo. Antigua figura del cine para adultos reconvertida en locutora radiofónica en los



años noventa, Brigitte anima todos los días en Sud Radio un programa en torno al amor y el sexo. [...]

En 2020, a los 64 años y veinticinco después de su retiro, aceptó un papel en el filme porno-erótico *Una última vez*, de Olympe de G. Este cuenta la historia de Salomé, quien ha decidido poner término a su vida, pero antes planea hacer el amor una última vez y convertir el acto en fuegos artificiales. Brigitte aceptó el papel para ayudar a las mujeres de su edad a vivir mejor su sexualidad. Aun así lo pensó mucho: hace ya tiempo desde que se convirtió en una locutora respetada, por lo que esta aventura no transcurriría sin riesgo para ella. Sin embargo, no le faltó valentía al emprenderla.

Llevemos la reflexión aún más lejos: si a los 50 años es posible disfrutar una confianza sexual que no se tenía a los 30, ¿eso podría significar que los años nos liberan? ¿Que mientras más décadas pasen más nos damos permiso de cosas que antes nos prohibíamos? No exactamente, matiza Brigitte Lahaie:

No hay milagros a los 50 años. Muchas cartas ya se jugaron: una no se convierte en una mujer liberada de un día para otro si fuiste ultra acomplejada y bloqueada. Pero si las semillas de la libertad ya estaban ahí, si ya se estaba en el camino de la plenitud, entonces se llega un poco más lejos. Y se pueden explorar nuevos territorios.

Nada de revelaciones súbitas ni de transformaciones milagrosas, pero sí una liberación, unas veces discreta, otras más nítida, cuyos fermentos ya estaban presentes. Se puede, en consecuencia, iniciar una relación diferente con los hombres. Numerosas mujeres hablan de esta evolución, cada una con palabras propias.

Sylvie Brunel encuentra cierta ventaja en la invisibilización después de los 50 años: "Una está fuera del mercado, sale de la mirada masculina que juzga permanentemente el cuerpo". Desde entonces, Sylvie mantiene relaciones de gran franqueza con los hombres. En particular con los más jóvenes, porque se sienten en confianza con ella. "Son relaciones humanas normales, fraternales y de buena voluntad, despojadas del juego de la seducción".

Sam dice las cosas de una manera un poco diferente:

La libertad está en el conocimiento. A los 61 ya conoces tu cuerpo y no tienes nada que demos-

trar sexualmente. Sabes lo que te viene bien y vas directamente a buscarlo, sin desvíos. A los 30 perdía mi tiempo en acostones patéticos, probaba acrobacias con hombres y mujeres porque buscaba... ¿Qué exactamente? Ni yo misma lo sabía, pero al final comprendí que no es al multiplicar las parejas que se aprende dónde está el placer. Dónde se encuentra la plenitud. Más vale la calidad que la cantidad: a los 60, ya lo sabes. O bien encuentras lo que necesitas en tu pareja, ya sea hombre o mujer, o bien...

Sam suspende su oración por unos instantes. Luego se deja ir en una de sus enormes y comunicativas carcajadas

o bien, te satisfaces de otro modo. Ya tuviste unas cuantas décadas para saber lo que te corresponde en función del tiempo, de los encuentros, del momento, del humor. Y como las posibilidades de un encuentro disminuyen con el paso del tiempo, la mejor opción muchas veces termina siendo la masturbación.

Pude usar esa libertad con el cuerpo y la sabiduría de mis 40 años. Los amores eran fastuosos. En 1969 el lesbianismo era un acto político. El placer sin coito, eso fue la revolución.

Al final de su vida, hablaba de su homosexualidad sin rodeos en entrevistas y documentales.⁹ Contó que había tenido mujeres hasta una edad muy avanzada y que la verdadera sexualidad florece, según ella, “en la época tan bella de la vejez”. Es decir: una sexualidad

donde no existe el poder, ni la dictadura de la erección. Las mujeres ya no están en la procreación ni los hombres en su sacrosanta virilidad. Se hacen milagros con las manos y la boca. Le digo a los hombres: “ya saben lo que les queda por hacer”.

¿Y SI LA VEJEZ FUESE QUEER?

No correr detrás de la sexualidad y la seducción de antaño, liberarse de las camisas de fuerza mientras se va encontrando un cami-

Envejecer es descubrirse capaz de pensar(se) fuera de los marcos, lejos de los esquemas clásicos donde una se encierra muy fácilmente.

Saber un poco mejor lo que una quiere: la militante feminista Thérèse Clerc decía las cosas más directamente todavía. Se casó a los 20, fue madre de cuatro hijos, se divorció a los 40, en 1969 se rebeló contra la dominación masculina y empezó a explorar su homosexualidad. Mayo del 68 la había “acostumbrado a una gran libertad colectiva”, explicó Thérèse en el diario *Libération*, en 2008.⁸

no interior... Envejecer es un trabajo. Casi tan arduo como crecer. Muchas mujeres aseveran que lo más sorprendente de envejecer es descubrirse capaz de pensar(se) fuera de los marcos, lejos de los esquemas clásicos donde una se encierra muy fácilmente durante las primeras décadas de la vida. Encontrar una tercera vía, la propia.

⁸ “Thérèse Clerc, Flamme forte” (“Thérèse Clerc, Llama fuerte”), *Libération*, 11 de junio 2008.

⁹ En particular en *Les invisibles (Las invisibles)* (2012) y *Les vies de Thérèse (Las vidas de Thérèse)* (2016) de Sébastien Lifshitz.

Esa mañana, al salir del metro, la escritora Darcey Steinke cree avistar a un hombre viejo y distinguido. Esta rubia longilínea de cabello corto ajusta la mirada, se talla los ojos, duda un instante. Hasta que comprende: el desconocido elegante no es más que su propio reflejo en la vitrina de una miscelánea. ¡Se confundió a sí misma con un hombre!

Su equivocación la desestabiliza por un instante, luego sonrío. Desde hace algún tiempo no se siente como una mujer en el sentido tradicional. Podría ser por su silueta andrógina —pero hace años que es delgada, eso no es una novedad—, o por las alteraciones vinculadas a la disminución de estrógenos. Pero hay algo más. “Entré en un extraño proceso de ‘desgenderización’ (*ungendering*), y es probablemente una de las mutaciones más excitantes ligadas a la menopausia”, explica. Este proceso no se padece. No se impone desde el exterior: viene de lo más profundo de sí misma. Redistribuye las cartas que ella imaginaba haberse jugado desde hacía mucho tiempo.

He aquí una pregunta: si la identidad de las mujeres se define socialmente por la fertilidad y la (plausible) maternidad, ¿qué ocurre cuando ambas cosas quedan en el pasado? Un abanico de posibilidades se entreabre. Las reglas de antaño se disuelven. Se pierde nitidez. Y a veces la línea entre lo masculino y lo femenino se mueve. Se desplaza muy levemente, se desdibuja, y hasta explota. El sismo es, primero, interior. A veces es temporal, a veces duradero. Algunas mujeres le tienen miedo y lo combaten. Otras ven la oportunidad de explorar algo distinto. De extender el terreno de su personalidad y de su “yo”.

Es lo que hizo Darcey. Tras la experiencia del reflejo dejó de luchar contra esa parte andrógina que emergía dentro de ella. Miles de

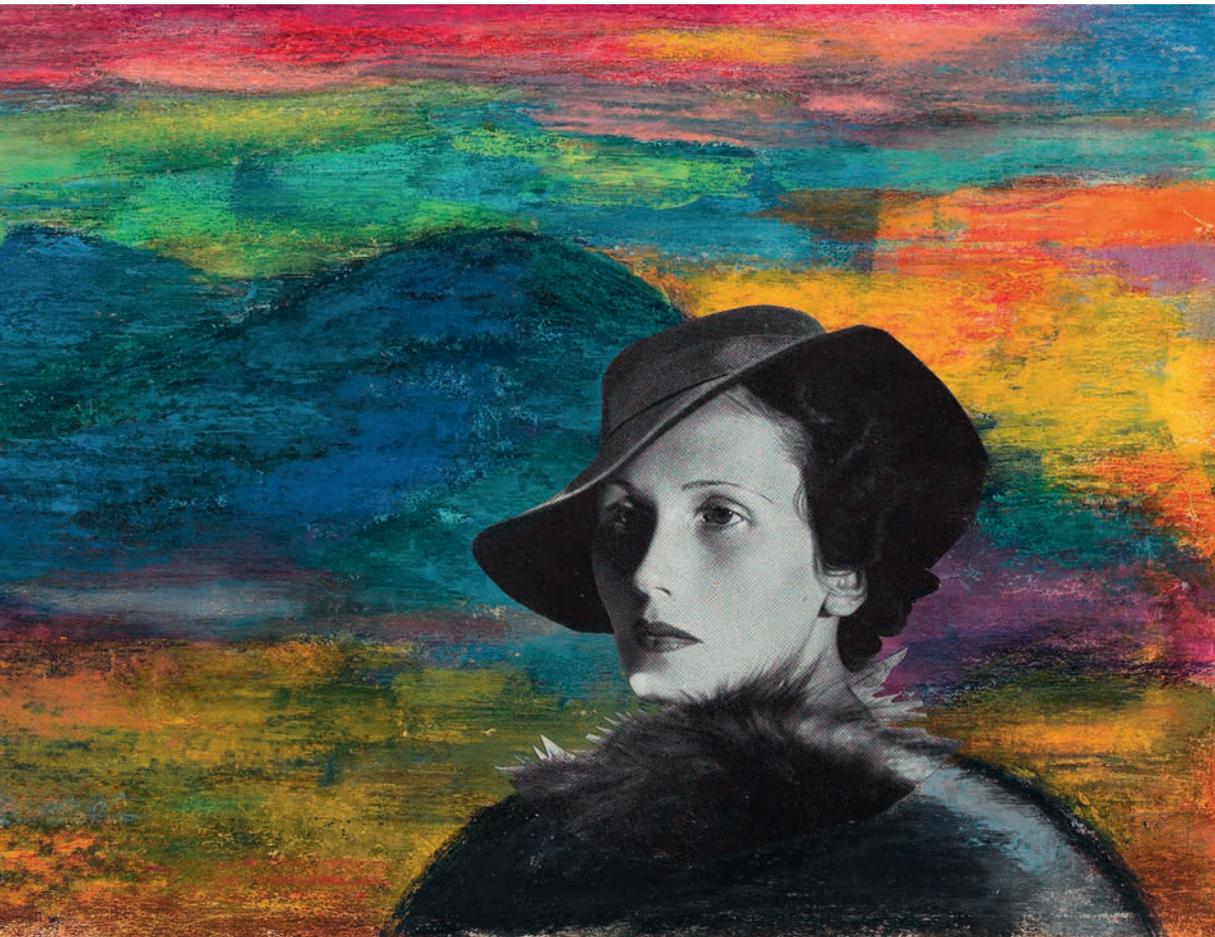


©Tamara de Lempicka, *Retrato de Madame Boucard*, 1931

preguntas surgieron de súbito, como un fuego artificial en otoño: ¿Qué es una mujer? ¿Acaso se define únicamente por su sexo y su biología? En tal caso, ¿en qué se convierte cuando los estrógenos se largan? “De pronto me interesó mucho menos la definición muy binaria de masculino o femenino, que la de sexy o no”, explica Darcey. Describe su experiencia como una transición. No hacia lo masculino, sino hacia algo un poco más matizado que lo puramente femenino.

Para comprender esta mutación, leyó las obras de personas que cambian de sexo, en particular *The Testosterone Files*,¹⁰ de Max Wolf Valerio, donde el autor describe los efectos de su tratamiento de testosterona y de la baja en los niveles de estrógenos. Sin identificarse con

¹⁰ Max Wolf Valerio, *The Testosterone Files. My Hormonal and Social Transformation from Female to Male*, Seal Press, California, 2006.



Karl Wiener, sin título, ca. 1939 ©

él, Darcey encontró, dice, consejos y testimonios más sutiles y valiosos que el revoltijo de clichés que abundan en algunos libros sobre la menopausia. Porque la vejez redibuja la línea que separa lo masculino de lo femenino: los cuerpos después de la menopausia y de la andropausia se parecen. Lo hemos observado en nuestros padres, nuestros abuelos, y hasta en nuestros tíos y tías: convergen. Algo en el físico y en la repartición tradicional de los géneros cambia, tanto en las mujeres como en los hombres.

¿Y si, en el fondo, la vejez fuese queer?

Queer, "raro" en inglés: bizarro, no dentro de la norma. En 1953 William S. Burroughs titula

así la novela donde evoca su homosexualidad. Por mucho tiempo utilizado como un insulto homofóbico, este vocablo designa hoy, de manera positiva, a las minorías sexuales y de género fuera de la heteronormatividad —y más ampliamente, dependiendo de las escuelas, todo lo que es loco y extravagante—.

En Francia, el término está menos politizado que en Estados Unidos. No muy lejos de ser una corriente estética evoca, en resumidas cuentas, todo lo que transgrede y borra la frontera entre los géneros. ¿No es precisamente lo que vive Darcey?

No es la única y no es algo totalmente nuevo. Sin emplear la palabra *queer*, muchos ya han puesto el dedo —a menudo de manera ne-

La vejez redibuja la línea que separa lo masculino de lo femenino: los cuerpos después de la menopausia y de la andropausia se parecen.

gativa, es verdad— sobre esta desgenerización vinculada a la vejez. Para empezar, Simone de Beauvoir escribe en *El segundo sexo*:

Se ha dicho que las mujeres de cierta edad (después de la menopausia) constituían un tercer sexo y, en efecto, no son machos, pero ya tampoco son hembras: a menudo esta autonomía fisiológica se traduce en una salud, un equilibrio, un vigor que no poseían anteriormente.

A inicio de los años noventa, en *La rebelión de la tercera edad*, Betty Friedan escribe:

La ausencia, la desaparición o el retiro forzado de aquellos roles sexuales rígidos, distintos, adoptados durante la juventud y los años de la maternidad o la paternidad, pueden permitir la emergencia de una complementariedad en la tercera edad.

Muchas de las mujeres que Friedan entrevistó declararon que exploraban otras formas de relacionarse íntima e interpersonalmente, más allá de la sexualidad con penetración, ese “McDonald’s del sexo”, como lo describe la cronista especializada en sexualidades Maïa Mazaurette. Experimentan modalidades y relaciones con el cuerpo a menudo más suaves, más tiernas, de voluptuosidad, con sus maridos u otros hombres, o con mujeres, en amistades amorosas más allá de las fronteras tradicionales del sexo y el matrimonio.

“Me ha pasado que he tenido un orgasmo simplemente mientras cenó con alguien”, declara Macha Méril, de 80 años, en *Télérama*.¹¹

Hay que dejar de reducir el sexo a la penetración o a la talla del pene. Es otra cosa. Está en todas partes, en la voluptuosidad que procura el sol, en el deporte, en la seducción, en la cocina... Se trata más que nada de estar conectado con el otro, y no forzosamente durante el acto sexual.

Jane Fonda también considera que la capacidad para abandonar los modelos sexuales durante el último tercio de la vida, tanto para hombres como para mujeres, representa una de las cimas de la madurez. Abre la vía a la autonomía y a una forma de comunión más intensa:

Parece natural que los cambios hormonales vinculados al envejecimiento, que para el hombre se combinan con la jubilación, conducen a una nivelación de las diferencias sexuales. Y es normal que el reequilibrio de lo que antes eran modelos sexuales estrechos o socialmente proscritos lleven a más integridad y autenticidad, tanto para la mujer como para el hombre. La mayoría de las mujeres que he entrevistado o cuyas obras he leído han experimentado este “recalibrado de los géneros” donde recuperan virtualmente, con la edad, la influencia y la confianza en sí mismas que ya eran suyas antes de la adolescencia. Si esta androgenización representa la cima de la madurez y de la comunión para ambos sexos, ¿por qué no luchar por ella? **U**

¹¹ Entrevista con Yasmine Youssi, “Je peux maintenant jouir de l'instrument que je suis devenue” (“Ahora puedo disfrutar del instrumento en que me convertí”), *Télérama*, 7 de octubre de 2020.

Marie Charrel, *Qui a peur des vieilles?*, Éditions Les Pérégrines, París, 2021, pp. 147-149, 153-154, 177-180, 198-204. Se reproduce con el permiso de la autora.



CÓMO VOLVERSE INVISIBLE

Joca Reiners Terron

Traducción de Nair María Anaya Ferreira

Hace tiempo un amigo que acababa de cumplir 60 años me advirtió: prepárate para volverte invisible. Eso es lo que nos sucede, me dijo; de un momento a otro las mujeres dejan de notarnos. Desde entonces —todavía faltan algunos años para que mi disfraz de Hombre Invisible esté completo—, me voy preparando para la eventualidad de pedir un café y que la mesera no me atienda o incluso ser atropellado por la conductora de un autobús que no me vio mientras yo atravesaba el cruce peatonal. No creo, sin embargo, que alguien pueda estar preparado para desaparecer. Quizás porque, como escribió Pessoa (¿o habrá sido Rilke? —Aparentemente, el proceso de desvanecimiento empieza por la memoria—), morir es solo no ser visto.

Al escuchar el consejo de mi amigo, recordé el ejercicio de escritura que William S. Burroughs sugería a sus alumnos: dar un paseo a pie para recopilar lo que percibieran a lo largo del trayecto. “La versión original del ejercicio me la enseñó un viejo mafioso de Columbus, Ohio: ver a toda la gente en la calle antes de que lo vean a uno”. El recuerdo de esta lección, mientras escuchaba el consejo de mi amigo y me rascaba la cabeza, quizá reflejara mi anhelo por encontrar algo reconfortante en la hecatombe personal de dejar de inspirar cualquier tipo de curiosidad en una mujer y mucho menos deseo.

Otra versión del ejercicio es simplemente no dar ninguna razón para que alguien lo mire a uno. Tarde o temprano, no obstante, alguien lo verá. Intente

adivinar por qué fue observado, ¿qué pensaba cuando su rostro fue visto?

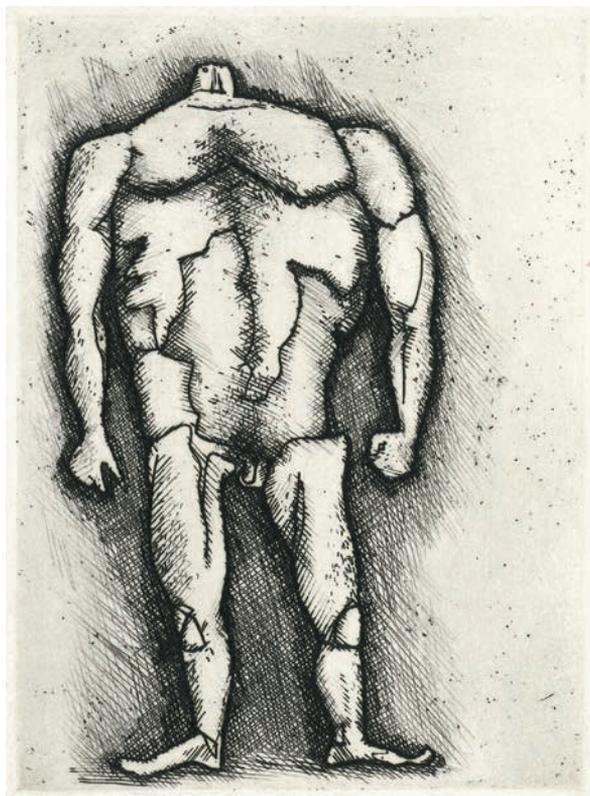
En caso de que el rostro perteneciera a mi amigo, ahora transparente como vidriera, es probable que él estuviera pensando en una mujer o tal vez en los años transcurridos de la juventud y en el colágeno perdido. A lo mejor consideraba el hecho de que cerca del uno por ciento de la población masculina sufre cáncer de mama y de pronto decidió volver a casa con el fin de realizar su autoexploración diaria frente al espejo, como cierto personaje del escritor secreto Jamil Snege (Curitiba, 1939-2003) en la novela *Vivir es nocivo para la salud* (1998):

Tengo bellas mamas y nunca lo había notado. Pequeñitas, parecidas a las de una chica de doce años. Ahora que las palpo y las resguardo en el cuenco de mi mano, siento una súbita ternura por mis tetitas. Es curioso: pasar tantos años sin percibir las, sin notarlas, simplemente porque no encajan en la imagen que tengo de mí mismo. Fue necesario llegar a la mediana edad para darme cuenta de que tengo tetas, compuestas de glándulas, ductos y tejido adiposo, recubiertas por aureolas y pezones.

Snege era brasileño, además de secreto, lo que en literatura significa lo mismo: ser secreto y brasileño. Su obra apenas se conoce en Brasil, donde nació y murió, pues la publicaba él mismo. Por lo tanto, el escritor *decidió* ser invisible, a pesar de que tenía el hábito de regalar sus libros —entre los cuales estaba *Cómo volverse invisible en Curitiba*, que enviaba de forma gratuita a sus lectores— en las secciones de avisos clasificados de los periódicos. Ya el protagonista anónimo de la novela, un arquitecto, se vuelve invisible debido a su

hipocondría (el cáncer de mama, el crecimiento de la próstata, la envidia sexual del socio) y al infortunio: dirigiéndose al trabajo, atropella un bulto —oscurecido por la noche— en la carretera, y cree haber matado a un hombre. Como no presta socorro al atropellado, se queda sin saber hasta cerca del final que, en realidad, atropelló a un puerco. El trauma es sustituido por un alivio tan redentor que lo lleva a adquirir un rasgo visual, a parecer ruborizado, hasta que es visto por una mujer de la que se enamora:

No necesito esconderle nada. Al contrario: muestro mis piernas flacas, la piel descolorida, ese pelo largo y duro que de un tiempo a la fecha empie-



Yo Sugano, *Hombre fuerte*, 1937-1969. Rijksmuseum ©



Fotograma de la película *Seconds*, de John Frankenheimer, 1966

za a salirme en los hombros. Me gustaría que ella supiera que tres de los dientes con los que sonrío son removibles y lavables.

LA SEGUNDA VIDA

No resulta sencillo llegar al punto donde no hay retorno, es lo que suelo elucubrar en mi condición de hombre pre-invisible. Al igual que yo, *Seconds* (en español, *El otro Sr. Hamilton*) de John Frankenheimer, cumplió 50 hace algunos años, en 2016. Parece prudente, en consecuencia, verificar cómo resiste el paso del tiempo una película que trata, justamente, de la crisis de la mediana edad masculina frente a las posibilidades abiertas por la contracultura estadounidense de finales de los años sesenta.

En la película, un banquero maduro de Nueva York, Arthur Hamilton (John Randolph), cansado de su tediosa vida suburbana al lado de la esposa y consciente de su propia invisibilidad, le encomienda a una misteriosa Compañía su muerte falsa por infarto en una habitación de hotel y una nueva identidad: un renacimiento. Después de pasar por varias cirugías plás-

ticas que lo transforman en Tony Wilson (Rock Hudson), pintor exitoso de la Costa Este, es conducido por su nueva novia Nora Marcus (Salome Jens) a las juergas y orgías de su segunda vida en Malibú. Pero pronto Wilson se harta, pues no consigue dejar de pensar en la encarnación pasada o en los deseos nunca cumplidos que llenaban su existencia previa como Arthur.

La cinta tuvo una mala recepción en su estreno en el Festival de Cannes de 1966 y ni siquiera la postulación al Óscar a la mejor fotografía del veterano James Wong Howe sugería que podría salvarse del olvido. Mientras tanto, la mitología pop funcionó a su favor: después de su famoso brote psicótico, Brian Wilson, el *beach boy*, asistió a una de las primeras proyecciones de la película y, enloquecido, dedujo que el señor Wilson de la película era él mismo. El pavor causado por esa experiencia esquizofrénica ocasionó que el músico pasara más de veinte años sin regresar a un estudio de grabación, lo que quedó registrado en la historia de la cultura pop como el momento cru-

cial de la caída de un artista talentoso pero, también, de forma más simbólica, de las ilusiones de toda una generación.

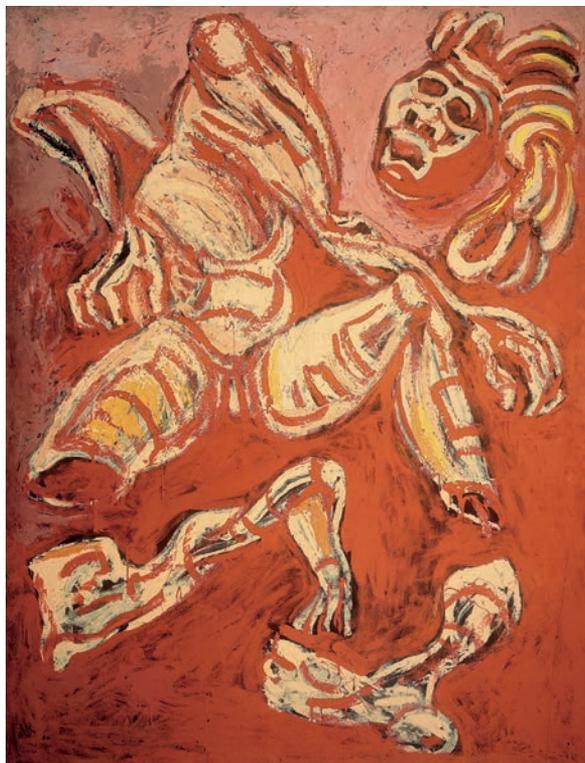
Vista como una relectura posmacartista del Fausto (y no faltan las alusiones luciferinas en los diálogos con el presidente de la Compañía, interpretado por un solapado Will Geer) o incluso como una denuncia contra el sueño capitalista del *American way of life*, la trama aborda de modo devastador ciertos aspectos de la juventud idílica prometida por la propaganda de la industria farmacéutica y la publicidad subliminal de las *commodities* más diversas, desde cigarrillos hasta automóviles, cuyo alcance tendría en las décadas siguientes avances impensables —científicos, filosóficos y existenciales— para el público que rechazó masivamente la producción de Frankenheimer en aquellos años sesenta.

IMAGEN Y SEMEJANZA

En esa época, la cirugía plástica todavía hacía referencia a los resultados poco deseables conseguidos por el joven Dr. Frankenstein en sus experimentos, lo que imposibilitaba pensar en el uso cosmético y médico de hoy en día. Los trasplantes de rostro en pacientes heridos de gravedad no pasaban de ser una ficción científica. Lo mismo sucedía con las reposiciones hormonales para combatir la andropausia. Tony Wilson anticipa el rechazo sufrido por prácticamente todos los pacientes que recibieron un trasplante total de rostro. Es notable cómo la piel es crucial para el nacimiento, y también para la transparencia progresiva que se desarrolla a partir de la mediana edad, metafórica en el “renacimiento” propuesto por *Seconds*. “Hágase a mi imagen y semejanza.”

Desde el principio sucede así. El hombre descubre su propia piel, accede a ella, por el tacto,

en dos ocasiones en su vida: en la adolescencia la limpia del acné, estira el cuero del pene en sesiones furiosas de masturbación. En la madurez (en el caso de mi amigo invisible de allá arriba y, dentro de poco, en el mío), vuelve a la piel al darse cuenta de cómo se separa de la carne y se convierte en pellejo. Cómo desaparece bajo la capa de la invisibilidad. Las inyecciones de silicona y bótox deforman la flacidez que termina por transformarnos en otro, en alguien que se derrite delante del espejo. Al hacer esto crea la horda de monstruos que habita las ciudades, personas que pertenecen a una enorme y singular familia: las víctimas del vicio de las cirugías plásticas (¿del vicio de la juventud?). Gente que tiene el mismo rostro



José Clemente Orozco, *El hombre desmembrado*, de la serie *Los teules*, 1947 ©

prefabricado, escogido en algún catálogo de clínica genética.

Después de arrepentirse de la liberalidad vacía de su vida de artista al lado de la exuberante Nora (ella misma una renacida), Wilson regresa al suburbio donde vivió como Hamilton y se presenta ante su antigua esposa (es decir, su viuda) como amigo del marido fallecido. Finge que le gustaría conocer mejor las aspiraciones de Hamilton, pues admira sus acuarelas, a pesar de ser poco profesionales, y desea tener una como recuerdo. El primer choque se da al descubrir que la viuda se deshizo de todas sus cosas y transformó su antiguo estudio en una sala de estar. Escucha la descripción hecha por la esposa de Arthur con la franqueza típica de un desconocido:

Era un buen hombre, pero vivía aquí como un extraño. Lo que más recuerdo de él son sus silencios. Luchó mucho por lo que le enseñaron a desear y, cuando lo consiguió, se confundió más y más.

Y la viuda concluye: "Arthur murió hace mucho, mucho tiempo antes de que lo encontrarán en ese cuarto de hotel".

En sus comentarios sobre *Seconds* en el documental *The Pervert's Guide to Ideology* (Sophie Fiennes, 2021), Slavoj Žižek considera que Wilson, al fracasar en el intento de renacer,

vive en un ambiente totalmente nuevo, tiene una nueva profesión y nuevos amigos, etcétera. Lo que permanece igual son sus sueños, que le sirvieron a la Compañía para proporcionarle una nueva existencia.

Mi rostro reflejado en la pantalla de la computadora se sobrepone al de Žižek e intento reconocer el rostro del adolescente que lo habitó: desapareció. Ahora ocupa el reflejo un casi viejo, casi gordo, casi muerto (la mitad de la vida, ¿no es esta la causa de la crisis?), un hombre cuya apariencia extraña se parece a la de un pastor de cabras mongol en el exilio, calvo, de barba gruesa, con una nariz casi nula que apenas comienza a existir; el pelo se fue hace



Cartel de la serie *The Sopranos*, de David Chase, 1999-2007

Jalo la piel del antebrazo. Está opaca, poco resistente: parece que se va a desprender del hueso.

mucho. Jalo la piel del antebrazo. Está opaca, poco resistente: parece que se va a desprender del hueso y que mi esqueleto llegará desnudo a la línea de meta, desnudo e invisible.

Y, sin embargo, son sueños equivocados —dice la cara de Žižek, volviendo a ocupar el lugar de la mía— que reflejan la ilusión consumista de nuestra sociedad.

El filósofo esloveno también se debe parecer muy poco a la foto 3x4 del joven de su primera tarjeta de identificación. Mal reconocería sus sueños de ese entonces, si es que acaso se acuerda de ellos.

EL COMIENZO DEL FIN

Además de la "distopía marxista" de la visión de Frankheimer (en la época de su lanzamiento, el cineasta declaró en una entrevista que la película protestaba contra "la creencia de que todo lo que se necesita en la vida es ser exitoso financieramente y contra el absurdo de creer que debemos ser eternamente jóvenes"), la narrativa de la crisis de la mediana edad como punto de inflexión existencialista adquirió en las últimas décadas el *pathos* que alimentó a los mejores teledramas del periodo, como *The Sopranos*, *Mad Men*, *Breaking Bad* y *Better Call Saul*, apoyándose en el protagonismo de unos cincuentones puestos a prueba en situaciones límite: Tony Soprano, rey destrozado y anacrónico frente a la decadencia del clan; Don Draper y su desesperada búsqueda de afecto en el sexo; el enfermo y fracasado Walter White y su redención a través del crimen; Jimmy McGill y su "renacimiento" como Saul Goodman.

Tony Wilson, al sentirse decepcionado con su segunda vida, al enfrentarse a nuevas frus-

traciones, regresa a la Compañía. Conversando con el viejo presidente, este lamenta que no haya conseguido realizar sus sueños. Wilson piensa que quizá no tuvo ningún sueño, pero le gustaría tomar sus propias decisiones en el próximo renacimiento: no soporta la pérdida del libre albedrío. No sabe que su cuerpo servirá ahora de cadáver sustituto de un nuevo "renacido". Entonces, el viejo presidente de la Compañía le dice que "la vida se construye sobre deseos", las mismas ilusiones sugeridas por Žižek, sueños equivocados, impulsados por el poder. En la mesa de operaciones en donde se simula su muerte en un accidente automovilístico, Wilson cumple por fin su sueño, la ilusión que nos hace continuar vacíos hasta el último instante, simple reflejo que surge en el reflector quirúrgico: muestra la imagen fuera de foco de un hombre adulto que carga un niño en los hombros, jugando en la playa. La infancia.

Y es aquí, en el momento de morir o de hacerse transparente, cuando se alcanza aquel punto sin retorno mencionado por Kafka en un aforismo, el punto donde uno se encuentra con *Peter Pan*, en cuyo primer párrafo nos recuerda que las personas siempre saben, cuando tienen dos años, que "dos es el comienzo del fin". Un poco antes del fin, sin embargo, la legión de los Snege, los Hamilton, los Wilson, los Tony, los Draper, los Walter, los Jimmy y los Saul necesita, al igual que mi amigo invisible a los 60 años, adquirir su propia e intransferible invisibilidad. Y también, como le encanta decir en tono de provocación a cierta amiga mía, una psicoanalista reichiana, alcanzar la perfección de coger como una mujer, y no con una mujer. **U**

POEMA

MENOPAUSIA

Gioconda Belli

Hasta ahora,
las mujeres del mundo la han sobrevivido.
Sería por estoicismo
o porque nadie les concediera entonces
el derecho a quejarse
que nuestras abuelas
llegaron a la vejez
mustias de cuerpo
pero fuertes de alma.
En cambio ahora
se escriben tratados
y, desde los treinta,
empieza el sufrimiento,
el presentimiento de la catástrofe.
El cuerpo es mucho más que las hormonas.
Menopáusica o no,
una mujer sigue siendo una mujer;
mucho más que una fábrica de humores
o de óvulos.

Perder la regla no es perder la medida,
ni las facultades;
no es para meterse cual caracol
en una concha
y echarse a morir.
Si hay depresión,
no será nada nuevo;
cada sangre menstrual ha traído sus lágrimas
y su dosis irracional de rabia.
No hay pues ninguna razón
para sentirse devaluada.
Tirá los tampones,
las toallas sanitarias.
Hacé una hoguera con ellas en el patio de tu casa.
Desnudate.
Bailá la danza ritual de la madurez.
Y sobreviví
como sobreviviremos todas.

Este poema fue publicado originalmente en el libro *Apogeo*, Universidad Externado de Colombia, Bogotá, 2020, pp. 44-45. Se reproduce con el permiso de la autora.



LA HUMANIDAD GRACIAS A LAS ABUELAS

Alejandra Ortiz Medrano

¿Qué valor tiene la vida si no se está produciendo algo? Es una pregunta cruel, pero firmemente anclada en valores de la actualidad: en la infancia te vas preparando para la vida adulta,¹ productiva, como si ser niño o niña no fuera más que un paso necesario para llegar a la etapa en que realmente eres tú, cuando *ya creciste*. Después, al dejar esta vida adulta, cuando la energía disminuye y el cuerpo va perdiendo capacidades de producción, la vejez parece solo un sobrante o subproducto de lo que antes se fue, lo que queda de ti. Y sin embargo, son estas dos etapas de la vida humana, la infancia y la vejez, las que probablemente nos hagan más humanos.

La pregunta cruel con la que inicia este texto toma otros tintes, tal vez peores, cuando la trasladamos al mundo de la evolución, donde muchos rasgos de las especies se explican por selección natural. ¿Qué valor tiene la vida si no es para la reproducción? Dejar descendencia se sitúa en el centro de la evolución por selección natural. Las adaptaciones son rasgos que han evolucionado precisamente porque permitieron que quienes los mostraran pudieran tener más hijos, nietos, bisnietos, etcétera, que a su vez los heredasen. Cualquier característica que aumente el éxito reproductivo será ventajosa frente a otras que no permitan

¹ La categoría *adultos* incluye a los que están en edad reproductiva y a los adultos mayores, pero en este texto me estaré refiriendo por *adultos* solamente a los primeros, pues es muy largo y fonéticamente desagradable decir todo el tiempo *adultos en edad reproductiva*.



©Dan Taylor, sin título, 2021. Cortesía del artista

tanta descendencia. La niñez puede explicarse entonces como el periodo que prepara para la vida adulta reproductiva pero, ¿qué pasa con esa etapa en la que se termina la capacidad de reproducción? En particular, ¿cómo puede ser que las mujeres humanas pierdan a cierta edad la quintaesencia darwiniana, la facultad de dejar descendencia?

En la naturaleza no es nada común encontrar especies así, sin la posibilidad de procrear durante un gran trecho de sus vidas, algo que también se llama *etapa post-reproductiva*. Tampoco es común una infancia tan vulnerable y tan larga como la de los humanos. Ambos rasgos son característicos del *Homo sapiens* que nuestra especie lleva a sus extremos. No hay bebés tan inútiles por tanto tiempo como los nuestros, ni hembras post-reproductivas tan longevas como nuestras abuelas.

La menopausia es un acertijo evolutivo, y uno de los rasgos más inusuales en la naturaleza. En la gran mayoría de las especies, el final de la vida reproductiva está muy cercano

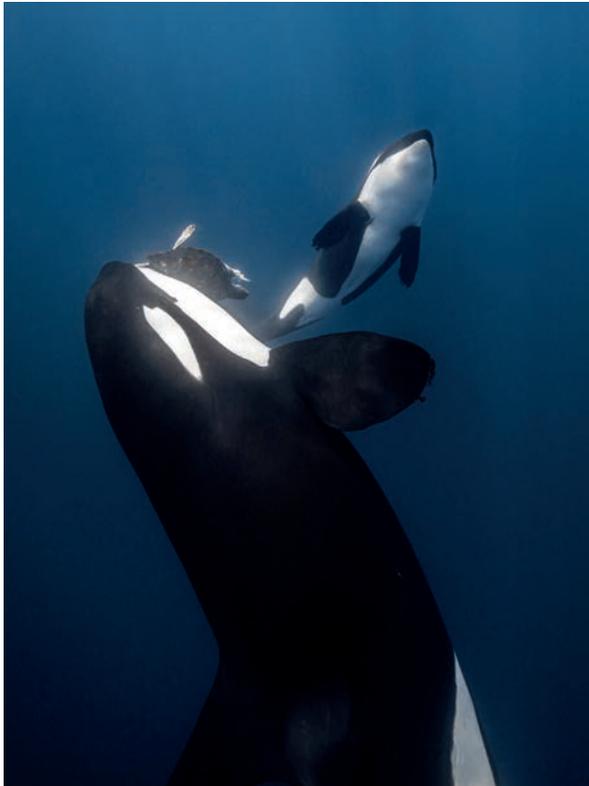
al de la vida. Casi todos los animales tienen la capacidad de reproducirse hasta edades avanzadas, y si bien la fertilidad puede que vaya decayendo con los años, no es extraordinario que existan hembras “viejas” que sigan reproduciéndose. Por ejemplo, en las hembras de nuestros parientes vivos más cercanos, los chimpancés, la fertilidad va decreciendo a partir de los treinta años, pero solo el 7 por ciento de los chimpancés vive más de 40 años en el medio natural; de estas hembras cuarentonas, la mitad todavía tendrá al menos una cría pasada esta edad. Parece que el límite para esta especie, aún en cautiverio, es de 50 años, que es la edad que se ha observado en todas las hembras que pierden la capacidad de reproducción.

En cambio, las hembras humanas en promedio dejamos de tener hijos entre los 39 y 41 años (esto incluso en sociedades que no utilizan métodos anticonceptivos), y la menopausia, el punto final en los periodos menstruales, llega en promedio a los 50 años. Esto deja, dependiendo de la cultura, entre dos y cuatro

Solamente tres especies además de los humanos tienen menopausia, y todas pertenecen a la familia de los cetáceos.

décadas de vida sin capacidad reproductiva. Se podría argumentar que como consecuencia del avance de la medicina y otras tecnologías actualmente vivimos más tiempo y que, en realidad, el final de la vida reproductiva coincidiría con el de la vida. Sin embargo, en sociedades actuales que no cuentan con medicina "moderna"² ni tecnología, a las mujeres que llegan a los 40 años les esperan en promedio entre veinticinco y treinta años más de vida.

² También llamada medicina occidental, medicina convencional o biomedicina.



©Dan Taylor, sin título, 2022. Cortesía del artista

También podría pensarse que la menopausia es un rasgo sin motivo adaptativo, que está ahí como consecuencia de otros factores, por ejemplo, el envejecimiento y la pérdida de los ovocitos u óvulos inmaduros dentro de los ovarios. Pero la diferencia entre los años post-reproductivos de nuestra especie comparada con otras es tan grande, que para quienes estudian evolución es como pensar que la cola del pavoreal, exagerada como es, sería producto exclusivamente del crecimiento de las plumas, sin que existiese una razón ligada a la reproducción. La menopausia es un rasgo exagerado de la humanidad y, por lo tanto, lo más probable es que haya ofrecido una ventaja en la evolución de nuestra especie.

Además, los seres humanos, aunque sí muy singulares por tener menopausia, no somos la única especie que la presenta. Y cuando varias especies desarrollan un mismo rasgo de forma independiente, es indudablemente debido a la selección natural.

LAS ORCAS

Hasta donde sabemos, solamente tres especies además de los humanos tienen menopausia, y todas pertenecen a la familia de los cetáceos: las orcas, las ballenas piloto de aleta corta y las falsas orcas. De estas, las primeras son en las que más se ha estudiado su vida post-reproductiva.

Las orcas hembra presentan características muy similares a las de las hembras humanas, como el promedio del último parto a los 39 años y una esperanza de vida a partir de esa edad de entre 60 y 90 años. Además, como muchas humanas, durante la menopausia las orcas se convierten en abuelas.

Las también llamadas "ballenas asesinas" viven en grupos familiares en donde hijos e

hijas tienden a quedarse con su madre incluso en la edad adulta, cuando comienzan a tener a sus propias crías, de manera que pueden convivir hasta cuatro generaciones simultáneamente. Se ha observado que las orcas abuelas tienden a ser las líderes de los grupos: dirigen las cacerías, heredan a sus descendientes los gustos por la comida (por ejemplo, hay grupos que prefieren camarón y otros salmón) y enseñan estrategias para encontrar alimento y cazar.

La importancia de las abuelas orcas se ha cuantificado. Al analizar datos demográficos y genealógicos, se encontró que las orcas jóvenes que pierden a su abuela tienen casi cinco veces más probabilidades de morir que quienes aún la tienen, y que este efecto es todavía mayor si la abuela que muere había llegado ya a la menopausia. Estos resultados indican que tener abuela implica un claro beneficio en la sobrevivencia, y que tener una abuela postmenopáusicas es aún mejor.

Los datos de las orcas se ajustan a la llamada "hipótesis de la abuela", la cual indica que la menopausia sí muestra una ventaja adaptativa, no ya a través de la típica estrategia de tener más hijos, sino al dejar de procrear y colaborar con el cuidado de los nietos, que al fin y al cabo son también su descendencia y conservan sus genes. Pero esta hipótesis no surgió de observar cetáceos, sino a partir de la observación de abuelas humanas.

LA HIPÓTESIS DE LA ABUELA

Podría pensarse que una mujer adulta mayor no es exactamente un pilar de fuerza física para sostener a la comunidad, en contraste con, por ejemplo, un hombre de 35 años. En grupos de forrajeros o de cazadores-recolectores contemporáneos que viven en África se observa que



Mary Cassatt, El baño, 1890-1891 ©

usualmente son los hombres adultos quienes salen a cazar, mientras que las mujeres y adultos mayores se dedican a labores como el cuidado de las infancias y la búsqueda de alimento vegetal como bayas, quelites y tubérculos.

La alimentación de estos grupos depende totalmente de lo que encuentren cada día. Se piensa que así vivimos los humanos durante casi toda nuestra existencia como especie (al menos unos 300 mil años), con excepción de los últimos 10 mil años, cuando apareció la agricultura.

La imagen de hombres que regresan al hogar cargando presas de varios cientos de kilos es potente. No es de extrañar que durante décadas predominara la idea del "hombre cazador" para explicar varios rasgos de nuestra especie. Por ejemplo, que el desarrollo cognitivo fue consecuencia de las habilidades necesarias para cazar, o que la proteína animal fue necesaria para que pudieran evolucionar cerebros

que requieren tanta energía. Pero a partir de la década de 1980, y tras observar a los *hadza*, una comunidad de forrajeros de Tanzania, un grupo de investigación liderado por la antropóloga Kristen Hawkes se dio cuenta de que quienes realmente aportan más calorías para la comunidad son las mujeres mayores al recolectar sobre todo tubérculos, actividad que requiere de un esfuerzo físico excesivo para un infante.

A partir de los datos recabados en estas sociedades forrajeras, se ha encontrado que los niños crecen más mientras más alimento recolectan sus madres, pero que esta correlación se pierde cuando comienzan a llegar nuevos hermanitos. A partir de ese punto, el crecimiento de los niños depende del trabajo de recolecta que hacen sus abuelas.

Es así que nace la hipótesis de la abuela, que en síntesis propone que ellas contribuyen directamente con la alimentación y el cuidado de los nietos, lo cual permite que sus hijos puedan dedicarse a tener más hijos, más seguido. De esta manera, mujeres longevas que tienen genes para vivir más allá de su vida reproductiva se los heredarían a sus hijos y a sus nietos. Al asegurar la sobrevivencia de los nietos, el rasgo de la menopausia tiene cabida dentro de la selección natural.

Si bien existen otras explicaciones para la evolución de la menopausia, la hipótesis de la abuela es actualmente la más aceptada entre quienes estudian la evolución humana, y cuenta con evidencia no solo de grupos forrajeros, sino de sociedades agrícolas del siglo XVII, modelos matemáticos y análisis de otras especies, como las orcas.

La hipótesis de la abuela ha tenido diversas variaciones, pero en el centro de todas está la idea de que la cooperación al servicio del cui-

dato y el cariño, y no al de la caza, la estrategia y el comer carne, ha sido una parte esencial en nuestra historia evolutiva.

LA HUMANIDAD GRACIAS A LAS ABUELAS

Según la hipótesis de la abuela, para nuestra especie ha sido ventajoso que hayan existido mujeres sin capacidad reproductiva durante muchos años de sus vidas. Su longevidad les permitió transferir durante sus años infértiles las ventajas del cuidado de las crías propias a los nietos. De esta manera, la hipótesis explica también muchas de las características más inusuales de los humanos, todo a partir del hecho de que la crianza en nuestra especie, en especial el maternaje, es compartida.

La existencia de abuelas cuidadoras abrió paso a que la infancia humana pudiera ser tan larga y vulnerable como es. *It takes a village to raise a child*, y la aldea usualmente suelen ser las abuelas. El que estas cuidaran a sus nietos permitió que los años de aprendizaje y exploración infantil se extendieran, lo cual significó que el cerebro pudiera darse el lujo de evolucionar y no alcanzar su máximo desarrollo sino hasta bien pasada la adolescencia; lo que a su vez explica las capacidades cognitivas de nuestra especie, que son gran parte de la razón de que hayamos podido migrar y asentarnos en prácticamente todos los ecosistemas terrestres.

La transmisión de la cultura es otra de las razones de nuestro éxito como especie. No hay que reinventar la rueda en cada generación, sino aprender cuál es la mejor forma de hacerla. Según esta hipótesis, la transmisión de la cultura queda sobre todo en manos de las personas adultas mayores. En la sociedad actual parece asumirse que es a partir de los 20 años



Canadá, 2018. Fotografía de Thomas Lipke. Unsplash ©

cuando ya tendríamos que saber bien qué hacer, cómo trabajar, cómo construir relaciones; en resumen, cómo ser y hacer correctamente lo que somos y hacemos. En las culturas forrajeras alrededor del mundo, la edad en que una persona alcanza el pico de sus habilidades, ya sea en la caza, la elaboración de herramientas, el forrajeo o el cocinar es entre los 35 y 40 años de edad. Las habilidades humanas son sofisticadas y requieren de mucha práctica y enseñanza.

Pero enseñar a hacer algo es diferente a realizar la tarea, y enseñar y hacer tienen ritmos distintos. La figura de las abuelas o personas mayores en un grupo permite que la tarea de enseñar a infantes no sea responsabilidad de quienes tienen las capacidades físicas para realizar la actividad mejor y más rápido, es decir, las personas adultas. Quienes tienen mayor experiencia y conocimientos, pero capacidades físicas disminuidas, siempre pueden encargarse de la enseñanza.

La infancia y la vejez post-reproductiva son dos de las etapas más distintivas de nuestra especie y también de las más vulnerables en

nuestras vidas. En términos evolutivos y capitalistas, son también las etapas menos productivas: no existe la capacidad de tener hijos y disminuye considerablemente la de producir bienes materiales. Según la hipótesis de la abuela, gracias a estos periodos tan inusuales en términos evolutivos el *Homo sapiens* pudo convertirse en la especie que es: extremadamente social, con extraordinarias capacidades de aprendizaje y habilidades cognitivas muy complejas. La vulnerabilidad de la infancia al cobijo de la vejez permite que la creatividad de nuestra especie florezca, que las culturas humanas sean mucho más sofisticadas que la de cualquier otra especie, y que nuestras formas de cooperación se conviertan en expresiones de amor transgeneracional.

Como bien ha dicho Kristen Hawkes, la vida en nuestros años productivos nos acerca al resto de la creación animal: es fácil de explicarlo en términos darwinianos. La vida vulnerable, improductiva, el acertijo evolutivo que es la menopausia y su relación con la niñez son, sin duda, el trazo en nuestra historia en que podemos decir "somos humanos". **U**



MASCULINIDAD EN PAUSA: VIRIPAUSIA SELECCIÓN

Lydia Cacho

*No es que mi pene piense por mí, es que él me ha dado
los mejores momentos de mi vida. Así que debe tener
mente propia y ser más listo que yo.*
Richard Herring (comediante de stand-up)

Francisco nunca imaginó que su vida, antes feliz, se convertiría en un caos en menos de seis meses. A punto de cumplir los 60 empezó a sufrir cambios de carácter; se sentía inseguro, ansioso y deprimido. Comenzó a acostarse con una chica de 27 años con personalidad de adolescente tardía. Incluso la llevó a su propia casa, donde ella dejó huellas dirigidas a la pareja de Francisco para que supiera que había alguien más. Él se metió al gimnasio, se obsesionó con el miedo a cumplir los 60, dejó a su pareja, le mintió a toda la gente cercana y se dedicó a tomar Viagra y antidepresivos. Su vida quedó trastocada. Él, como millones de hombres, no se preparó para enfrentar la andropausia o viripausia; no supo atender su salud hormonal; no entendió que estaba pasando por la crisis de la edad madura y que podría haber evitado el caos.

Si usted busca en un diccionario la palabra *viripausia*, encontrará lo siguiente: f. Periodo en la vida del varón en que disminuye su capacidad sexual por efectos de la edad. Esta es una de las definiciones de ese periodo que puede comenzar alrededor de los 40 años y termina aproximadamente a los 60 o 65. La andrología, nueva rama de la urología especializada en los hombres (*andros*: varón, *logos*: tratado o estudio), denomina a este periodo *andropausia*, aunque aún hay quienes eufemísti-

camente lo llaman la “crisis masculina”, porque como no hay pausa en la producción de espermas, y por tanto en la capacidad reproductora de los hombres, no se le puede equiparar a la menopausia. Como sabemos, la menopausia implica la terminación del periodo menstrual, es decir, el fin de la etapa reproductiva femenina. El climaterio es el periodo que le sigue, es decir, todo lo que se vive a partir de la llegada de la menopausia; sin embargo, estos dos fenómenos en hombres y mujeres tienen más similitudes de lo que creemos. Con la andropausia nos enfrentamos a uno de los grandes tabús de los hombres y de la ciencia.

La palabra *menopausia* es un cultismo francés creado por el médico Charles de Gardanne en 1816, quien unió dos palabras griegas (*men*: mes, y *pausis*: pausa). Así formuló esta definición de un periodo en la vida de las mujeres en que los ovarios dejan de producir hormonas y por tanto la mujer deja de menstruar cada mes. Gardanne también bautizó este periodo como “el infierno de las mujeres”, creando así un precedente “científico” de los prejuicios que se asentarían en nuestra cultura durante dos siglos.

Aplicado a los cambios hormonales de los hombres, este fenómeno lo conocemos comúnmente como *andropausia* o *viripausia*, a la que vulgarmente en países latinos se le llama “machopausia” o “pitopausia”. Es una forma despectiva de referirse a lo que muchos expertos denominan en el ámbito psicológico *la crisis del hombre maduro*. Me resulta curiosa la utilización del prefijo *vir-*, que surge de la misma raíz latina que *viril*, es decir, lo que te hace hombre, lo masculino. Esta idea es distorsionadora, porque implica que lo que te hace hombre son las gónadas, y eso es falso, las gónadas son solo una parte fisiológica del hombre. Es



©Ana Segovia, *Know when to fold'em*, del proyecto *Paisajes*, 2022. Cortesía de la artista

un término moderno, ya que apenas muy recientemente la viripausia o andropausia ha comenzado a dejar de ser un tema tabú tanto en el mundo científico como en la cultura popular.

Ni uno solo de mis 210 sujetos entrevistados pudo definir adecuadamente la andropausia. La mayoría sonrieron nerviosamente, otros enderezaron su espalda, llevaron los hombros hacia atrás y expresaron, inicialmente, que ellos jamás han tenido problemas con su masculinidad y hombría. Otros fueron más honestos y se refirieron simplemente a aspectos psicológicos o, por el contrario, a los meramente fisiológicos. Ninguno, aparte de un médico, habló de los cambios bioquímicos. Pero una vez que nos adentramos en las entrevistas y la conversación posterior, la gran mayoría se mostraron sorprendidos e incluso admitieron sentirse vulnerables ante el descubrimiento de que

Ya que los hombres difícilmente hablan entre sí sobre estos problemas, se hace más grave la sensación de que están solos.

sus hormonas pueden ser en parte causantes de una serie de síntomas que hasta ahora habían percibido en soledad y silencio. Habla Rolando, de 43 años:

Después de contestar este cuestionario estoy preocupado, pero al mismo tiempo aliviado, porque entiendo que algunas cosas que me están pasando desde hace un par de años no están en mi cabeza. Mira, yo no me considero machista, pero, como cualquier hombre, mi vida sexual es fundamental. Si yo no puedo tener buen sexo [...] y deseo, claro, me muero. Todo se relaciona con el sexo; quien lo niegue, pues, miente.

Llama la atención cómo la cultura nos esclaviza a ideas tan incapacitantes y juzgadoras. [...]

Los hombres que padecen de una deficiencia hormonal sienten reducción en la energía mental y física. Desarrollan el síndrome de irritabilidad masculina (SIM), que consiste en una respuesta conductual a cambios fisiológicos que el paciente desconoce e ignora conforme se van dando, como los cambios de carácter en zigzag, que se ven tan claramente en los adolescentes. Ya que los hombres difícilmente hablan entre sí sobre estos problemas, se hace más grave la sensación de que están solos y hay una falsa percepción de que es un asunto únicamente emocional. El doctor André Berger (cirujano plástico, especializado en endocrinología en Los Ángeles) aplica un cuestionario sobre cambios emocionales a todos sus pacientes, gracias al cual ha demostrado que

los síntomas de la andropausia son tan similares a los de la menopausia que deberían ser atendidos integralmente cuando se vive en pareja heterosexual.

Ante la pregunta de si esto es lo que los psicoterapeutas denominan *crisis de la edad madura*, el médico coincide con el doctor Michael Colgan:

Depresión, ansiedad, falta de autoestima y de asertividad es lo que se denomina la crisis de la edad madura. Lo que descubrimos en el consultorio con nuestros pacientes es que los hombres



©Ana Segovia, del proyecto *Pos' se acabó ese cantar*, 2021.

que ya entraron en la crisis de la edad sin atender sus cambios hormonales tienden a tratar de hacer cambios externos en lugar de internos. Entre los 40 y los 50 años los hombres desarrollan patrones de infidelidad, se divorcian para irse con mujeres más jóvenes con quienes probar su virilidad, gastan mucho dinero para compensar las pérdidas emocionales. El 80 por ciento de los suicidios que ocurren en Estados Unidos son de hombres de ese rango de edad; eso demuestra que los hombres no buscan ni reciben la ayuda necesaria ante sus cambios de carácter que están relacionados con las hormonas.



Cortesía de la artista

Con el síndrome de deficiencia de testosterona (SDT) encontramos aumento de peso y crecimiento de senos (ginecomastia), que a la mayoría de los hombres les angustia o incomoda. Otro factor preocupante —del que la comunidad médica casi no habla— es la osteoporosis masculina. Berger y otros médicos a quienes entrevisté para este libro me aseguran que aunque los hombres se muestran preocupados por varios de estos síntomas, una vez que se atreven a admitir su existencia lo que más les inquieta sigue siendo, en general, la sexualidad, porque a través de ella se manifiestan como parejas, como hombres.

Se pierden las erecciones nocturnas y la duración de la erección —asegura el médico—. Lo que hemos notado en nuestros pacientes es que antes de que los hombres empiecen a sentir estos síntomas van perdiendo niveles de hormonas en el cuerpo y para cuando llegan al consultorio, ya traen un historial de deficiencia hormonal descuidada. [...]

Por su parte, la doctora Andrea Cole, experta en remplazo hormonal del Centro Anti-edad de San Diego (California), asegura que ni todos los hombres ni todas las mujeres necesitan remplazo hormonal, y que ni la menopausia ni la andropausia son enfermedades, sino condiciones naturales de la edad. Sin embargo, para ella es muy importante que se entienda que hay personas que no pueden vivir normalmente por la crisis que los trastornos hormonales les generan y que para ellas son estos tratamientos. La especialista reitera que antes a las mujeres simplemente les hacían un perfil hormonal y se les administraban hormonas animales, muy dañinas para la salud.

La doctora Cole se refiere justamente a lo que la psicoterapeuta Myriam Cacho, experta en naturopatía y salud integral radicada en Cuernavaca (México), nos dice sobre la integralidad de la atención a la salud:

[...] los cambios hormonales en hombres y en mujeres despiertan traumas o asuntos no resueltos de nuestra vida emocional. La falta de atención a los vínculos entre las emociones y los diversos niveles hormonales puede incrementar la ansiedad de la persona y convertir un síntoma en una patología de largo plazo. A veces el hombre llega porque tiene disfunción eréctil, pero no quiere hablar ni revisar su salud emocional, su relación

o relaciones afectivas y eróticas, y entonces entra en un círculo vicioso que parece interminable. A veces el hombre pide ayuda por sus problemas emocionales y en el camino descubre que otros factores han colaborado en incrementar la ansiedad, la tristeza o la depresión. Lo mismo sucede con las mujeres a quienes los cambios hormonales afectan con severidad: una leve depresión puede terminar en un cuadro de ansiedad y depresión severa.

Nunca sobra contrastar las visiones de profesionales en estos temas tan ricos y complejos. Por eso era importante conocer la opinión del doctor Abraham Morgentaler de la Escue-



©Ana Segovia, *For the Fun of it*, 2019. Cortesía de la artista

la de Medicina de Harvard y profesor asociado de medicina clínica en la Escuela de Urología de este prestigioso centro académico, además de autor de *Testosterone for Life* (Mc Graw-Hill, 2008). Morgentaler lleva veinte años estudiando los efectos bioquímicos de la testosterona. Primero los analizó en cocodrilos, que según el especialista tienen un sistema endocrino muy similar al de los humanos; luego

tercio de todos los hombres mayores de 40 años presentan síntomas de disminución de esta hormona. [...]

La testosterona es uno de tantos esteroides que nuestro organismo produce, y su uso ilegal en los deportes puede hacer que una carrera exitosa se pierda. El hecho de escuchar

Viagra, Cialis y otros medicamentos para la disfunción eréctil no funcionan si hay baja testosterona.

comenzó a estudiar esta hormona y sus compañeras endocrinas en hombres. El médico asegura:

Los obstáculos frente al uso clínico de la testosterona se basan en la ignorancia. La deficiencia de testosterona es un síndrome clínico y no un diagnóstico bioquímico. Es decir, un simple estudio de laboratorio en que se mida la testosterona nunca es suficiente. Existen diferentes opiniones sobre cómo diagnosticar la necesidad de remplazo hormonal en hombres. La Sociedad Endocrinóloga Estadounidense, así como la FDA, recomiendan el estudio de al menos trescientos factores para determinar si un paciente es hipogonádico, o tiene baja la testosterona y otras hormonas.

Este experto espera que algún día todos los hombres se hagan un estudio adecuado de medición de testosterona a partir de los 50 años. Él insiste en advertir a sus estudiantes de urología que Viagra, Cialis y otros medicamentos para la disfunción eréctil no funcionan si hay baja testosterona. Entre los resultados de sus acuciosos estudios, Morgentaler revela que un

tantos argumentos negativos sobre la testosterona se debe principalmente a la mala fama que tienen los esteroides y el dopaje en deportistas. La cultura deportiva de los varones les hace creer que necesitan testosterona extra (para mejorar su desempeño) y que los esteroides naturales son una "droga". Lo cierto es que si un deportista necesita subir sus niveles de testosterona por problemas de salud, esto puede demostrarse clínicamente, pero debe reportarlo y no ocultarlo, como el ciclista "Pinocho" Armstrong, quien cayó al precipicio de la decepción deportiva por utilizar esteroides anabólicos e inyectarse sangre oxigenada, que inicialmente le recetaron tras haberle hecho una cirugía testicular a raíz de un cáncer.

Respecto a por qué algunos llaman viripausa a este periodo, la respuesta es muy sencilla: porque la testosterona es la causante de la virilidad. Sin ella, en la etapa embrionaria los hombres tendrían vulva, y no pene y testículos, y sería imposible la producción del esperma. **U**

Lydia Cacho, *Sexo y amor en tiempos de crisis. Lo que debes saber antes de cumplir 40*, Grijalbo, Ciudad de México, 2014, pp 79-94. Se reproduce con el permiso de la autora.





YA NO SIRVE

Sheerly Avni

Traducción de Virginia Aguirre

1

La perimenopausia me vino de pronto.

Empezó hace unos dos años, pocos meses antes de que cumpliera 50: sudoraciones nocturnas ocasionales, necesitar tampones extras porque mi periodo había decidido llegar cuando quería, la vaga sensación de que tal vez mis estados de ánimo eran un poco más raros de lo necesario y la férrea certeza de que fácilmente podría enfrentar cualquier cosa que sucediera.

La vida pintaba bien. Las vacunas contra el Covid estaban en camino, nadie cercano había muerto, trabajaba con buenos amigos en proyectos que me entusiasmaban y me acababa de mudar con mi marido G de la Ciudad de México a esa fuente inagotable de bienestar que es Valle de Bravo, donde si uno arroja una piedra le da a un instructor de danza extasiado tratando de vender *cohosh* negro. Todos los días cruzaba para ir al rancho de mi vecino y pasar el rato con Princesa, una yegua castaña en libertad que se me acercaba cada vez que la llamaba por su nombre. Y estábamos construyendo una casa en pleno bosque, rodeada de pinos, olmos, mariposas y silencio.

Hay quienes van a spas para aliviar el estrés. Yo vivía en uno.

Pero de repente ya no podía disfrutarlo. Y aunque reconocía los síntomas físicos, suponía que esas malas sensaciones debían ser culpa mía, producto de mi debilidad de carácter. Desde mi hipersensibilidad a los desaires reales e imaginarios que reproducía en mi mente *ad nauseam*

©Aleah Chapin, *We Held the Mountains on Our Shoulders*, 2017.

◀ Cortesía de Flowers Gallery

durante mis caminatas por aquel bosque sanador, a la desaparición súbita de mi tolerancia a la frustración —no poder abrir un frasco de mermelada; además de hacerme llorar, terminaba con el recipiente estrellado sangrando frambuesas y astillas de vidrio en el suelo—, el problema era yo.

Miraba las fotos de nuestra boda y no lograba entender por qué sonreíamos mi esposo y yo. No soportaba hablar con mi familia. Entraba en pánico cuando me preguntaban “¿cómo estás?”. Los árboles alrededor de la casa me parecían siniestros. Incluso a plena luz del sol no veía hojas verdes, sino ramas desnudas que me acechaban como si fueran garras. De manera repentina e irracional empecé a sentir terror de morir. Me van a matar, pensaba, aquí afue-

cosas. Una pistola. Pastillas. Saltar de un puente lo bastante alto.

La pregunta obvia: “¿Por qué no fuiste a un médico?”.

¿Un médico? Por favor, estaba abrumada por tantos médicos. Desde el principio: psiquiatras, endocrinólogos, ginecólogos, cada uno más caro y exclusivo que el anterior. Los que había consultado, los que podían darme una cita en 2023, los herbolarios-gurús que resultaban ser antivacunas (otra vez, Valle) y los especialistas que prometían un coctel personalizado de hormonas pero que no me habían vuelto a llamar todavía. Todos muy recomendados por una amiga o un amigo que juraban que esa persona hacía milagros. El mejor. Un salvavidas. Caro, pero valía la pena.

Lloraba todos los días sin saber por qué, a veces horas sin parar. Estaba sumida en pensamientos sombríos.

ra, en el bosque, donde nadie me oiría gritar. O me iba a tropezar en una de mis caminatas y descalabrar al caer contra una piedra. O me daría un infarto en el porche del frente y los médicos no llegarían a tiempo.

Conforme fue pasando el tiempo, en vez de preocuparme por la muerte, empecé a anhelarla, a fantasear con el alivio, la paz.

Los expertos lo llaman *ideación*, un primer paso hacia el suicidio, pero todavía no extremo.

Lloraba todos los días sin saber por qué, a veces horas sin parar. Estaba sumida en pensamientos sombríos: antiguos errores, peleas con amigos en mis días universitarios, hilos de Twitter que me enfurecían, cavilaciones sobre el cambio climático, Roe contra Wade, negociaciones de contratos llenas de traspiés... y, por último, formas de resolver yo misma las

Estaba la que decía que todo se arreglaría con un implante de comprimidos de testosterona, pero que primero necesitaba una histerectomía total, mediante un procedimiento quirúrgico de 200 mil pesos que, por casualidad, era también su especialidad. Cuando me llevé las manos al abdomen y le dije que quería conservar mi útero donde estaba, dentro de mí, donde nos habíamos llevado bien durante años, la doctora me miró perpleja y me dijo: “¿Por qué? Ya no sirve”.

Estaba el que exhibía una pared llena de diplomas de universidades prestigiosas y me cobró un mes completo de mi salario por un solo tratamiento de ketamina. “Uno es suficiente —dijo— es un *silver bullet*”. Me prometió que sus honorarios incluirían una cuidadosa atención posterior, pero cuando le escribí

para decirle que no me sentía mejor, que seguía llorando a diario por horas, me recomendó escuchar a Mozart y llamarlo en tres o cuatro días.

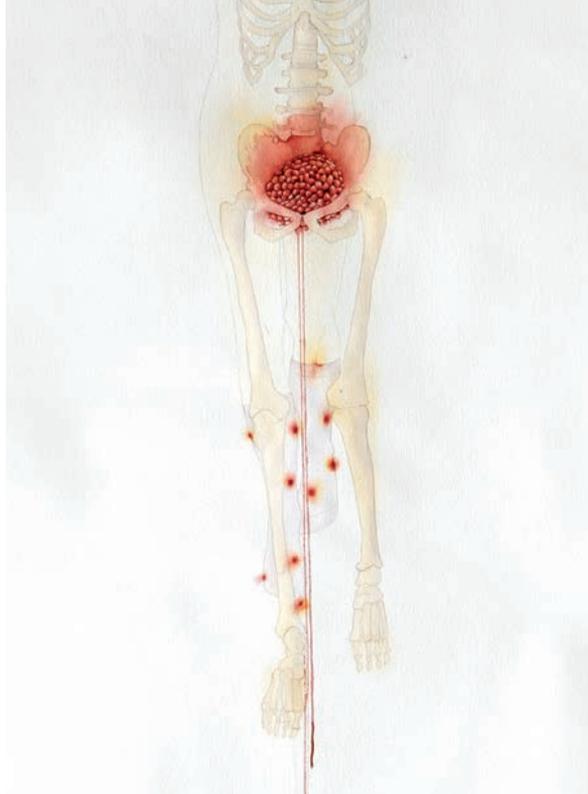
Otra me recetó una inyección de las que duran tres meses, sin consultar mi historial médico. Descubrí, a las malas, con el pecho agitado y lágrimas corriéndome por las mejillas, que tenía una condición preexistente que hace que la inyección no sea “recomendable para algunos pacientes” o, como me gusta pensarlo, *convierte el alma de un paciente en una celda cubierta de telarañas donde llega a morirse la alegría*.

Continué con ella porque no consideraba necesario arrancarme el útero (cada vez me conformaba con menos). Pero cuando la llamé unas semanas después para decirle que seguía sintiéndome fatal y no creía que la inyección estuviera funcionando, me respondió que recordara que a muchas personas les falta un brazo o una pierna. Casi le pregunté si tomaría mi dolor más en serio en caso de que tuviera un síntoma visible, como un brazo o una pierna menos.

Llamé a un amigo querido, que casualmente también es un ejecutivo farmacéutico, para pedirle una recomendación. “En México —suspiró— la menopausia es a menudo más una cuestión de resiliencia que de tratamiento”.¹

Y entonces agregué: “Gracias por mis brazos y mis piernas” cuando hice mi siguiente lista de motivos para estar agradecida, un temido ritual nocturno que, según internet, sanaría todas mis heridas. Escuché a Mozart una y otra vez. Nadaba a diario, meditaba, tomaba

¹ Tenía razón, pero el problema no es solo México. Algunos de los ejemplos más atroces en este artículo son de mi país natal, los Estados Unidos.



©Alejandra Alarcón, de la serie *El libro de la sangre*, 2018. Cortesía de la artista

aceite de hígado de bacalao y comía kale, muchísimo kale.

Y todavía intercambiaba memes en mis chats grupales de Whatsapp, usando *resilientemente* emojis los días en que no lograba encontrar palabras. Me presentaba a las reuniones por Zoom con los clientes, cumplía con los plazos y, si no podía evitar romper en sollozos en medio de una reunión, apagaba la cámara y cerraba el micrófono. A veces simplemente colgaba y aducía fallas en la señal de satélite.

Para marzo de 2022 tenía un plan, porque las mujeres resilientes hacen planes. El mío era el siguiente: me iba a cortar las muñecas a lo largo, como se debe hacer. Pero media hora antes tomaría un puñado de pastillas para dormir, muchas pastillas, porque así estaría demasiado somnolienta como para que me asustara mi propia sangre.

Lo haría en la noche, cuando mi esposo estuviera de viaje por trabajo, para no ensuciar los pisos de madera nuevos.

La mujer nació para sufrir
Charles Bukowski

En las mujeres, la tasa de suicidio más alta se encuentra entre los 45 y los 55 años.²

En fechas recientes, la explicación que se le ha dado a este hecho es la idea de que las mujeres en nuestro grupo de edad están experi-

² Todas las personas con las que hablé, hombres y mujeres, suponían que la tasa más alta de suicidios era entre adolescentes, lo cual tiene sentido: desde *La dama de Shalott* hasta *Por 13 razones*, los medios de comunicación aman a las chicas jóvenes, en especial a las muertas. De cualquier forma, las mujeres en la cincuentena estamos a medio camino de salida.



©Aleah Chapin, *Step*, 2012. Cortesía de Flowers Gallery

mentando un estrés adicional, atrapadas entre el cuidado de los hijos y el de las personas mayores, muchas veces teniendo también un trabajo de tiempo completo fuera de casa y sin saber cómo ahorrar para la jubilación. (Hasta hace treinta años, sin embargo, el consenso médico —al menos en los Estados Unidos— era que nos matamos por haber perdido el atractivo físico o la fertilidad).

Si buscamos en Google *suicidio* y *menopausia* juntos, nos enteraremos de que una de cada diez mujeres en la perimenopausia también admite tener sentimientos suicidas. Esas dos estadísticas, vistas a la par, deberían dar lugar a un mayor sentido de urgencia en el debate público. Con cifras como esas, ¿cómo es que la perimenopausia puede simplemente “venirle de pronto” a una persona?

Y no soy solo yo.

B, 48 años, en la Ciudad de México. Terminó con su pareja de mucho tiempo en los momentos en que el Covid nos mantenía a todos en casa. Cuando dejó de tener su periodo —supuso que por el estrés de estar sola durante la pandemia—, B no hizo más que abrirse paso a empellones a lo largo del año. Y salió adelante. Solo cuando las vacunas permitieron las citas médicas regulares su médico la felicitó: “Se acabó, eres posmenopáusica”.

“¿Por qué —B me preguntaba hace unas semanas, en un hermoso día caminando por el bosque de Chapultepec— parece que nuestro diagnóstico siempre viene después de los hechos?”.

Mi mejor amiga, que vive en Los Ángeles y trabaja en el servicio público, estuvo al pendiente de mí todos los días el año pasado. Dedicó tiempo para ayudarme a buscar tratamientos, incluso compró un pasaje de última hora para venir a cuidarme en una semana

particularmente complicada. La menopausia difícilmente le pasaba inadvertida.

No obstante, a lo largo del año, después de trabajar doce horas diarias, se encontraba sollozando sola en el baño luego de que su familia se fuera a dormir, convencida de que era una mala madre, una mala esposa, una mala activista. No se le ocurrió —o me avergüenza decirlo, no se me ocurrió— hasta este mes que quizás había algo más y que debía hacerse un perfil hormonal. Había caído en el mismo punto ciego cultural que el resto de nosotras y se estaba ahogando en él.

Otras amigas me han contado las mismas historias, pero me han pedido que no escriba sobre ellas, ni siquiera cambiando detalles, porque la vergüenza y el silencio en torno a la salud mental —y la menopausia— siguen estando muy arraigados.

En la vida real el silencio no tiene que ver con la falta de información. Está toda ahí: los libros, los podcasts, los gurús en Instagram, los emprendedores de TikTok que se presentan como *coaches para transiciones*. Pero no basta con que el mensaje esté disponible si sistemáticamente se borra del discurso público diario y hegemónico. Porque la menopausia no solo es invisible, también es invisibilizada: la eliminan de la cultura pop, de los medios de comunicación, de la formación que reciben los médicos, incluso de las conversaciones que sostenemos entre mujeres.

¿Qué quiero decir con “invisibilizada”? Me refiero al segmento de noticias de la National Public Radio sobre sudoraciones nocturnas que se transmitió el mes pasado en los Estados Unidos sin que se mencionara una sola vez a las mujeres en la menopausia. Me refiero a un estudio en el que un 80 por ciento de estudiantes de medicina señalaron que se senti-

rían “incómodos” hablando de ese tema con sus pacientes. Me refiero al podcast que más escuchaba para tratar de encontrar la manera de sentirme mejor, en el que un psiquiatra entrevista a otros psiquiatras sobre formación profesional y los avances recientes en ese campo. Es un excelente podcast, pero de 157 episodios ni uno solo se dedicó al apoyo para pacientes en la perimenopausia.

En cambio, hay una discusión a fondo sobre cómo identificar a una mujer psicópata.

3

Me estaba yendo a la ruina con todos los tratamientos-que-no-eran-tratamientos, así que empecé a leer por mi cuenta. Tenía repisas llenas de manuales sobre menopausia cuidadosamente anotados, todos publicados en fechas recientes, todos escritos por médicas. Aunque discrepaban en varios puntos, había suficientes coincidencias como para sentirme segura de que quería hormonas y también saber con cuáles quería empezar. Elaboré mi propio plan de tratamiento. Lo compartí con mis médicos y les pedí que me expidieran una receta.

Nadie respondió. Al parecer, a los doctores no les simpatizan las pacientes que hacen esto.

Para entonces rara vez dormía más de tres horas diarias y me estaba desmoronando. Un día particularmente helado y húmedo en el bosque, mientras la lluvia golpeaba la azotea, le dije a G que creía que era hora de que empezáramos a buscar un centro de salud mental, un lugar en el que pudiera internarme, voluntariamente, porque ya no confiaba en mí cuando me quedaba sola.

G tenía otras ideas. Se puso a buscar en Google y encontró una clínica pública propiedad de mujeres, ubicada en el norte de la Ciudad de México, que tenía muchas calificaciones de cin-

co estrellas. No había listas de espera ni asistentes que pidieran el pago de un anticipo, solo una cita, al día siguiente.

Y esto fue lo que pasó la tarde del día siguiente en el consultorio de la doctora Lizbeth Martínez, en CAFI (Centro de Atención Femenina Integral). Me hizo un ultrasonido. Analizó los resultados de mi resonancia magnética. Revisó mi perfil hormonal, despacio, deteniéndose para hacer preguntas. Le conté todo. Cómo me había estado sintiendo. Sobre mi historial médico. Sobre por qué lo que estaba sintiendo no era como una depresión, sino como una fuerte tormenta hormonal, algo así como mi peor día de síndrome premenstrual, pero constante y muchas veces más intenso.

Saqué un papel en el que había escrito mi receta tentativa.³

“Por lo que veo, has hecho toda una investigación”, dijo, y después, a partir de mis análisis, mencionó algunas preocupaciones que me invitaba a considerar. Enseguida me dijo que mi evaluación era correcta: mi crisis era hormonal, no relacionada con cuestiones psiquiátricas, y probablemente observaría una mejora en un lapso de un mes. Llenó la receta, me pidió que volviera en seis meses y me cobró menos de la tercera parte de lo que les había pagado a los otros médicos por una cita que duró el doble debido a todo el tiempo que dedicó a escucharme.

Eso fue hace tres meses. No he necesitado ninguna otra intervención médica además de los medicamentos que solicité ese día. Di-

³ Estrógeno transdérmico y tabletas de progesterona micronizada, en dosis bajas. Así de básico. El hecho de que tantos médicos anteriores, ninguno de ellos psiquiatra, insistieran en que necesitaba antidepresivos pero ni siquiera mencionaran estas hormonas me parece alucinante. Son medicamentos de venta libre, pero no los tomen sin orientación médica. Y desde luego, la terapia de reemplazo hormonal no es para todas, hay otras opciones.

ría que he recuperado la condición mental y física que tenía en la premenopausia, pero probablemente estoy mucho mejor, supongo que porque toda esa meditación, ejercicio, aceite de hígado de bacalao y kale son ahora parte de mi rutina diaria. Y también porque, como dice Kristin Scott Thomas en sus ahora famosas palabras en la segunda temporada de *Fleabag*: “Es horrible, pero luego es magnífico. Algo que se debe esperar con anhelo”.⁴

Es magnífico porque, una vez que dejamos atrás aquello para lo que las mujeres servimos —“ya no sirve”—, nos liberamos de casi todas las ataduras que implica tener que escuchar las expectativas de otros, tanto en el plano profesional como en el personal. Es magnífico porque si ya no eres útil, nadie puede utilizarte, puedes rechazar todas las relaciones, los empleos y las interacciones que alguna vez nos redujeron a aquello para lo que servimos. Es magnífico porque por otro lado viene la claridad.

Pero antes de lo magnífico está la posibilidad de lo horrible. Y lo vuelve más horrible una industria médica —no estoy culpando en particular a ninguno de los médicos que vi. En su mayoría estaban haciendo lo mejor que podían dentro del sistema— que se siente muy a gusto matando mujeres.⁵ Mediante la falta de atención. Mediante el financiamiento insuficiente para investigaciones basadas en el cuerpo de

⁴ Son famosas por ser palabras acertadas, pero también porque no hay mucha competencia, lo cual es ridículo en un paisaje mediático poblado de hombres en la cincuentena, empujados a tomar medidas extremas por cuestiones de salud mental y física. Si los hombres pasaran por esto, el perfil hormonal de Tony sería una temporada completa de *Los Soprano*. Si los hombres pasaran por esto, Walter White habría dicho “yo soy el que toca la puerta” sudando en medio de un bochorno. Si los hombres pasaran por esto, habría una película de la *Guerra de las galaxias* llamada “Episodio 13: Las lágrimas de los sith”.

⁵ Lean *Unwell Women: Misdiagnosis and Myth in a Man-Made World*, de Elinor Cleghorn.



©Aleah Chapin, *Splitting the Silence*, 2018. Cortesía de Flowers Gallery

las mujeres. Mediante la suposición —una corriente que nos atraviesa a todas las personas, incluidas aquellas que ejercen la profesión médica, pues no pueden evitar ser parte del mundo— de que si las mujeres sufren es porque se supone que debemos sufrir.

La doctora Martínez se equivocó en algo. No fue necesario un mes. Me empecé a sentir mejor de inmediato. Porque por primera vez en más de un año la experta sentada frente a mí no me trató como un problema que había que arreglar, sino como a una narradora confiable de mi propia experiencia y una colaboradora en el proceso de curación.

¿Cuál es el tratamiento radical y de avanzada que necesitamos? Profesionales de la salud que se tomen el tiempo para escucharnos.

También necesitamos reconocer que no importa cuánto citemos a bell hooks, Federici, Melchor, Ferrante, Serena o a Lizzo, no importa a cuántas marchas vayamos o cuántos hashtags feministas publiquemos. La vergüenza

y el silencio son insidiosos. Nos divorcian de nuestro cuerpo y nos adormecen ante nuestro propio dolor.

Entonces aquí va mi última solicitud: toma ese dolor en serio, incluso y especialmente si nadie más lo hace. Si eres una mujer de 40 y tantos años y te sientes fatal, hazte unos análisis de sangre.⁶ Si no puedes dormir, hazte unos análisis de sangre. Si te sientes abrumada y piensas que la razón es simplemente tu trabajo, tu marido, tu esposa, tus hijos, tus padres, tu nueva dieta, hazte unos análisis de sangre. Con regularidad, como un pánico-lau. No dejes que te venga de pronto.

Y al carajo la resiliencia. Mereces un tratamiento. **U**

⁶ Si tienes la suerte de tener un médico al que respetas, pregúntale cuándo hacerte la prueba hormonal. No son a prueba de fallas, porque nuestras hormonas fluctúan constantemente. Tu médico, en quien confías y que confía en ti, sugerirá un plan de tratamiento basado en mucho más que los resultados de un perfil hormonal. Pero es un comienzo.



Lucas Cranach el Joven, *Las malas parejas*, 1520-1525 ©

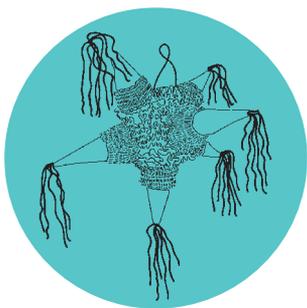
POEMA

nunca se sabe a cuántos likes de coger se está

josé eugenio sánchez

no solo paso por tu calle o te pongo <3 en tus stories
también cambié mi filiación política mi privacidad en fb
me hice fanático ecologista antivacunas para cogerte
he buscado empleo
y confundí al dalai lama con gandhi
para que me hablaras del poder del yoni
y de lo bien que le sienta dicho jugo a mis encías
también fui al dentista para que mi aliento fuera más delicado que tu
[sombra
y cambié mi dieta mi outfit mis hobbies
: mascarillas pelotas de pilates zinc cloruro de magnesio espirulina
[temazcales yoga lounge
no acepto ninguna cookie en mi teléfono para no contaminarlo
y estar lo más puro para tu microbiota:
pero el primer requisito para ser un rabo verde es la edad
porque hay momentos en los que el individuo puede ser interesante
útil o quizá apuesto
pero a cierta edad
(en esa cuando uno provoca asco)
se convierte en rabo verde
y los viejos no tienen permitido coger
mucho menos encularse
el mundo no quiere ancianos desorbitados oliendo a sexo en el metro
ni dando la vida por amor
la humanidad no se va a permitir ese ridículo:
ser viejo es reunir toda tu vida para no necesitarla
y si alguno llega a gritar que ama a alguien
será encerrado
ya sea con receta o sin ella

*(del libro: aquellos que desean follar pero tienen más estrategias para evitarlo:
no imaginen que en la senectud se acaban los fracasos)*



DALE, DALE... Y TU TIEMPO SE ACABÓ

Verónica González Laporte

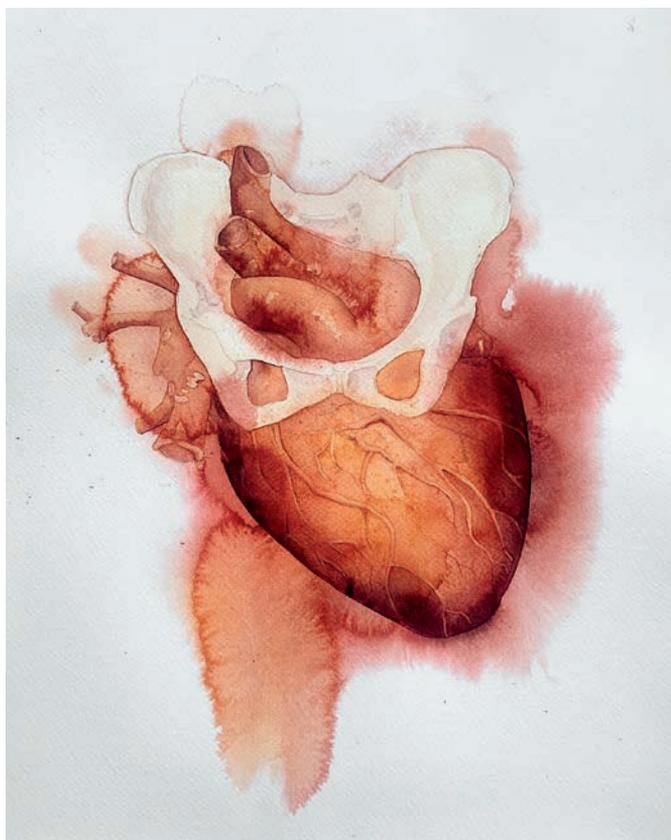
La sangre nuestra de cada día. La que ellos guardan en sus venas, so-
terrada y silenciosa. La que ellas pierden cada mes y en cada parto. Mi
primera sangre me tomó por sorpresa. Estaba en clase de deporte, en un
partido de voleibol, vestía un short de satín blanco. Me asusté mucho al
sentir la mancha tibia extenderse de pronto. De las lecciones de biología
había aprendido poco, el aparato femenino me parecía demasiado com-
plejo, con sus golosas trompas, propulsoras de huevecillos rosas destina-
dos a encontrarse con renacuajos voluntariosos y, de cuando en cuando,
algunas gotas de sangre, rojas como las uñas de mi amiga Fernanda. Mas
nada de eso me interesó del todo hasta sentirlo en carne propia. No ima-
giné que las gotas formarían cúmulos tan visibles. Salí sin aviso y bajo
amenaza del profesor: "Laporte, no se mueva de su puesto, ¿a dónde cree
que va?". La pelota golpeó la cara de alguien más. Me refugié en el baño,
busqué mi falda gris en el casillero, pero siendo una confección casera
decorada con un listón dorado para tergiversar el rigor del uniforme, al-
guien había tenido a bien robársela. Me lancé a la calle con las piernas
desnudas, testigos de mi recién estrenada "condición de mujer". Como
cada jueves, mi padre pasó por mí aquella tarde. Al ver mi rostro com-
pungido y el short colorado, sacó de la cajuela una cobija que llevaba
para casos de emergencia. Me la tendió sin decir palabra, con la mirada
puesta en el asfalto. Tampoco se lo conté a mi madre hasta pasados unos
meses, cuando al fin había aprendido a ponerme una toalla higiénica
con el adhesivo del lado correcto.

Mi última sangre coincidió con el colapso de las Torres Gemelas. Aquella mañana, en la clase de jazz, al instructor le costaba trabajo concentrarse. Confundía los pasos de la coreografía, suspiraba hondo, hasta que se detuvo en seco y exclamó: "¡Es que no lo puedo creer, un avión se estrelló en Nueva York!". Un accidente, un atentado... corrieron los rumores entre los alumnos. También iba vestida de blanco y la mancha roja de nuevo me agarró desprevenida. Me vi obligada a dejar el salón en medio del alboroto, corrí a mi casa y encendí el televisor en busca de noticieros. Mi intención de meterme a la regadera se esfumó. Apreté las piernas. Alelada, presencié la llegada del segundo avión que a las 9:03 am atravesó la Torre Sur del World Trade Center. Al principio, pensé en un montaje: esperaba ver al reportero anunciar la falsa noticia, como cuando en 1938 Orson Welles narró un episodio de su adaptación de *La guerra de los mundos* y los radioescuchas creyeron que los marcianos habían invadido la Tierra. En cambio, vi mujeres y hombres desesperados por no hallar una salida y lanzarse por las ventanas de los edificios en llamas. Los cuerpos caían al vacío, uno tras otro. Mi sangre y mis lágrimas corrieron a la par del horror.

Una luna después la prueba de embarazo dio positiva. Tras el alumbramiento, mientras la familia celebraba la llegada de mi hija, las enfermeras festejaban un gol de México en el Mundial Corea del Sur-Japón 2002 y el médico se había ido a jugar golf. La placenta se negó a desprenderse de la matriz y se presentó una hemorragia con tanta obstinación que entré en coma. Se requirieron varios cirujanos y tratamientos de choque para salvarme, entre ellos, la ablación del útero. Al despertar y enterarme de que alguien había tomado una decisión so-

bre mi cuerpo mientras yo dormía, enfurecí. Se me había arrebatado la posibilidad de volver a procrear. Al cabo de meses de reflexión, en los que me veía al espejo trunca e inútil, como si mi feminidad estuviera basada solo en un órgano del tamaño de una pera pequeña, invisible pero decisivo, me obligué a mirarme completa. Debía reinventarme, sentirme agradecida, disociar la fecundidad del erotismo, incluso aprender a ser madre de otra forma.

Sin los medidores habituales para detectar la llegada de la menopausia, me queda el control anual del perfil hormonal. Hace unas semanas, fue un hombre quien me dio la pauta



©Alejandra Alarcón, *Corazón útero*, 2021.
Cortesía de la artista

Mientras la familia celebraba la llegada de mi hija, las enfermeras festejaban un gol de México en el Mundial Corea del Sur-Japón 2002.

del nuevo cambio que se avecinaba. Asistíamos a una cena protocolaria. Mi rostro enrojeció y empecé a transpirar sin ninguna razón. Entre dos resuellos busqué ventanas o aires acondicionados a mi alrededor. A los tres minutos me apoderé de mi suéter: me recorría un escalofrío hasta los pies. Es Covid, pensé. Él se compadeció del otro lado de la mesa, sin duda su compañera pasaba por las mismas. "Ya sé lo que sientes", me dijeron sus ojos. "Qué bueno, porque yo no sé qué me pasa", respondieron los míos. Los sofocos, el calor repentino que sube de las entrañas, los calambres nocturnos, los insomnios, las migrañas, la flacidez o la resequedad de la piel, el cabello opaco, los cambios de humor, el cansancio... Leo la lista: es larga y aterradora, y cuanto más me informo, más confundida estoy. Que es pésimo controlar los síntomas con hormonas sintéticas, que pueden causar cáncer, dicen algunos especialistas. Que no es necesario sufrir habiendo tantos medios para evitarlo, dicen otros. Entonces, después de los síndromes premenstruales, los cólicos, las toallas nocturnas, gruesas y ultra delgadas, el pavor a embarazarse o a no embarazarse, ahora toca sobrellevar las inclemencias arriba mencionadas. Anuncian el fin de la capacidad reproductiva y, para muchos, el de la actividad sexual. La fecha de caducidad. El chongo plumizo y el chalecito tejido sobre los hombros. Me vienen a la memoria algunas tías sudorosas y opulentas, sostén copa DD, miembros activos del club del abanico. Solían sacarlo para ventilarse a la menor provocación. Me da el soponcio, me da... "¿Duran para siempre? ¿Se le quitan a una *in articulo mortis*?", pre-

gunté a mi doctora. "No, qué va —buscó tranquilizarme— pero sí pueden durar varios años".

Hace unos días estábamos mi hija y yo en Mazunte, echadas frente al mar. Se instaló a nuestro lado un hombre de unos 50 años. Con insistencia, se pasaba la mano por las todavía escasas canas de sus sienes y la lengua sobre el labio inferior. "¿Cómo te llamas?", me preguntó. Acostumbrada al ligue playero, respondí ufana. "Yo me llamo Guapo", informó. "¿Así nada más, sin apellido?" "Sí, así, soy Guapo. Por cierto no trabajo, vivo eternamente de vacaciones". Suertudo. Entre dos piñas coladas, me dediqué a observar a aquel monumento a la confianza. Barba acicalada, tanga anaranjada, axilas depiladas, posaba su mirada lasciva en los senos de las jóvenes que sorteaban las olas. Bombeaba el pecho y apretaba los párpados, cual si observara un cuadro de lejos, en cuanto pasaba frente a nosotros la redondez de una chica. Poco parecía importarle que estuviera acompañada. Durante dos horas, sin atisbo de cansancio, echó a andar diversas estrategias para volverse indispensable hasta la hora de la cena. Mi hija, en bikini también naranja, aburrída con su plástica, se quedó dormida. Guapo la recorrió con los ojos entrecerrados y fue entonces cuando entendí que el objeto de su anhelo no era yo, sino ella. Salté y acomodé mi tumbona entre ellos. Lejos de sentir celos, me irritó que un hombre mayor que yo buscara los favores de mi novata veinteañera. Para colmo, al caer la noche, cuando dejábamos la playa, un niño se tropezó conmigo y su padre, aún más añejo que Guapo, le gritó: "¡Quítate, hijo, deja pasar a mi suegra!". Sonreí ante la rápida ocurrencia. "Cuidado con el abuelo", mascullé; mi hija rio a su vez y, confesando que nunca se había sentido tan codiciada, prometió volver a Mazunte en caso de



©Sarah Maple, *Menstruate with Pride*, 2010-2011. Cortesía de la artista

decaimiento extremo. La mirada de los hombres marcó la pauta: así, en unas vacaciones, yo me convertí en suegra y ella en esposa potencial. Recordé uno de sus comentarios, dos años antes: "Ay mamá, pareces una reina y yo tu mascotita". ¿Le había pasado la estafeta? ¿Debía borrarme, eclipsarme, para dejarla a ella brillar? Hay lugar para todas, concluí. Sin embargo, al pasar frente a un estanquillo, miré con nostalgia las cubetas de juguete y las pelotas traslúcidas. La pérdida de la menstruación conlleva un cambio de estado social. A menudo sucede cuando los hijos se van de casa dejando tras de sí los cajones atiborrados y el oso de peluche sobre la almohada, cual si fueran a volver al día siguiente. Al rato vas a ser abuela, afirman algunos en tono burlón, mientras me buscan los cabellos blancos en la cabeza. ¿Estarán acaso pensando, como mi marchante del mercado, que la fruta ya se echó a perder? "Ya no me gusta tanto el sexo — me

confiesa una amiga — prefiero ver una peli y francamente me da flojera lidiar con las pastillitas azules. Si le llega a dar un ataque cardíaco voy a cargar para siempre con la culpa". "Muchos maridos acompañan a mis pacientes — reconoce mi ginecóloga — con la esperanza de que, mientras ellas se están cambiando tras la cortina, yo les recete en voz baja algún remedio en gel contra la impotencia, la barriga y la alopecia". Entonces, a la vuelta de los 50, cuando en principio nos quedan, según las estadísticas, otros treinta años de vida, ¿qué vamos a hacer con todo ese tiempo? La idea de envejecer es sin duda perturbadora, aunque lejos de avergonzarme y regodearme en el sillón a la espera de los primeros signos de desgaste, con la convicción de que todo irá empeorando, me habita una rabia sorda por no perderme un minuto.

Por ello, tras el primer impulso, perdoné a Guapo. Ya fuera un gigoló o un *sugar daddy*, un

patrocinador en busca de un pimpollo para mejor rebrotar, luchaba ferozmente contra la corrosión. Saboreaba cada espejismo de eternidad. Al emularlo me siento magnífica. Que mi prescripción sea la hora de mi muerte, he dicho. Aún no exploro la condición de *cougar*, pero puedo entender a los perseguidores de la juventud, a los cazadores de los resabios de inocencia. ¡Esa piel! Aunque las mujeres nos emparejamos cada vez más, los hombres siguen llevando la delantera. Brigitte fue la comidilla de la prensa hasta la náusea por llevarle a su marido presidente de Francia, Emmanuel Macron, veinticuatro años. Cuando la extinta duquesa de Alba se casó con un hombre veinticinco años más joven, los memes circularon a destajo. Pero cuando un diputado sexagenario entra a un restaurante del brazo de una treintañera es envidiado y festejado. Ya lo veo, alisándose los bigotes y echando para adelante la corbata de seda tornasolada, mientras ella agita su cabellera al viento. “Linda su hijita”, llegan a decirle con el fin de adularlo, y el bigote se retuerce. Ante la tentación, mejor hacerse la vasectomía, asegura otro amigo precavido, no vaya a ser que a alguna se le ocurra embarazarse y yo ya tengo tres hijos. Siendo más implacable el juicio hacia las mujeres, ellas suelen ser más discretas. El contrapeso del diputado es una fuerza de la naturaleza de la que me hablaron, una mujer con sus 72 años y sus dos amantes de 50 y pico. Sin embargo, esconde a ambos y mantiene su fachada de abuela soltera ante su clan familiar.

Mientras la palabra *menopausia*, cargada de estigmas, es pronunciada a manera de confidencia, la de *andropausia* —el Síndrome de Deficiencia de Testosterona también provoca irritabilidad, cansancio, libido baja, insomnio, etcétera— está ausente del vocabulario de mis

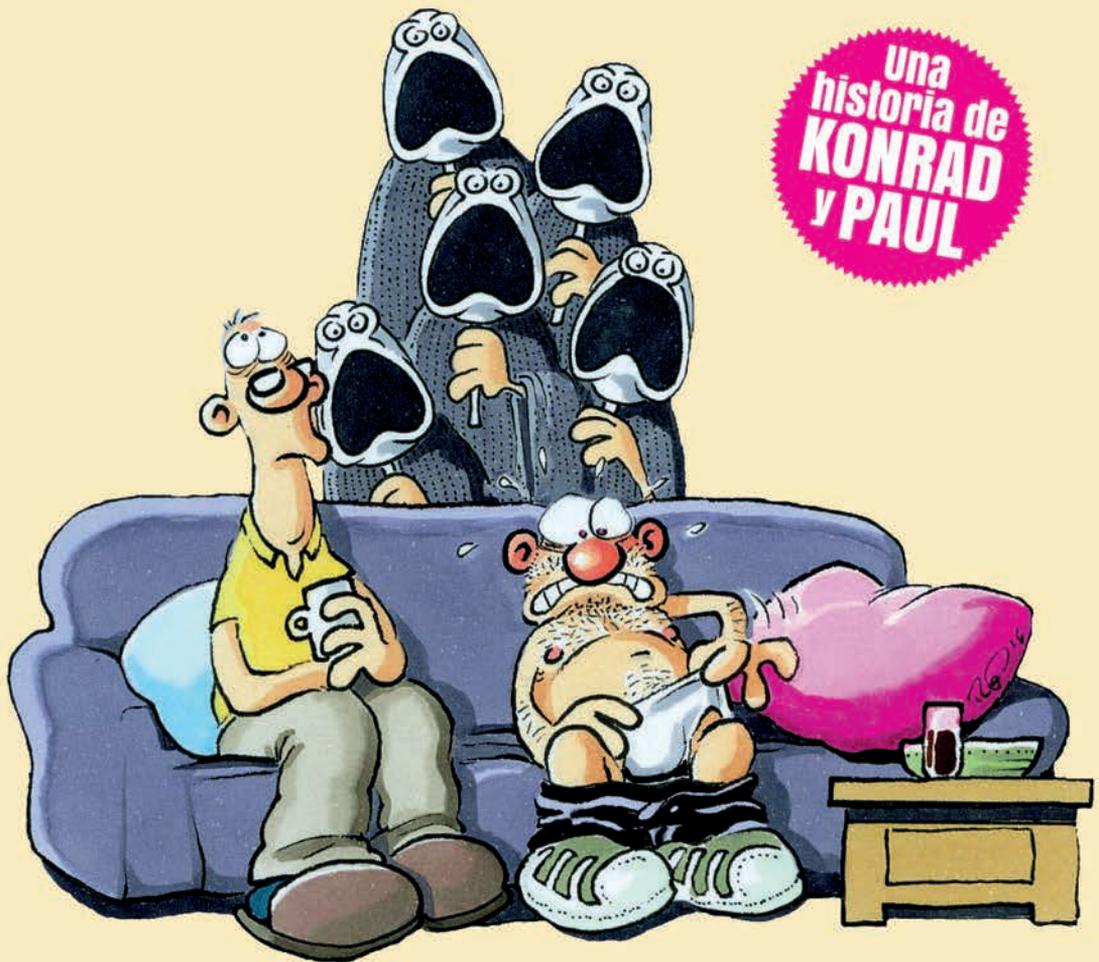
conocidos. Fuera de una que otra calvicie tenaz, ellos no parecen asumir como suyo el paso del tiempo. A George Clooney, con sus atractivas patas de gallo cuando pregunta “What else?”, nada le pasa. Sin duda, todos se imaginan iguales a Chaplin: capaces de reproducirse hasta bien entrados los 70 años. Tampoco se dan por aludidos quienes cuentan con orgullo los años que los separan de sus compañeras mozas. Para no enloquecer como Humbert, el padrastro de *Lolita*, y asesinar a quien se interponga ante su deseo, se prefieren educadores y protectores. El mito de Pigmalión en toda su potencia: el rey de Chipre esculpe en marfil a Galatea, su ideal de mujer, y la diosa Afrodita, conmovida, la convierte en humana. Ellos deberían contarnos un poco más sobre sus padeceres para terminar de desenmascarnos unos y otros. Acabar de una vez por todas con el tufo a chisme argüendero, cosas de viejas, que a veces persiste en cuanto se menciona la menopausia.

Para algunas mujeres, lejos de evidenciar una cercanía de la muerte, este periodo encarna otras posibilidades. Al hacerse menos visibles, al alejarse del foco de la atención masculina, surge un sentimiento de liberación. Aprecian esta nueva fase de su vida, la posibilidad de alcanzar al fin una verdadera igualdad con ellos, sueldos y carreras profesionales similares, con los hijos crecidos y la sabiduría de las experiencias acumuladas. La libertad de manejar su tiempo y sus pasiones a su antojo, la idea de que su cuerpo les pertenece al fin por entero al dejar de someterse a las necesidades ajenas (complacer, concebir, alumbrar, alimentar), con la perspectiva de tener, si no la capacidad de engendrar, orgasmos hasta el último suspiro. Nada de quedar fuera de la ronda de la piñata y sin dulces. **U**

RALF KÖNIG

PITOPAUSIA

OTOÑO EN LOS PANTALONES



EDICIONES **LA CÚPULA**

MÁS TARDE...

¡HOLA! GRACIAS
POR HABER-

¡QUÉ PASA?!
¡QUÉ ES TAN
URGENTE?!

¡GEOA, TU ERES MAYOR Y
SABIO! ¡NECESITO TU
AYUDA!

¿CON QUÉ?

¡VOY A ELIMINAR MI PERFIL!

SE ACABÓ
CIERVO_POTENTE...

¿ESO POR
QUÉ?

TODO EN LA VIDA
TIENE SU MOMENTO.

SUSPIR...

VEN.

¿POR ÉSO ME HAS LLAMADO?!
¿POR QUÉ QUIERES ELIMINAR
TU PERFIL?!

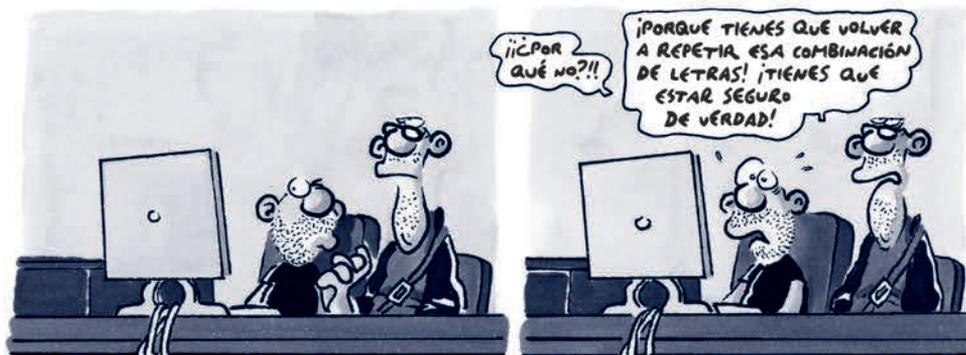
¿QUIÉN VA A QUE-
RER A UNO DE
49?

TIENES
CINCUENTA Y SEIS.

¡EN GAJOME
NIENTO EN MI EDAD!
PERO TAMPOCO SIRVE
DE NADA.

¡YA NADIE ME ENVÍA MENSAJES!
¡CON LOS ÚNICOS QUE CHATEO ES
CONTIGO, LUTSCHER Y MIKE!







¡VU! A SOSTENER TU MANO Y VAS A CLICAR!
¡NO TENGAS MIEDO, SERÁ MUY RÁPIDO!
¡UN CLIC CON EL RATÓN Y YA NO EXISTIRÁS EN
EL PLANETA
ROMEO!



¡ES QUE ACABO DE TENER UN
SUBIDÓN INES-
PERADO DE TESTOS-
TERONA!

¡DENEGADO!



¡PERO ES QUE ES INGO DE ZÜRICH!

CUAC
CUAC

Ey, grandullón!
Todo bien?

¡Y AHORA
SALCHICHÓN DE
LEVER-
KUSEN!

¡TIENES CINCUENTA Y SEIS AÑOS, YA NO TE
VA A PASAR NADA MÁS! ¡MAÑANA ESTARÁS
HECHO UN VEJESTORIO ENFERMO DEMENTE TOCÁN-
DOTE EL TRASERO! ¡AHÓRRATELO, CRÉEME,
ES MEJORA ASÍ! ¡¡ELIMÍNALE!!!



¡PIENSA EN TU ESTRÉS! ¡ELLOS ESPERAN
ALGO DE TI! ¡TIENES QUE TENERLA DURA
RÁPIDAMENTE Y MANTENERLA DURA
DURANTE HORAS!

¡PERO ERES BLANDENGUE, CANOSO
Y AMORFO! ¡TU CULO CUELGA DE LOS
CHAPS COMO UNA TARTA DE QUESO
PASADA!!



¡FAÑZCHEN Y KLAUS FUERON MÁS
LISTOS, ELLOS LA DIÑARON CON EL
VIRUS CON POCO MÁS DE
TREINTA AÑOS! ¡TÚ
TAMBIÉN PODÍAS
HABERLO
HECHO!



¡KLAUS SEGURO QUE TE COMPADecerÍA
PORQUE SALCHICHÓN DE LEVERKUSEN TE
SIGUE ENCONTRANDO MOLÓN CON
CINCUENTA Y SEIS AÑOS!



CUAC
CUAC



¡DÉJAME ADIVINAR!
¡INGO DE ZÜRICH TE HA
ENVIADO UNA PIC DE SU PULLA!



DE SU CULO...



GEMID...

¡¡PAUL, ME PONES DE
LOS NERVIOS CON TU
ANDROPAU-
SIA!!!

¡¡¡SÍ, NOS
HACEMOS
MAJORES,
MÍRAME A MÍ,
TENGO 64
AÑOS!!!



¡¿?¡ ¡ASÍ ES LA
VIDA!

¡LAS COSAS NO VAN A LAS MIL MARAVILLAS
COMO ANTES, Y MEJOR NO VAN A IR! ¡POR ESO
TU MOMENTO ES AHORA! ¡LLENA TU VIDA DE
CONTENIDO EN LUGAR DE CONTAR CON
PÁNICO TUS CANAS!



ES LO QUE HA, ¡LA VIDA NOS VA
FRENANDO POCO A POCO! LOS LÍMITES
VIENEN SONDEADOS, EN LUGAR DE
ILUSIÓN DESENCANTO,
NO HA TANTAS
SORPRESAS...



¡LOS JÓVENES GAITAN "EY, ¿QUÉ HAJ DE NUEVO?!"
¡Y LOS MAJORES NOS LIMITAMOS A BOSTEZAR
PORQUE LO HEMOS VISTO TODO MIL VECES!



¡YA NO ESTAMOS BAJO EL EFECTO DEL
SPEED COMO CUANDO TENÍAMOS 20 O 30 AÑOS
Y YA NO SOMOS TAN POTENTES COMO CON
40, PERO ESE FRENO TAMBIÉN
TIENE ALGO
BUENO!



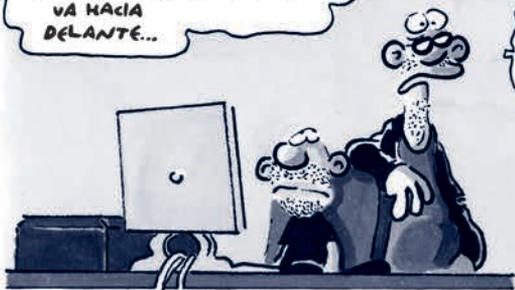
¡ES COMO EN EL TREN, QUE ES MÁS LENTO! ¡UNO TIENE MÁS
TIEMPO PARA CONTEMPLAR EL PAISAJE!

UNO SABE LO QUE QUIERE VER A
CONTINUACIÓN Y QUÉ NO, UNO
REFLEXIONA DE DÓNDE VIENE Y
ADÓNDE QUIERE
IR...



... ¡Y CUÁNTAS
ESTACIONES HA
PASADO PARA ESTAR
DONDE ESTÁ!

ALGÚN LUGAR FUE BONITO Y UNO QUERRÍA
VOLVER, PERO EL TREN SÓLO
VA HACIA
DELANTE...



¡ES SÓLO A PARTIR DEL FINAL
DEL VIAJE QUE HAJ FALLOS TÉCNICOS
EN EL FUNCIONAMIENTO Y UNO PASA
POR UN TÚNEL OSCURO!

EN EL QUE NADIE SABE
SI AL FINAL HABRÁ
ALGUNA LUZ.



¡LA MADRE QUE ME PARIÓ, PAREZCO UNO
DE ESOS CONSEJEROS
ESPIRITUALES!

SUEATE QUE TE DAS
CUENTA.



OK, NOS VOLVEMOS FRÁGILES Y
ACHACOSOS Y VAMOS AL ENCUENTRO
DE LOS REVERSES DE LA FORTUNA
EN LA URNA.

¿MEJOR?



CUAC
CUAC

Pues qué,
tiempo y ganas?



¡PAUL, ESE TAL INGO
ES UN MORBOSO, PERO
TE DIO CALABAZAS Y
NI SIQUIERA SE HA
DISCULPADO!



¡A NUESTRA EDAD DEBERÍAMOS CUIDAR
DE NUESTRA DIGNIDAD! ¡YO TE
ACONSEJO UNA CITA RELAJADA
CON SALCHICHÓN DE LEVERKUSEN!



A LA MIERDA LA DIGNIDAD...

Contigo
siempre!!!



¡LO VES, SI TE
CONOZCO! ¡ASÍ ES LA
VIDA!

GEMID...





LOS SÍNTOMAS CEREBRALES DE LA MENOPAUSIA

SELECCIÓN

Lisa Mosconi

Traducción de Wendolín Perla

LA “GRAN M”

Viajemos al otro extremo de nuestra vida reproductiva, cuando nos enfrentamos a la “Gran M”, también conocida como “El cambio” o como “Ese momento”. Sin importar el nombre, todas las mujeres atraviesan la menopausia (cuando las hormonas disminuyen y perdemos la capacidad de tener hijos). Algunas esperan este momento con ansias para liberarse de la preocupación de quedar embarazadas, los altibajos emocionales del síndrome premenstrual y la rutina mensual de usar tampones o sufrir cólicos. Para otras, pensar en la menopausia conlleva una mezcla de emociones, pues implica un claro alejamiento de la juventud y tener que abordar el envejecimiento, luchando con todo lo que esto implica en términos de la “feminidad”.

No importa cómo la veas, la menopausia marca el inicio de un capítulo hasta ahora sin glorificar en la vida de una mujer, con el potencial de llevarnos a una alocada aventura que puede comenzar desde nuestros 30 y durar una década o más. Desde calores y lloriqueos hasta insomnio y olvidos, la menopausia puede ser profundamente perturbadora. Mientras que algunas mujeres logran sortearla sin mayor dificultad, apenas notando el cambio, muchas otras sufren bochornos, dolor en las articulaciones, sensibilidad en los senos, disminución del deseo sexual y un mayor riesgo de desarrollar una serie de desbalances médicos que pueden afectar tanto el cuerpo como el cerebro de forma negativa.

A pesar de los muchos problemas físicos y emocionales que suelen acompañar a la menopausia, conversar al respecto aún es tabú. Por des-

gracia, algunas mujeres sienten que son las únicas que experimentan estos cambios y se muestran renuentes a hablar con libertad sobre sus síntomas. Con frecuencia, cuando reúnen el valor de abordar el tema, tanto familiares como médicos pueden mostrarse perplejos o desdeñosos. Algunas ni siquiera se dan cuenta de que lo que atraviesan está relacionado con la menopausia. Muchas sienten vergüenza de dichos síntomas y se esfuerzan por ocultarlos. En nuestra cultura obsesionada con la juventud, hay algo sobre la palabra *menopausia* que genera asociaciones negativas con la edad, como si fuera una señal de deterioro y vergüenza y no un indicativo de mayor sabiduría, logros y perspectiva. Como resultado, la menopausia suele evitarse en vez de confrontarse, alejando así cualquier ápice de curiosidad, comprensión y apoyo. [...]

EFFECTOS DE LA MENOPAUSIA EN EL CEREBRO

1. “Bruma mental” y pérdida de memoria

Es muy común que las mujeres mayores de 40 años se quejen de experimentar “bruma mental”, agotamiento, olvido o dificultad para concentrarse. Los episodios de pérdida de memoria que muchas advierten son reales y pueden comenzar a una edad relativamente temprana, tan solo para empeorar a medida que bajan nuestros niveles hormonales. Algunos estudios han mostrado que hasta el 60 por ciento de las mujeres reporta menor concentración y claridad mental a medida que atraviesan la perimenopausia.¹ Los cambios cognitivos relacionados con la menopausia les suceden entre los 40 y 50 años, si no es que antes (muje-

res en la flor de la vida que de pronto se quedan sin apoyo). Algunas mujeres dicen que recuperan su rendimiento cognitivo después de años de vivir con menopausia. Para muchas otras esto no sucede así, y de hecho podría empeorar o incluso convertirse en un diagnóstico de demencia en años venideros.

2. Bochornos y sudoraciones nocturnas

Muchas mujeres pueden dar fe de cuán desagradables son los bochornos y los sudores nocturnos; estos responden a un fenómeno llamado vasodilatación (un indicador de que su cerebro está experimentando una crisis de ca-



©Magali Lara, *Tormenta*, de la serie *Akaso*, 2009.
Cortesía de la artista

¹ E. G. Jacobs et al., *J Neurosci*, 2016, núm. 36, pp. 10163-10173.

lentamiento global). En efecto, estos sudores son señal de que el cerebro no está desempeñando bien su trabajo, en este caso al ser incapaz de regular la temperatura corporal. Durante un bochorno, algunas mujeres experimentan un ataque sorpresivo y repentino de calor intenso que provoca que su rostro y cuello se sientan sonrojados y sobrecalentados; a veces es notorio tanto por dentro como por fuera. Otras mujeres sienten calor y luego mucho frío. El bochorno a veces puede provocar latidos irregulares, palpitaciones, dolores de cabeza, escalofríos o mareo: si lo pensamos bien, es un conjunto de síntomas bastante desagradable.

Un bochorno puede durar de treinta segundos a diez minutos, aunque algunos persisten más de una hora. Su severidad también varía de mujer a mujer. En promedio, un afortunado 3 por ciento de las mujeres atraviesa la menopausia sin derramar ni una gota de sudor. Otro 17 por ciento experimenta bochornos leves y bastante tolerables. Sin embargo, en la gran mayoría de las mujeres pueden ser severos y producir mucho estrés.

Hasta hace poco, los expertos creían que estas olas de calor repentino e intenso eran un problema temporal, pues afectaban durante no más de tres a cinco años después del último periodo menstrual (aunque aquí la misma definición de "temporal" es bastante debatible). En cambio, para muchas mujeres los bochornos continúan varios años después de la menopausia. Esto les sucede particularmente a exfumadoras o aquellas que suelen tener sobrepeso, pero también a quienes viven estresadas, deprimidas o ansiosas (una razón más para que atendamos estos problemas). Si los hombres padecieran bochornos, ¡hace mucho hubiéramos encontrado una solución!

Mientras que la mayoría de la gente sigue pensando que los bochornos no son más que un problema de calidad de vida, estudios recientes han cuestionado esta teoría. Resulta que las mujeres que los experimentan en una etapa temprana de la vida suelen tener una función endotelial más pobre, es decir, una señal de que sus arterias están perdiendo la capacidad de flexionarse y relajarse, lo cual puede aumentar el riesgo de desarrollar cardiopatías.²

² R. C. Thurston, *Climacteric*, 2018, núm. 21, pp. 96-100.



©Alejandra Alarcón, *El libro de la sangre*, 2018.

Con frecuencia una mujer acude a consulta médica para hablar sobre la menopausia y sale con una receta para tomar antidepresivos.

Debido a que las pruebas de diagnóstico que existen actualmente no son lo suficientemente precisas para predecir cardiopatías en mujeres más jóvenes, los bochornos podrían tener un propósito: identificar y advertir a las mujeres jóvenes que podrían beneficiarse de chequeos periódicos tempranos.

3. Sueño interrumpido

Además de perder el control sobre la temperatura interna, el cerebro también batalla para regular nuestros ciclos de descanso y vigilia,

lo cual sugiere que las disminuciones hormonales desencadenan muchos de los problemas de sueño de las mujeres. El insomnio es un síntoma prevalente de la menopausia y comúnmente se asocia con sudoraciones nocturnas, depresión y trastornos cognitivos. Por supuesto, si una mujer duerme mal, su estado de ánimo y, con el tiempo, su equilibrio mental se verán seriamente afectados. Y lo que es todavía más relevante: el sueño es esencial para la formación de recuerdos y para limpiar los depósitos amiloides que pueden derivar en Alzheimer, lo cual indica que el descanso de nuestra mente es crucial a futuro.

4. Estado de ánimo bajo y depresión

Las disminuciones hormonales también afectan el estado de ánimo, lo cual a menudo conduce al desarrollo de síntomas depresivos. Los picos de felicidad que tienen el potencial de desplomarse en dolorosas caídas, o los momentos de alegría seguidos de una serie de días malos desafían incluso a la persona más equilibrada. Sin embargo, esta es un área espinosa, debido a que puede ser difícil distinguir entre los síntomas depresivos causados por la menopausia y aquellos causados por otras razones.

Además de la depresión relacionada con el embarazo, se incluyen la depresión mayor, que probablemente tiene un componente genético importante, y la depresión "situacional", la cual ocurre después de un evento particularmente traumático, como la muerte de un familiar o la pérdida de un empleo. Es importante descifrar qué tipo de depresión estamos sufriendo, porque el tratamiento puede ser muy diferente dependiendo de la causa. Con fre-



Cortesía de la artista



©Magali Lara, *Una salida*, de la serie *Akaso*, 2009.
Cortesía de la artista

cuencia una mujer acude a consulta médica para hablar sobre la menopausia y sale con una receta para tomar antidepresivos. Aunque estos fármacos son necesarios en algunos casos, se puede y se deben implementar otras estrategias para tratar tanto la depresión hormonal como sus causas.

5. Mayor estrés

En definitiva, el climaterio puede causar estrés, y este puede empeorar los síntomas cerebrales que acarrea la menopausia. El estrés se origina en el cerebro, y nuestra resiliencia frente a él está básicamente en manos de nuestras hormonas. Todas las hormonas sexuales se producen mediante una serie de pasos secuenciales que inician con el colesterol, esa clase de grasa especial que se mide rutinariamente

en los análisis de sangre. El cuerpo utiliza el colesterol para producir una hormona llamada pregnenolona, que también se conoce como la madre de todas las hormonas sexuales. De hecho, esta se convierte en progesterona que puede utilizarse para producir estrógeno o testosterona. Este proceso suele suceder naturalmente sin mayores problemas... siempre y cuando no intervenga el estrés. Cuando estás estresada, hay otra hormona que se roba el espectáculo: el cortisol, la principal hormona del estrés.

Esta es la historia: tus glándulas suprarrenales también utilizan pregnenolona, pero para producir cortisol. Cuando estás bajo estrés agudo pero temporal (si se avecina un examen o surge una emergencia médica), tu cuerpo redirigirá parte de su pregnenolona para aumentar la producción de cortisol. Una vez que el estresor desaparece, la producción de cortisol disminuye y tu cuerpo retoma su generación habitual de estrógeno y progesterona. Pero cuando experimentas estrés crónico se disparan tus niveles de cortisol y permanecen elevados durante largos periodos. Tu cuerpo no tiene más opción que continuar produciendo cortisol al robarle pregnenolona a tus hormonas sexuales.

Entonces suceden varias cosas: disminuye tu pregnenolona (lo cual te hace sentir irritable), se desploma tu progesterona (lo cual te mantiene despierta en la noche), disminuye tu nivel de estrógeno (lo cual te produce bochornos) e interviene tu tiroides para ralentizar tu metabolismo (lo cual provoca que también te sientas agotada). Si creías que antes experimentabas algunas dificultades, ahora estás en serios problemas. A corto plazo, tener demasiado estrés roba energía, te hace sentir infeliz y constantemente abrumada; a largo pla-

zo, también puede derivar en problemas más severos como depresión, cardiopatías y un mayor riesgo de demencia. Nadie quiere experimentar eso, por ello es importante tomar medidas para evitar o reducir el estrés. Tu cuerpo y tu cerebro te lo agradecerán después.

6. Bajo deseo sexual

A medida que las hormonas que regulan el ciclo reproductivo, la libido y el estado de ánimo disminuyen, también decrece la vida sexual de las mujeres. La pérdida del deseo sexual es sumamente común en los años previos y posteriores a la menopausia, llegando a su punto crítico entre los 35 y los 64 años. Aunque estos cambios no les suceden a todas las mujeres, la disminución de las hormonas femeninas comúnmente produce resequedad vaginal, relaciones sexuales dolorosas, dificultad para excitarse y una pérdida generalizada de la libido. Por si esto fuera poco, los bochornos pueden hacer que una mujer se sienta insegura y menos deseable, lo cual tiene un gran impacto en todos los aspectos de su vida, incluyendo la intimidad.

Desde una perspectiva biológica, la pérdida del deseo sexual se produce dentro de nuestra mente. La experiencia eufórica y placentera del sexo proviene principalmente del sistema límbico, la parte del cerebro que también se encarga de la memoria, el afecto y el estado de ánimo. Por ello, los tratamientos diseñados para promover la salud cerebral y la producción hormonal, ya sea mediante terapia psicológica, medicamentos o intervenciones en el estilo de vida, son igualmente útiles para aumentar la libido y la resistencia.

A fin de cuentas, para muchas mujeres el climaterio no es ninguna broma. A lo largo de los últimos años he conversado con varias de ellas

que viven distintos estados de estrés emocional debido a sus síntomas menopáusicos y he presenciado la forma en que han sido tratadas por sus médicos, colegas e incluso sus propias parejas. Todos los días escucho historias similares y sé que por cada mujer con la que trabajo, existen miles que tienen experiencias similares. Ciertamente, es momento de que comencemos a exigir soluciones (y me refiero a recomendaciones respaldadas por evidencia científica, no promovida por blogs que sugieren comprar más suplementos). **U**

Selección de *El cerebro XX. Una guía para mejorar la salud cerebral y prevenir el Alzheimer en la mujer*, Océano, Ciudad de México, 2020. Se reproduce con autorización.



©Magali Lara, *Inicio*, de la serie *Akaso*, 2009. Cortesía de la artista



Egon Schiele, *Los amantes*, 1914 ©



MÁS ALLÁ DE LA EDAD

Manuel Hernández

Durante un viaje por Italia, cuando contaba con 48 años y vivía ya en abstinencia con su esposa Martha —aunque no sabemos con certeza si lo mismo pasaba con su cuñada Minna—, Freud sostuvo una conversación con el pasajero que lo acompañaba en el vagón. En la plática, evocaron las costumbres de los turcos en Bosnia y Herzegovina, quienes confiaban plenamente en los médicos cuando estos anunciaban un desenlace fatal y lo asumían con resignación: “Si hubiera algo que hacer, usted lo hubiera hecho, doctor”. Esa conversación lo llevó a otro pensamiento que decidió guardarse ante un desconocido con quien sostenía una conversación casual.

Estos turcos estiman el goce sexual por sobre todo, y en caso de achaques sexuales caen en un estado de desesperación que ofrece un extraño contraste con su resignada actitud ante la proximidad de la muerte. Uno de los pacientes de mi colega le había dicho cierta vez: “Sabes tú, Herr, cuando eso ya no ande, la vida perderá todo valor”.¹

¡Qué diferencia con Sócrates, cuando siente que en su senectud el deseo sexual lo ha abandonado y entonces dice “al fin libre”!

La disfunción eréctil es apenas uno de los síntomas de la llamada *andropausia*, una condición que ha encontrado remedio en pequeñas pí-

¹ Sigmund Freud, *La psicopatología de la vida cotidiana*, p. 11.

doras azules que, a diferencia de las vacunas contra el Covid, se consumieron desde su aparición sin una sola pregunta sobre su seguridad. ¿Nos percatamos acaso de que nuestra posición no es tan lejana a la de los turcos que nos relata Freud? Cuando se trató de sostener una erección no hubo duda alguna, ni crítica, ni nada. Tampoco cuando se trató del Prozac, el verdadero *soma* de nuestro mundo feliz. En cambio, con las vacunas que cuidan nuestra vida y la de los demás, sí. ¿Se palpa que nos resulta más aceptable morir y hacer morir que existir perturbados por la angustia o por la impotencia mecánica de lo sexual? La erección suele ser vista como un signo del deseo, pero las píldoras para la disfunción eréctil no funcionan si no hay excitación sexual. Por lo cual, cabe preguntar, ¿acaso el erotismo termina cuando llegan la menopausia y la andropausia?

Para tratar de elaborar esta pregunta tan directa es preciso aclarar que ambas denominaciones —menopausia y andropausia— responden a la distribución de la humanidad en dos sexos —mujeres y varones— en la medida en que se refieren a cambios fisiológicos en cuerpos humanos con aparatos anatómicos específicos con funciones bien precisas y enfocadas a la reproducción.

Para atravesar el climaterio y la menopausia es preciso tener ovarios y secretar estrógeno; para vivir la andropausia es indispensable contar con testículos que produzcan testosterona. Es decir, hablamos de sexo, con sus determinaciones biológicas, y no de género, el cual es una construcción y una imposición cultural. Sin embargo, cuando los procesos hormonales entran en juego, ya sea por abundancia o déficit, hay efectos funcionales que de inmediato quedarán subsumidos en un registro de factores que no solo es biológico, sino subjetivo,

lo que implica su imbricación con el lenguaje y la cultura.

A partir de esta diferenciación, constatamos que la relación de la biología, la subjetividad y la cultura es compleja y de interacción mutua incluso desde antes del nacimiento de un bebé. Por ejemplo, si un ultrasonido indica que el feto tiene pene, se desencadenará una serie de reacciones en su familia en función de ese indicador. Los órganos reproductivos visibles, expuestos, operan como un signo de definición sexual, algo que de inmediato activa la carga del género. Es decir, el órgano sexual visible tiene el valor de un signo que es un catalizador de reacciones culturalmente determinadas en las familias. En específico, la reacción será declarar: “es niño” si hay pene, o “es niña” si hay vulva. Desde el vientre materno ese ser humano tiene asignado un lugar simbólico en el mundo: no solo cuenta ya con apellidos, sino que se le impondrá un nombre propio cargado de significaciones familiares (el nombre del tío que falleció cuando era infante; el nombre que llevaba el enamorado secreto de su madre; el del patriarca familiar, etcétera). Pero no solo eso, sino que de inmediato se dispararán expectativas, conscientes o no, acerca de su existencia y su papel en la pareja que lo recibe —si de una pareja se trata—, por no hablar de la significación en la fratría: ¿se trata del primogénito? ¿Hubo un aborto antes de ese embarazo? ¿Es el “pilón” de la familia?

A esta breve lista de factores hay que sumar la multiplicidad infinita de vivencias que constituyen cada vida humana y que van configurando el erotismo específico de cada quién. No nos vamos a detener en ellas, pero se configuran desde la relación de amamantamiento hasta el primer romance, las vivencias sexuales precoces, ya sean espontáneas o por



Kitagawa Utamaro, *Hombre casado y viuda*, de la serie *Deseos*, 1799. Rijksmuseum ©

abuso, el terremoto de la llamada “adolescencia”, las identidades de género impuestas por el patriarcado, su cuestionamiento y, desde luego, las experiencias eróticas concretas en su relación con las ilusiones acerca del futuro, las fantasías, las inhibiciones y prohibiciones, las experiencias de ternura, la sensualidad, el apasionamiento... o su combate.

Sirva este somero panorama para evocar mínimamente la complejidad de lo que implica el erotismo humano, algo mucho más amplio que el funcionamiento biológico del cuerpo. Con su dimensión imaginaria y simbólica, el erotismo es tan potente o más que las propias hormonas. Por lo cual, ese conjunto complejo de factores subjetivos y culturales puede influir en el funcionamiento del cuerpo mismo.

Desde la infancia y la adolescencia la excitación sexual está directamente vinculada con las fantasías eróticas que son las responsables de detonar procesos biológicos que, tras un ma-

remoto de sensaciones, desembocan en erección y eyaculación; o en el humedecimiento de la vulva, la excitación del clítoris (órgano supremo de puro placer) y el orgasmo.

Desde luego, las fantasías eróticas tienen una variedad que puede ser infinita (eso es lo propio de la fantasía) aunque haya algunas típicas que en buena medida nos imponen culturalmente (el amor romántico tiene algunas muy conocidas, pero no por ello menos eficaces en cuanto a sus efectos erógenos). Ahora bien, ¿realmente son centrales las fantasías en el erotismo?

Desde su infancia, Anna Freud, la hija del psicoanalista vienés, estaba inflamada por fantasías eróticas masoquistas. Tenía ensueños con un caballero medieval que por mil peripecias un día se ponía a sí mismo en aprietos frente a un rey más añoso, del que dependía su destino. A partir de ese momento la fantasía podía tomar dos caminos opuestos. Si era una



Gert Wollheim, *Figura femenina*, 1920 ©

nice story, como las llamaba ella, el noble iba a perdonar al joven caballero y entre ellos se daba una tierna reconciliación. Pero si no era una nice story, el poderoso noble iba a apresar y a torturar sin piedad al joven.

Este último escenario excitaba salvajemente a Anna Freud desde que era niña, algo que se prolongó durante su adolescencia hasta su vida de joven adulta, cuando comenzó a recibir pacientes, pues eligió el psicoanálisis como profesión. Su excitación por estas fantasías de tortura era tan grande que se masturbaba con fruición entre sesión y sesión, lo que la hacía sentir muy culpable. El erotismo de Anna ciertamente no estaba marcado por el amor romántico, sino por otra configuración que involucraba directamente a su padre como objeto sexual.²

² Al respecto, se puede consultar el artículo de Anna Freud, "Fantasía de paliza y sueño diurno" y nuestro artículo "Annalisis", en el

La pasión sexual está intensamente relacionada con la imaginación y las escenas de la fantasía. Es por eso que el erotismo y la excitación pueden perdurar toda la vida, aunque el cuerpo ya no pueda responder. La tecnociencia, sin embargo, ha intervenido para intentar solucionar — con mucho éxito, hay que decirlo — el deterioro fisiológico de la edad. El remplazo hormonal o los medicamentos para la disfunción eréctil permiten que los cuerpos femeninos y masculinos puedan seguir estando a la altura del placer que anhelan.

Sin embargo, esta misma tecnociencia y el reduccionismo biologicista, pragmático y médico, han transformado la relación que guardamos con nuestro propio cuerpo hasta medicalizarlo casi por completo. Esta es la razón por la cual no hablamos aquí de *sexualidad*, un término secuestrado por la medicalización, sino de *erotismo*. La solución médica a la andropausia y la menopausia no ayuda en nada a salir de esa concepción galénica de nuestro ser. Lubricar o tener una erección no aporta ni un milímetro a la relación embrollada que guardamos con nuestras fantasías y con nuestro propio deseo.

El liberalismo filosófico y económico suele endiosar el deseo, pues lo entiende como una expresión de libertad individual, sin interrogar nunca si no está condicionado de múltiples maneras, enajenado. A nuestro parecer, la primera enajenación reside en que la ciencia y la medicina han convertido nuestro cuerpo en una máquina funcional o disfuncional, sometida al orden hospitalario, en donde no somos sino cadáveres por venir. En el hospital se nos infantiliza en el trato y nos volvemos cuerpos

número dedicado a la hija de Freud, *me cayó el veinte*. *Revista de Psicoanálisis. Anna y el Dr. Vater*, 2013, núm. 28, Ciudad de México.

Lubricar o tener una erección no aporta ni un milímetro a la relación embrollada que guardamos con nuestras fantasías.

de seres que no son sujetos, carecemos de historia, por definición se anula la sensualidad, incrementamos la asepsia y la neutralidad. Todo lo cual funciona maravillosamente para quienes pasan apuros con todo aquello que excita eróticamente, aunque sea un poco; y los casos abundan, si he de creer a mi práctica analítica.

Pero, a partir de ella, también puedo dar cuenta de que, a pesar del pensamiento médico, la senectud de ninguna manera es una sentencia de muerte al deseo sexual ni a la excitación, incluso si el cuerpo ya no lubrica o no se alista para la acción cada mañana. Las fantasías y la capacidad de producirlas y disfrutarlas no caducan. Por mi diván han pasado personas de más de 70 años que mantienen una vida erótica plena, coqueta, íntima... Pero también personas de 20 o 30 cuyo erotismo está mortificado al punto de preferir no tener cuerpo para no experimentarlo.

De esta manera, dejemos a los médicos las designaciones de andropausia y menopausia para centrarnos en el erotismo, la intimidad, la conversación y la complicidad. Cuando eso está presente, la sensualidad se hace desbordante y el deseo crece, humedece, vibra, explota...

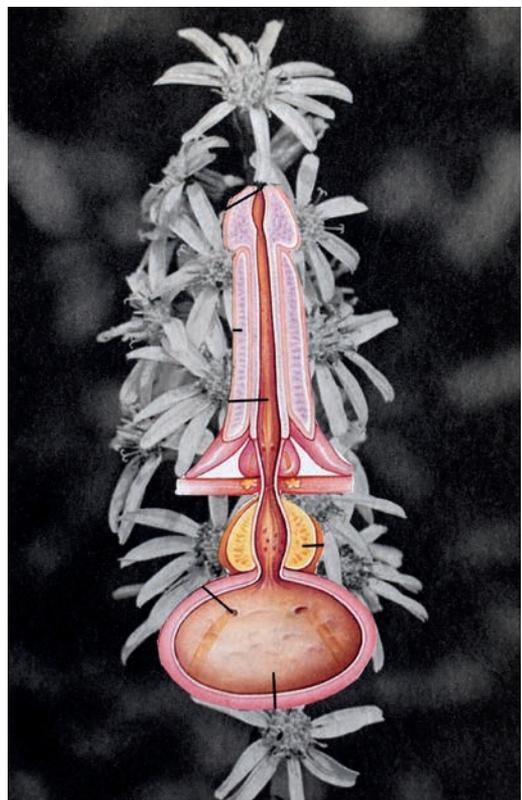
Sobre todo, no caigamos en la trampa de tirar al bebé con el agua sucia de la bañera. Que el liberalismo nos engañe proponiendo que lo que nosotros deseamos es la expresión más pura de nuestra libertad, con lo cual nos vuelve los consumidores perfectos, no implica que haya que romper la relación entre libertad y deseo, al contrario.

Tomemos el ejemplo de una pareja emblemática: Simone de Beauvoir y Jean-Paul Sartre. Aquí la fórmula se invierte: no es que el deseo pretenda ser sinónimo de *libertad*, sino que es la libertad la que incendia el deseo, para dar lugar al erotismo.

Desde muy pronto los dos enamorados sostuvieron apasionados romances con otras personas, algo que compartían entre ambos, sin que eso mermara su deseo intenso de estar juntos, al contrario. Así, le escribe Simone de Beauvoir a Sartre:

27 de julio de 1938

Querido pequeño ser: Quiero contarle algo extremadamente placentero e inesperado que me pasó: hace tres días me acosté con el pequeño Bost. Naturalmente fui yo quien lo propuso, el



©Mauricio Sandoval, *Opus Nigrum*, 2020.
Cortesía del artista

Lo erótico tiene su raíz en nuestros sentimientos más intensos y es lo opuesto de lo pornográfico.

deseo era de ambos y durante el día manteníamos serias conversaciones mientras que las noches se hacían intolerablemente pesadas [...] Le he tomado mucho cariño. Estamos pasando unos días idílicos y unas noches apasionadas. Me parece una cosa preciosa e intensa, pero es leve y tiene un lugar muy determinado en mi vida: la feliz consecuencia de una relación que siempre me había sido grata. Hasta la vista, querido pequeño ser; el sábado estaré en el andén y si no estoy en el andén estaré en la cantina. Tengo ganas de pasar unas interminables semanas a solas contigo.

Te beso tiernamente, tu Castor.³

Esta carta es de 1938, cuando ella apenas tenía 30 años. Pero sabemos que a lo largo del tiempo, paralelamente a la presencia de Sartre, figura central en su vida, Beauvoir tuvo relaciones importantes con varios hombres. Mencionemos a dos, Nelson Algren, el novelista norteamericano con quien sostuvo un apasionado romance desde 1947 y por más de seis años, y a Claude Lanzmann, el cineasta creador del filme *Shoah*, con quien se vinculó de 1952 a 1959. Es decir, en un momento dado, Beauvoir amó intensamente a tres hombres a la vez, y todo esto durante y después de su clímax y menopausia.

Su relación con Sartre duró toda la vida. No es ahora el momento de entrar en el análisis detallado de la relación entre ambos, sino solo señalar que cada uno tuvo una manera muy

diferente de vivir la libertad emanada de los dos pactos que le dieron su base y que consistieron en lo siguiente, según palabras de Simone de Beauvoir:

Entre nosotros, me explicó utilizando un vocabulario que le era caro, se trata de un amor necesario: conviene que conozcamos también amores contingentes.⁴

Concluimos también otro pacto. No solo ninguno de los dos mentiría jamás al otro, sino que no le disimularía nada.⁵

Libertad propia y del otro, además de transparencia. Esto es lo opuesto a la posesión y a la violencia y, a la vez, algo que promete una intensidad en los sentimientos que no es un remanso de tranquilidad, ciertamente. Como dice Audre Lorde en "Uses of the Erotic: the Erotic as Power", lo erótico tiene su raíz en nuestros sentimientos más intensos y es lo opuesto de lo pornográfico, que es "una sensación sin sentimiento".⁶ Es ahí adonde nos conduce la medicina con sus píldoras y reemplazos hormonales como soluciones para la "disfunción sexual". Para Audre Lorde, en cambio, "lo erótico no es una cuestión de lo que hacemos sino de la plenitud de nuestro sentimiento en lo que hacemos".⁷

Y es ahí donde está la diferencia entre Beauvoir y Sartre, en su manera de relacionarse consigo mismos como sujetos, como seres que experimentan intensos deseos y sentimientos,

³ "Carta de Simone de Beauvoir a Jean Paul Sartre", *Más Literatura*. Disponible en <https://www.masliteratura.com.mx/2022/01/carta-simone-de-beauvoir-a-jean-paul-sartre.html>

⁴ Simone de Beauvoir, *La Force de l'âge*, Gallimard, París, 1960, p. 28.

⁵ *Ibid.*, p. 38.

⁶ Audre Lorde, "Uses of the Erotic: The Erotic as Power", *Sister Outsider. Essays and Speeches*, The Crossing Press, Freedom, California, 1984, p. 54.

⁷ *Idem.*



©Bruno Barbey, *Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir*, 1969

entre los cuales hay que contar el amor y la ternura. En 1955, cuando ella tiene 47 años, en *¿Hay que quemar a Sade?*, Beauvoir

demuestra muy eficazmente cómo la capacidad, o la voluntad, de dejarse invadir por sentimientos profundos, como la perturbación amorosa, está en el corazón del verdadero erotismo, y cómo eso conduce a la generosidad recíproca entre los partícipes. Según Beauvoir, la incapacidad o la falta de voluntad de Sade de dejar que eso sucediera estaba en el núcleo de su aislacionismo afectivo. Mantenía siempre una lucidez glacial, sin abandonarse jamás al otro, sin arriesgarse jamás a la intimidad, sin permitirse jamás sucumbir ante la perturbación erótica.⁸

Y ahí donde dice *Sade* uno puede leer tranquilamente *Sartre*, pues la posición del filósofo era esa, y lo condujo en *La náusea* a ser Roquentin, asqueado de la existencia de lo puro

contingente. Como Sartre reveló en *Las palabras*: "yo era Roquentin, yo mostraba en él, sin complacencias, la trama de mi vida".⁹

En ese sentido, el experimento fue mucho más exitoso para Beauvoir que para él. Ella vivió intensamente cada relación, construyendo una intimidad real con esos hombres, dado que se permitía abandonarse a lo que experimentaba para atravesarlo a plenitud, mientras él solo consumía mujeres, lo que desembocó en la náusea.

Así, podemos dejar de lado la preocupación por la fisiología y las etapas de la vida que nos impone la medicina, para trasladarla adonde verdaderamente corresponde: ¿nos abandonaremos al erotismo con toda su intensidad?

Esto no es un asunto de edad, ni de hormonas. Tampoco es muy pacificante, pues se trata de dejarse incomodar por el deseo. Es decir: lo mejor que se puede esperar al haber hecho un psicoanálisis. **U**

⁸ *Ibidem*, p. 66.

⁹ Jean-Paul Sartre, *Les Mots*, Gallimard, París, 1964, p. 210.





MENOPAUSIA Y SEXUALIDAD: UNA RELACIÓN NO TAN SENCILLA

Anna Freixas

Cuando se habla de la sexualidad femenina, la menopausia casi siempre se presenta como un elemento distorsionador de la erótica. Nuestra cultura ha llegado incluso a considerarla “el principio del fin” de la vida sexual y del atractivo de las mujeres de mediana edad.

Existen al menos dos bloques teóricos que intentan explicar ese periodo de la vida: por una parte, los planteamientos desde la perspectiva biomédica, de carácter positivista (con origen en los estudios de Masters y Johnson), enfocados en los cambios hormonales de la transición menopáusica sin considerar los aspectos contextuales que pueden afectarla. Estos planteamientos parten de que la sexualidad de los varones es la medida para realizar cualquier evaluación, diagnóstico y tratamiento. Además, implican etiquetas dicotómicas como “saludable” o “no saludable”, de manera que las sexualidades consideradas disfuncionales (aquellas que no se ajustan al modelo clásico) deben remediarse a través de intervenciones médicas.

Al apostar todo al poder de las hormonas, algunas de estas teorías argumentan que el deseo en las mujeres disminuye de manera natural con la edad, a medida que se va aproximando la pérdida de la fertilidad. No es de extrañar que bajo el supuesto de que la reproducción es la base de la sexualidad femenina la investigación acerca de la relación entre menopausia y sexualidad se haya centrado en el impacto negativo del

◀ Gustav Klimt, *La doncella*, 1913 ©

La identificación entre sexo y maternidad constituye uno de los pilares de la cultura patriarcal.

declive hormonal, sin incluir en su reflexión cómo influyen la experiencia personal de las mujeres y los aspectos contextuales y psicosociales que rodean el climaterio femenino. Por otra parte, cuando se define la menopausia como una enfermedad por déficit hormonal se fomentan las expectativas negativas sobre ella. Sin embargo, esta visión cambia por completo si se la considera una transición natural dentro del ciclo vital esperable.

Frente a las teorías biomédicas encontramos los modelos ecológicos y los feministas, que estudian la sexualidad femenina más allá de la fisiología, centrados en la comprensión de los elementos contextuales, emocionales y afectivos que determinan la experiencia sexual, especialmente a partir de la mediana edad. Desde este paradigma, por ejemplo, se destacan la heterogeneidad de las vidas sexuales femeninas y la importancia del contexto histórico y el marco cultural en el que se construyen.

La práctica de la sexualidad a partir de este periodo está condicionada por algunos elementos claves, como el significado cultural otorgado a la menopausia, tener o no tener pareja, la calidad de la relación con ella, la asunción de la heterosexualidad normativa y de un único y restrictivo modelo de belleza, la libertad interior o las prácticas de autoerotismo.

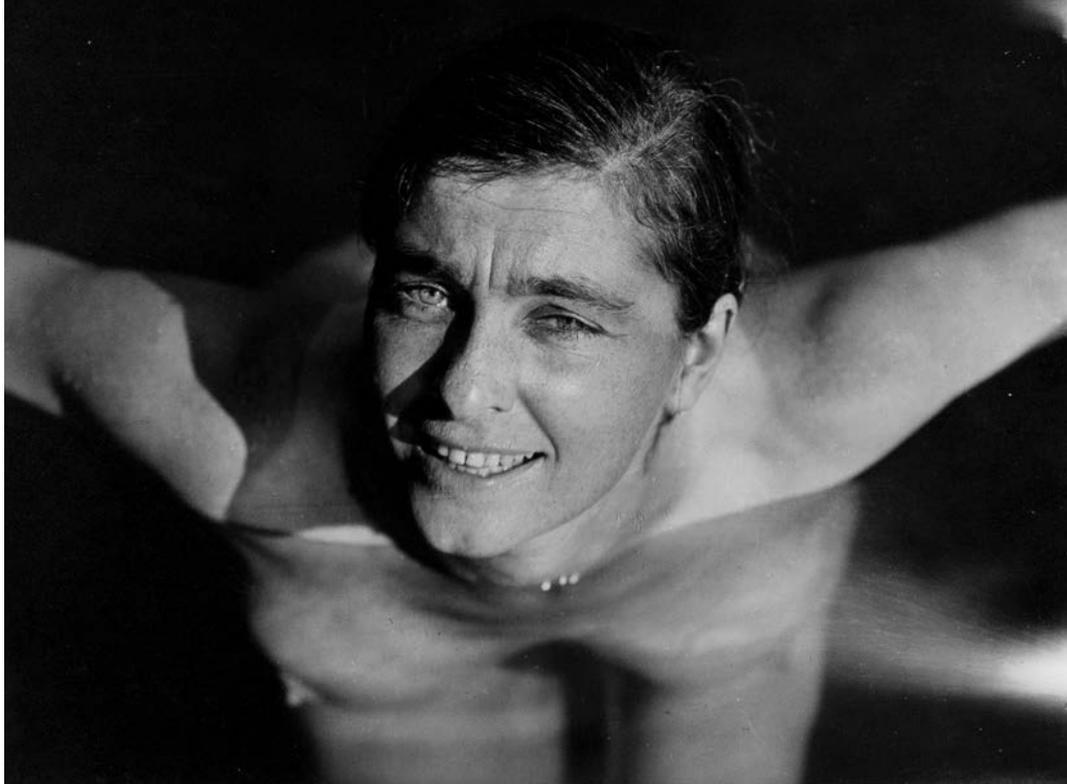
En la erótica femenina se da una clara interacción entre sexualidad, comunicación y conflicto con la pareja. Por lo tanto, la calidad de dicha interacción desempeña a partir de la mediana edad un papel clave en la continuidad de la práctica sexual y la forma en que esta se vive.

No hay una sola menopausia, sino tantas como mujeres concretas. Así pues, mientras

para algunas el sexo resulta más excitante y deseable después de este periodo, otras tienen sentimientos negativos hacia la sexualidad (casi siempre relacionados con la pérdida de la capacidad reproductiva) y tratan de explicar la falta de deseo como una secuela inevitable, convencidas de que en la menopausia reside el origen de su apatía y desinterés.

Sin duda, los cambios fisiológicos afectan el funcionamiento sexual, pero que sea una experiencia más o menos conflictiva depende también del momento vital de cada persona. La menopausia no se produce en un vacío existencial, sino en un tiempo en el que concurren otros acontecimientos vitales de gran importancia; algunos de ellos de enorme capacidad perturbadora: el cuidado de los progenitores mayores, las crisis con la pareja, la independencia de los hijos, la salud propia y de la familia, el estrés o la situación laboral y económica. En el largo periodo de la transición menopáusica se producen numerosos cambios físicos, psicosociales y psicológicos, así como modificaciones en el estilo de vida y en las relaciones, de manera que resulta difícil valorar la contribución relativa de cada uno de esos factores en el funcionamiento sexual.

En nuestra sociedad el cuerpo postmenopáusico se representa como un cuerpo carente, al que le falta no solo la capacidad reproductiva sino también el deseo y el atractivo sexual. No se reconoce en la experiencia de la mediana edad una etapa de exploración y descubrimiento del propio cuerpo como deseable y con capacidad de producir placer. Sin embargo, en la vida postmenopáusica puede existir un renovado interés sexual tras años de dedicación a la familia, a los hijos y otras obligaciones que terminen con el juego de la erótica, el placer y el deseo. De manera que el estereotipo de la



Alfred Stieglitz, *Rebecca Salsbury Strand*, 1922. Art Institute of Chicago ©

vieja asexual puede coexistir con nuevas imágenes de la mujer *sexy senior* que es asertiva, con deseos y agente.

La mediana edad puede suponer un periodo crítico en la sexualidad de mujeres y hombres, además de un descenso en la actividad sexual en ambas partes: la menopausia y, en el caso de los varones, las dificultades que tienen su origen en los cambios hormonales y físicos. Sin embargo, la actividad sexual no desaparece, lo cual evidencia que estamos ante una conducta de amplio rango. Frente a la argumentación de "el deseo disminuye, ¡qué horror!", podemos constatar la realidad de que "el deseo no desaparece, ¡qué bien!". Que la erótica mengüe o no con la edad dependerá de diversos factores, como la compañía, el bienestar físico y emocional (propios y de la pareja) y la disposición interior hacia la sexualidad.

La identificación entre sexo y maternidad constituye uno de los pilares de la cultura patriarcal, el control de la sexualidad y el cuerpo femenino, lo que lleva a considerar que la me-

nopausia supone el fin del deseo legitimado y, en algunos casos, de la feminidad. Sin embargo, el hecho de que a partir de la menopausia desaparezca el temor al embarazo implica un cambio cualitativo en la calidad de las relaciones heterosexuales, por lo que la capacidad de disfrute puede ampliarse exponencialmente. Además, no tener que utilizar métodos anticonceptivos favorece una mejora en las relaciones afectivosexuales.

De hecho, las mujeres constatan una mejora en su sexualidad cuando se producen algunos cambios, entre los que se pueden destacar la toma de conciencia de sus necesidades personales, un mayor conocimiento del cuerpo y el deseo, la renegociación de sus vínculos afectivos, la identificación y validación de los deseos lesbianos y la redefinición de las relaciones de poder en la pareja.

Aprovechando la coyuntura, unas dan por clausurado un aspecto de la vida que en ocasiones les ha aportado más incomodidad que felicidad, mientras otras inician relaciones con

nuevos compañeros o cambian de orientación y encuentran en otras mujeres la posibilidad de un nuevo desarrollo de su sensualidad.

Uno de los grandes fantasmas de la menopausia lo constituyen las advertencias acerca de lo que se define como *disfunciones sexuales*, tér-

pareja, a una desconexión de esta, o a problemas de salud de alguna de las dos partes. Además, un descenso del apetito sexual no tiene por qué ser definitivo; podemos entenderlo como algo que fluctúa y depende, en gran medida, de la forma en que cada una se permita

Un descenso del apetito sexual no tiene por qué ser definitivo; podemos entenderlo como algo que fluctúa.

mino que se refiere a las dificultades o los problemas de índole sexual que enfrentan las mujeres a lo largo de su vida. Este término implica un concepto medicalizado de la sexualidad, frente al cual las pensadoras feministas preferimos utilizar otros menos marcados clínicamente como, por ejemplo, *problemas o dificultades sexuales*, para referirnos al malestar o la insatisfacción relacionados con la vida erótica, ya sean de carácter emocional, físico o relacional.

Por otra parte, no existe un consenso claro acerca de qué se entiende por *disfunción sexual*. Desde principios de los años noventa se han propuesto distintas definiciones, en las que se suele obviar el carácter multidimensional de la expresión de la sexualidad femenina. Finalmente, en 2008 se redefinió la disfunción sexual femenina y se incluyó el malestar personal como un componente esencial en ella.¹

En numerosas investigaciones² muchas mujeres han atribuido sus cambios sexuales a causas externas, especialmente a la falta de

vivir el deseo, hacerle espacio y poner en marcha mecanismos para satisfacerlo. La disminución del deseo erótico a lo largo de los años también puede originarse en problemas de salud propia, en determinadas enfermedades y en las consecuencias de los tratamientos médicos y farmacológicos, especialmente en la incidencia de los tratamientos hormonales que con tanta frecuencia se suelen prescribir.

A modo de síntesis destacaré algunas ideas que considero centrales para una comprensión holística de la menopausia:

- 1.- Hay poco conocimiento contrastado acerca de la vida erótica de las mujeres en la edad mayor. La investigación ha pasado de puntillas sobre este tema, para el que encontramos dos discursos dominantes: uno que vincula el envejecimiento con la asexualidad y otro que reconoce el deseo sexual de las mujeres a cualquier edad. Habrá que trabajar para fortalecer este último y desvanecer el primero.
- 2.- La sexualidad sigue interesándole a las mujeres en la edad mayor, lo que puede generar realidades contrapuestas: la disminución y el aumento del deseo son dos caras de la misma moneda.

¹ Jan L. Shifren, Brigitta U. Monz *et al.*, "Sexual Problems and Distress in United States Women Prevalence and Correlates", *Obstetrics & Gynecology*, 2008, vol. 112, núm. 5, pp. 970-978. El PRESIDE fue un estudio que redefinió la "disfunción sexual femenina" mediante un análisis estadístico muy complejo y es citado en muchas revistas. [N. de los E.]

² Anna Freixas, *Sin reglas. Libertad y erótica femenina en la madurez*, Capitán Swing, Madrid, 2018.

- 3.- Hay mujeres mayores que eligen voluntariamente prescindir de toda sexualidad, mostrando una pérdida de motivación por poner en marcha los mecanismos del cortejo y la seducción.
 - 4.- La masturbación es la práctica sexual más instaurada y mantenida en las mujeres de todas las edades, con y sin pareja sexual, además de una enorme y reconocida fuente de salud.
 - 5.- Hay mujeres que desean una erótica más sensualizada, más lúdica y desdramatizada, respetuosa con los ritmos y tiempos más pausados; mientras otras reclaman más intensidad, pasión y frecuencia sexual. Algunas, a medida que avanzan en edad, prefieren una relación esporádica y afectiva, que no interfiera con su vida cotidiana.
 - 6.- Tener o no tener pareja, la salud y la disposición personal hacia las relaciones afectivosexuales determinan la posibilidad de disfrutar de una vida sexual satisfactoria en la edad mayor.
 - 7.- El estrés y el cansancio resultan elementos devastadores de la erótica femenina.
 - 8.- Las parejas de larga duración suponen una limitación en términos de actividad sexual y un plus en términos de afectividad.
 - 9.- El imaginario del amor sigue siendo una asignatura pendiente en la normalización de una erótica menos trascendente y más lúdica en la edad mayor.
 - 10.- La sociedad se desinteresa sexualmente de las mujeres postmenopáusicas y ofrece pocas oportunidades para establecer nuevas relaciones.
 - 11.- La satisfacción con la sexualidad disminuye con la edad. Las mujeres heterosexuales se muestran más insatisfechas con su sexualidad que las lesbianas.
 - 12.- Las relaciones entre mujeres son un territorio poco explorado pero progresivamente satisfactorio para las mujeres. No resulta fácil aclarar emociones en este terreno.
 - 13.- Ser agente de la sexualidad propia, actuando como sujeto sexual, supone un elemento central para la satisfacción en este ámbito.
 - 14.- El silencio en torno a la sexualidad y la dificultad para hablar de ella constituyen una importante asignatura pendiente para su normalización en la edad mayor.
- Hay vida sexual después de la menopausia, no teman. **U**



Carel Adolph Lion Cachet, *Rosa roja*, 1874 ©



大正九年三月

又三子画





LA CASA DE LAS BELLAS DURMIENTES

FRAGMENTO

Yasunari Kawabata

Traducción de Pilar Giralt

No parecía probable que el viejo Eguchi pudiera ser tan reticente como lo había sido con la otra muchacha. Esta era una joven que, tanto dormida como despierta, incitaba al hombre, con tanta fuerza que si ahora Eguchi violaba la regla de la casa, solo ella tendría la culpa del delito. Se tendió con los ojos cerrados, como para saborear el placer que vendría después, y sintió que un calor joven invadía su interior. La mujer había hablado bien cuando dijo que esta era mejor; pero la casa se antojaba tanto más extraña por haber encontrado una muchacha semejante. Yacía envuelto en su perfume, considerándola demasiado valiosa para ser tocada. Aunque no entendía mucho de perfumes, este parecía ser la fragancia de la propia joven. No podía haber una felicidad mayor que sumirse así en la dulzura del sueño. Quería hacer exactamente esto. Se deslizó suavemente hacia ella. Y a modo de respuesta, ella se le acercó con delicadeza, extendiendo los brazos bajo la manta como si fuera a abrazarle.

—¿Estás despierta? —preguntó él, apartándose y sacudiéndole la mandíbula—. ¿Estás despierta?

Aumentó la presión de la mano. Ella se puso boca abajo como si quisiera rehuirlo, y al hacerlo abrió un poco la comisura de los labios y la uña del índice de Eguchi rozó uno o dos de sus dientes. Lo dejó allí. Las piernas de ella seguían separadas. Dormía profundamente, por supuesto, y no estaba fingiendo.

◀ Hashiguchi Goyō, *Mujer peinándose*, 1920 ©

Al no esperar que la muchacha de esta noche fuese diferente de la muchacha anterior, él había protestado con la mujer de la casa; pero sabía, naturalmente, que tomar somníferos de forma reiterada tenía que ser perjudicial para una joven. Podía decirse que en interés de la salud de las muchachas se obligaba a Eguchi y los otros ancianos a ser "promiscuos". Pero, ¿no eran estas habitaciones del piso superior para un único huésped? Eguchi sabía poco acerca del piso superior, pero, en caso de estar destinado a huéspedes, no podía contener más de una habitación. Por consiguiente, no

creía que se necesitaran muchas chicas para los ancianos que venían aquí. ¿Serían todas hermosas a su manera, como la muchacha de hoy y la de la otra noche?

El diente contra el que se apoyaba el dedo de Eguchi parecía húmedo de algo que se adhería al dedo. Lo movió de un lado a otro de la boca, palpando los dientes dos o tres veces. En la parte anterior estaban casi secos, pero por dentro eran lisos y húmedos. A la derecha estaban torcidos, un diente montaba sobre otro. Asió los dos dientes torcidos con el pulgar y el índice. Se le ocurrió meter el dedo entre ellos, pero, a pesar de estar dormida, ella apretó los dientes y se negó en redondo a separarlos. Cuando retiró el dedo, estaba manchado de rojo. ¿Y con qué se quitaría el lápiz labial? Si lo frotaba contra la almohada, parecería que la había manchado ella misma al ponerse boca abajo. Pero seguramente no se borraría si no humedecía el dedo con la lengua, y sentía una extraña repugnancia ante la idea de tocar el dedo rojo con la boca. Lo frotó contra el cabello que cubría la frente de la muchacha. Después de frotar con el pulgar y el índice, no tardó en introducir los cinco dedos entre los cabellos, retorciéndolos; y gradualmente sus movimientos adquirieron más violencia. Las puntas de los cabellos emitían chispas de electricidad entre sus dedos. La fragancia del cabello era más intensa. La fragancia que procedía de su interior era asimismo más intensa, en parte debido al calor de la manta eléctrica. Mientras jugaba con los cabellos, se fijó en las líneas de las raíces, marcadas como si hubieran sido esculpidas, y especialmente la línea de la nuca, al final del esbelto cuello, donde el cabello era corto y estaba cepillado hacia arriba. Sobre la frente caían mechones largos y cortos, como despeinados. Al apretarlos, contempló las cejas



Keika Hasegawa, *Keika hyakugiku*, Pl.06, 1893 ©

y las pestañas. Tenía la otra mano tan hundida entre los cabellos que podía sentir la piel situada debajo.

“No, no está despierta”, se dijo a sí mismo, y agarrando un mechón, tiró de él desde la coronilla.

Ella pareció sentir dolor y dio media vuelta. El movimiento la acercó más al anciano. Ambos brazos estaban al descubierto, el derecho sobre la almohada. La mejilla derecha reposaba sobre él, por lo que Eguchi solo podía ver los dedos. Estaban ligeramente separados, el meñique bajo las pestañas y el índice junto a los labios. El pulgar se hallaba oculto bajo el mentón. El rojo de los labios, inclinado algo hacia abajo, y el rojo de las cuatro largas uñas formaban un racimo sobre la almohada blanca. El brazo izquierdo también estaba doblado por el codo. La mano se encontraba casi directamente bajo los ojos de Eguchi. Los dedos, largos y esbeltos en comparación con la redondez de las mejillas, le hicieron pensar en las piernas extendidas. Buscó una pierna con la planta del pie. La mano izquierda también tenía los dedos ligeramente separados. Apoyó la cabeza sobre ella. Un espasmo causado por su peso la recorrió hasta el hombro, pero no fue suficiente para apartar la mano. Eguchi yació inmóvil durante un rato. Los hombros de ella estaban algo levantados y tenían la morbidez de la juventud. Cuando los cubrió con la manta, posó suavemente la mano sobre esta joven morbidez. Trasladó la cabeza de la mano al brazo de la muchacha. Le atraía la fragancia del hombro y la nuca. Hubo un temblor en el hombro y la espalda, pero pasó inmediatamente. El anciano se quedó apoyado sobre ellos.

Ahora vengaría en esta muchacha esclava, drogada para que durmiese, todo el desprecio y la burla soportados por los ancianos asiduos



Onchi Kōshirō, *Espejo*, ca. 1930 ©

a la casa. Violaría la regla de la casa. Sabía que no le permitirían volver. Esperaba despertar la mediante la violencia. Pero se apartó de improviso, porque acababa de descubrir la clara evidencia de su virginidad.

Gimió al retirarse, con el pulso rápido y la respiración convulsa, menos por la repentina interrupción que por la sorpresa. Cerró los ojos y trató de calmarse. Lo que no hubiera sido fácil para un hombre joven, lo fue para él. Acariando sus cabellos, volvió a abrir los ojos. Ella continuaba boca abajo. ¡Una prostituta virgen, a su edad! ¿Qué era, sino una prostituta? Así razonó consigo mismo; pero con el paso de la tormenta sus sentimientos hacia la chica y hacia sí mismo habían cambiado, y no volverían a ser los de antes. No lo lamentaba. Cualquier cosa que hubiese podido hacer a una muchacha dormida e inconsciente habría sido la ma-

**Los dedos eran flexibles
y estaban un poco fríos.
Los apretó unos contra otros,
como si quisiera aplastarlos.**

yor de las locuras. Pero, ¿cuál era el significado de la sorpresa?

Provocado por el rostro hechicero, Eguchi había iniciado el camino prohibido; y ahora sabía que los ancianos que venían aquí llegaban con una felicidad más melancólica, un anhelo más fuerte y una tristeza mucho más profunda de lo que había imaginado. Aunque la suya era una especie de aventura fácil para ancianos, un modo simple de rejuvenecimiento, en su esencia ocultaba algo que no volvería pese a todas las nostalgias, que no se curaría por muy laboriosos que fuesen los esfuerzos. El hecho de que la hechicera “experimentada” de esta noche fuera todavía virgen no era tanto la señal del respeto de los ancianos hacia sus promesas como la triste señal de su decadencia. La pureza de la muchacha era como la fealdad de los ancianos.

Tal vez la mano que tenía bajo la mejilla se había dormido. La muchacha la levantó sobre su cabeza y flexionó lentamente los dedos dos o tres veces. Rozó la mano de Eguchi, que seguía moviéndose entre sus cabellos. Eguchi la tomó en la suya. Los dedos eran flexibles y estaban un poco fríos. Los apretó unos contra otros, como si quisiera aplastarlos. Ella levantó el hombro izquierdo y dio otra media vuelta. Entonces elevó el brazo izquierdo en el aire y lo dejó caer sobre el hombro de Eguchi en una especie de abrazo. Pero no tenía fuerza, y el abrazo no enlazó su cuello. La cara de la muchacha, ahora vuelta hacia él, estaba demasiado cerca y era como un borrón blanco para sus ojos cansados; pero las cejas demasiado gruesas, la sombra excesivamente oscura de las pestañas, los párpados y las mejillas redon-



Tsukioka Yoshitoshi, *El verano.*
Mujeres bañándose en el Daishōrō, 1883 ©

deadas, el cuello largo, confirmaban su primera impresión, la de una hechicera. Los pechos pendían ligeramente, pero eran muy abultados, y para una japonesa los pezones eran grandes e hinchados. Le pasó la mano por la espalda y por las piernas, que estaban rigidamente estiradas desde las caderas. Lo que se antojaba una falta de armonía entre las partes superior e inferior de su cuerpo podía tener algo que ver con su virginidad.

Tranquilamente, ahora, contempló su rostro y su cuello. Era una piel destinada a absorber un débil reflejo del carmesí de las cortinas de terciopelo. Su cuerpo había sido tan usado por los clientes ancianos que la mujer de la casa la había descrito como “experimentada”, y no obstante, era virgen. Ello se debía a que los hombres eran seniles y a que la joven estaba tan profundamente dormida. Tuvo pensamientos casi paternales mientras se preguntaba qué vicisitudes esperaban en los años venideros a esta muchacha hechicera. Sus pensamientos probaban que también Eguchi era viejo. No ca-



bía duda de que la chica estaba aquí por dinero. Tampoco cabía la menor duda de que para los ancianos que pagaban este dinero, dormir junto a semejante muchacha era una felicidad fuera de este mundo. Como la joven no se despertaría, los viejos huéspedes no tenían que sentir la vergüenza de sus años. Eran completamente libres de entregarse sin limitación a sueños y recuerdos de mujeres. ¿No era eso por lo que no dudaban en pagar más que por mujeres despiertas? Además, a los ancianos les inspiraba confianza saber que las muchachas dormidas para su placer no sabían nada de ellos. Tampoco los ancianos sabían nada de las chicas, ni siquiera cómo iban vestidas, para que nada diera indicios de su posición y carácter. Los motivos iban más allá de cuestiones tan simples como la inquietud sobre complicaciones ulteriores. Eran una luz extraña en el fondo de una profunda oscuridad.

Pero el viejo Eguchi aún no estaba acostumbrado a tener por compañía a una muchacha que no decía nada, una muchacha que no abría

los ojos ni daba muestras de advertir su presencia. La nostalgia inútil aún no le había abandonado. Quería ver los ojos de esta joven hechicera.

Quería oír su voz, hablar con ella. La necesidad de explorar con sus manos a la muchacha dormida era menos fuerte. De hecho, había en ella cierta indiferencia. Puesto que la sorpresa le había obligado a desechar toda idea de violar la regla secreta, imitaría la conducta de los otros ancianos. La muchacha de esta noche, pese a estar dormida, tenía más vida que la de la otra noche. Había vida, y del modo más enfático, en su fragancia, en su tacto, en la índole de sus movimientos.

Como la otra vez, junto a su almohada había dos píldoras sedantes. Pero esta noche tenía la intención de no dormirse inmediatamente. Contemplaría un rato más a la muchacha. Sus movimientos eran enérgicos, incluso durante el sueño. Daba la impresión de que se volvería veinte o treinta veces en el curso de una noche. Le dio la espalda, y casi en seguida se volvió de nuevo hacia él, buscándole con un brazo. Eguchi le cogió la rodilla y la atrajo hacia sí.

—No hagas eso —pareció decir la joven, con una voz que no era voz.

—¿Estás despierta?

Tiró de la rodilla con más fuerza, para ver si se despertaba. La rodilla se dobló débilmente hacia él. Entonces puso el brazo bajo su cuello y le sacudió la cabeza con suavidad.

—Ah —murmuró la joven—. ¿Adónde voy?

—¿Estás despierta? Despiértate.

—No. No.

Su rostro se arrimó al hombro de Eguchi, como para evitar las sacudidas. La frente le rozaba el cuello y el pelo cosquilleaba su nariz. Era duro, incluso doloroso. Eguchi se apartó de aquel dolor demasiado intenso.

—¿Qué haces? —dijo la muchacha—. Basta.
—No hago nada.

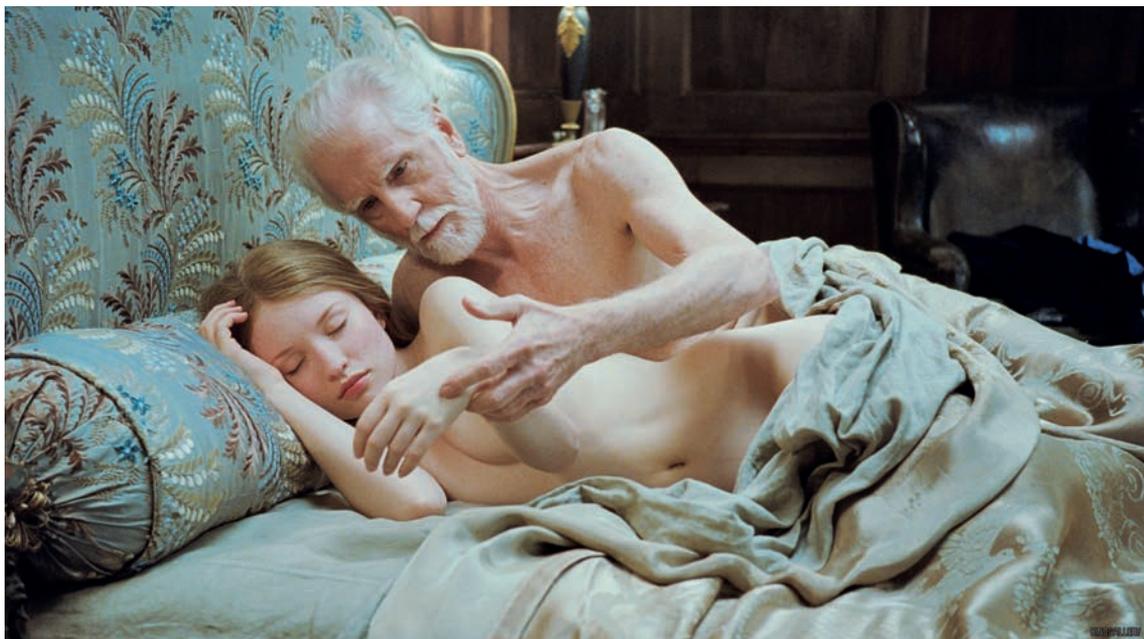
Pero estaba hablando en sueños. ¿Acaso en su sueño había interpretado mal los movimientos de Eguchi, o estaba soñando con otro anciano que la había maltratado cualquier otra noche? El corazón de Eguchi latió más de prisa al pensar que, aunque ella hablara de modo fragmentario e incoherente, tal vez pudiera sostener con ella algo parecido a una conversación. Quizá lograría despertarla por la mañana. Pero, ¿le habría oído realmente? ¿No sería más su contacto que sus palabras lo que le hacía hablar en sueños? Pensó en propinarle un buen golpe, o pellizcarla; pero en lugar de eso la atrajo lentamente hacia sus brazos. Ella no se resistió ni tampoco habló. Parecía respirar con dificultad. Su aliento soplaba con dulzura sobre el rostro del anciano. La respiración de este era irregular; volvía a sentirse atraído

por esta muchacha, que era suya para hacer con ella cuanto se le antojara. ¿Qué clase de tristeza la asaltaría por la mañana si él la convertía en mujer? ¿De qué modo cambiaría la dirección de su vida? En cualquier caso, no sabría nada hasta la mañana.

—Madre —fue como un lento gemido—. Espera, espera. ¿Es preciso que te vayas? Lo siento, lo siento.

—¿Con qué sueñas? Es solo un sueño, un sueño.

El viejo Eguchi la apretó entre sus brazos, con objeto de poner fin al sueño. La tristeza de su voz le conmovió. Tenía los pechos comprimidos contra él. Movi6 los brazos. ¿Acaso intentaba abrazarle, tomándole por su madre? No, pese a haber sido drogada, pese a ser todavía virgen, la muchacha era indiscutiblemente una hechicera. Eguchi tenía la impresión de que a lo largo de sus 67 años no había sentido



Fotograma de la película *La casa de las bellas durmientes*, de Vadim Glowna, 2006

nunca tan plenamente la piel de una hechicera joven. Si existía en alguna parte una leyenda siniestra carente de heroína, esta era la muchacha apropiada.

Al final acabó pareciéndole que no era la hechicera, sino la hechizada. Y estaba viva mientras dormía. Su mente había sido narcotizada y su cuerpo se había despertado como mujer. Era el cuerpo de una mujer, sin mente. Y estaba tan bien entrenado que la mujer de la casa decía que “tenía experiencia”.

Aflojó su abrazo y puso los brazos desnudos de ella a su alrededor, como para obligarla a abrazarle; y la muchacha lo hizo, suavemente. Eguchi permaneció quieto, con los ojos cerrados. Le envolvía una cálida somnolencia, una especie de éxtasis inconsciente. Parecía haber despertado a los sentimientos de bienestar, de buena suerte, que invadían a los ancianos asiduos de la casa. ¿Abandonaría a los ancianos la tristeza, la fealdad, la indiferencia de la vejez, se sentirían llenos de las bendiciones de una vida joven? Para un viejo en los umbrales de la muerte no podía haber un momento de mayor olvido que cuando estaba envuelto en la piel de una muchacha joven. Pero, ¿pagarían dinero sin un sentimiento de culpabilidad por la muchacha que les era sacrificada, o acaso la misma culpa secreta contribuía a aumentar el placer? Como si, olvidándose de sí mismo, hubiera olvidado que la muchacha era un sacrificio, buscó con el pie los dedos de la muchacha. Era lo único de ella que aún no había tocado. Los notó largos y flexibles. Al igual que los dedos de la mano, todas las articulaciones se doblaban y desdoblaban con facilidad, y este pequeño detalle reveló a Eguchi el atractivo del misterio que había en la muchacha. Esta, mientras dormía, pronunciaba palabras de amor con los dedos de sus

pies. Pero el anciano creyó oír en ellas una música infantil y confusa, aunque voluptuosa al mismo tiempo; y durante un rato se quedó escuchando.

Antes la muchacha había tenido un sueño. ¿Habría pasado ya? Quizá no hubiera sido un sueño. Quizás el rudo tacto de los ancianos la había entrenado para hablar en sueños, para resistirse. ¿Sería eso? Rebosaba una sensualidad que hacía posible que su cuerpo conversara en silencio; pero probablemente porque él no estaba acostumbrado del todo al secreto de la casa, el deseo de oír su voz aunque fuera en pequeños fragmentos mientras dormía seguía persistiendo en Eguchi. Se preguntó qué podía decir, dónde podía tocar, para obtener una respuesta.

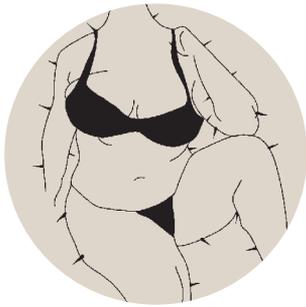
—¿Ya no estás soñando? ¿Soñando que tu madre se ha marchado?

Palpó los huecos de su columna vertebral. Ella sacudió los hombros y de nuevo se colocó boca abajo —parecía ser una posición favorita—. Después se volvió otra vez hacia Eguchi. Con la mano derecha asió suavemente el borde de la almohada y posó la izquierda sobre el rostro de Eguchi. Pero no dijo nada. Su aliento era suave y cálido. Movié el brazo que descansaba sobre el rostro de él, buscando evidentemente una posición más cómoda. Eguchi lo cogió con ambas manos y lo colocó sobre sus propios ojos. Las uñas largas pinchaban un poco el lóbulo de su oreja. La muñeca estaba doblada sobre su ojo derecho y la parte más estrecha presionaba el párpado. Deseoso de mantenerla allí, Eguchi la sujetó con ambas manos. La fragancia que penetraba sus ojos volvía a ser nueva para él, y le inspiró nuevas y ricas fantasías. U

Yasunari Kawabata, *La casa de las bellas durmientes*, Pilar Giralt (trad.), Ediciones Orbis, Barcelona, 1983.



Karl Wiener, *Mädchen*, 1942 ©



GLUTAMATO

Marta Sanz

1. No pocas veces inventamos personajes que se acompañan con nuestra edad. No recuerdo cuándo tuve esta modesta iluminación. A veces una bombilla se enciende incluso durante las crisis energéticas. Nunca supe dormir a oscuras: "Mamá, déjame encendida una lucecita. Mamá, no apagues la luz". Hoy me siento culpable por la devastación planetaria y por la merma de mi capitalito como consecuencia del involuntario derroche eléctrico de la circunvolución cerebral. Dentro de mi cabeza titilan paleolíticas bombillas de cuarenta vatios.

2. La vejez siempre ha constituido una obsesión en mi escritura. Sin embargo, escribí de amores veinteañeros a los 20 años; a los 30 hablé de amigas de 30; y, cuando comencé la trilogía del detective Zarco, él era un cuarentón cinéfilo como yo. Hay una línea que une lo que escribimos con nuestras circunstancias sociales e históricas. Hormonales, también. Esto lo tienen clarísimo los padres de la iglesia, los patrones de la empresa mediana y del oligopolio, los invisibles machos alfa que imprimen su carácter al algoritmo.

3. La línea que une lo que escribimos con nuestras circunstancias puede ser explícitamente autobiográfica o tirada con el escalímetro de la imaginación. La imaginación es el terreno de lo estricto: el lugar en el que la creatividad fluye entre las reglas del arte. En las novelas de Zarco hablan mujeres muertas y yo, hoy día 14 de agosto de 2022, sigo viva.



©María Raquel Cochez, *MILF Energy No. 1*, 2021. Cortesía de la artista

También aparece una mujer menopáusica, Luz Arranz. Imaginé a Luz cuando yo aún era una mujer menstruante. Luz —onomástica proclive al derroche energético— fue un conjuro. Una convocatoria.

4. Todos estos detalles quizá solo sean un ejemplo de cómo, en el proceso de pensar intensamente, la molécula del glutamato se espesa y nos agota. En principio, esta reacción física no es una cuestión de edad ni de género, sino una peculiaridad engorrosa del pensamiento como costumbre suicida. Mi cuerpo postmenopáusico de 54 años se ubica, según Google Maps —yo también doy fe de ello—, en una localidad de la costa murciana en la que sufrimos una sensación térmica de 40°C. Estoy pensando. En Google Discovery, la noticia del glutamato se diversifica en distintos titulares digi-

tales. Mi cuerpo postmenopáusico procesa la información y la incorpora a la lista de fallas físicas que, de un tiempo a esta parte, me incapacitan. Dulcemente. Me incapacitan. A esta dulzura trágica, a esta licantropía hormonal, se le llama envejecer. Lo dijo mi ginecóloga durante la presentación de *Clavícula*: “Deberías considerar, querida Marta, que la menopausia no es más que la constatación del hecho cierto de que envejecemos y vamos a morir”. Las palabras de la doctora Sánchez-Casas fueron bálsamo.

5. Siento dulcemente cómo duelen las vértebras lumbares de mi privilegiado cuerpo europeo. Una forma distinta de salivar. La desecación del ojo. La atenuación del deseo que se violenta desde la obligación comercial de desear —alguien me vende algo a todas horas.

Noto partes de mi cuerpo que nunca sospeché que fuesen mías y no me provocan placer. Experimento una tristeza cósmica previa al instante de la sofocación—. No a todo el mundo le sucede lo mismo que a mí. A algunas personas lo que me sucede a mí no les parece nada, mientras que otras sufren patologías más graves. Que algunas mujeres deban ir a buscar agua a decenas de kilómetros de su hogar no resta validez a mi queja. Me pinchan los ojos. No permito que amortigüen mi rabia. Ni que la comparen para borrarla y culpabilizarla. La rabia nos nace de la lenta desaparición del cuerpo —constancia de la muerte— y también de la deformación del cuerpo ideal —aplataamiento de mis pechos libres bajo la piedra de moler del canon—. La rabia nace de las desigualdades que se producen dentro de un mismo contexto, o contrastando contextos diferentes que lo son debido a sus especificidades geográficas y a la explotación ejercida históricamente por unos pueblos sobre otros. A partir de este axioma, yo hablo.

6. Nos enseñan que no tenemos derecho a exhibir una rabia que suele ser dolor crónico. La formulación de la rabia, civilizada en queja, nos transforma en: mujeres egoístas que se lamentan sin pensar en nadie. Mujeres locas a quienes se les receta ansiolíticos: su falta de alegría de vivir es patológica y no el resultado de la gota que colma el vaso desde un tiempo inmemorial.

7. Constatar el personalísimo proceso del envejecimiento no implica faltarle al respeto a otras formas de incapacitación dulce o severa. La queja se puede emitir desde distintos lugares y con distintas modulaciones. A través de las máscaras que se consideren oportu-

nas. Quejarse de las cosas naturales es lo más natural del mundo. Enfermedad, vejez, muerte, dolores del parto, amputaciones, tumores, urticarias. Todo lo natural a lo que no es necesario enfrentarse con una actitud estoica.

8. El estoicismo se asigna mayoritariamente a un género y lo natural se agrava como efecto de la dureza de las condiciones de vida de las mujeres. Por el hecho de serlo. La musculatura se gasta el doble porque la cuesta siempre es más empinada. Algunas mujeres indias tienen prohibido trabajar con zapatos. No me resigno y relleno una instancia para que colectiva, social y políticamente se nos ayude sin desprecio. Se nos escuche.

9. Tampoco quiero ser una vieja forzada a la eterna juventud. No quiero estiramientos gimnásticos ni quirúrgicos. Respeto los deseos de otras mujeres, pero yo quiero que me dejen ser vieja dignamente. Parece que hoy sucumbir a la naturalidad de la vejez es no tener voluntad. Ser culpable. Dar un disgusto a la familia.

10. Clamar a los cuatro vientos que la progresiva degeneración del cuerpo nos coloca en un lugar privilegiado para vivir la vida de otra forma —con cataratas, lumbalgia, sin dientes propios— suele ser una actitud exhibida por las clases pudientes que no quieren creer, de ninguna manera, que van a morir. Hay gente que se embalsama en vida. Es una crueldad negarles a los seres humanos su derecho al cansancio, a la expresión de la molestia corporal, a su tristeza ante la inexorabilidad de la muerte. Tener la obligación de ser un cascabel es otra forma de violentar el curso de la vida. Para que algunos hagan negocio.

Todo lo que escriba lo escribiré porque me lo pide el cuerpo. Me nace de su temperatura y de sus 240 de colesterol.

11. El cuerpo de las mujeres siempre inspiró miedo y se buscó que inspirase incluso repugnancia en esos momentos en los que no se reduce a fetiche. La mujer que goza, caga, menstrua, suda, se masturba. El sudor de un hombre adquiere connotaciones épicas. Guerras en el Pacífico o esfuerzo laboral. El hombre que defeca es simpático. Sancho Panza y sus ventosidades. Pero la mujer que caga no es representable. Quizá por esa razón, el estreñimiento se cuenta entre los síntomas de la menopausia. El cuerpo de las mujeres no es fotogénico a no ser que sea *foltable*. O se le pueda rezar. Cuando hablamos sin eufemismos de las mujeres que envejecemos —el cuerpo, la escatología—, los tabús de la representación se multiplican.

12. Frente al eufemismo, la austeridad y la contención, yo trabajo con la hipérbole. Las palabras se salen —chorrean— del reborde de la línea de puntos. La carne bulle entre las gomas del bañador. La menopausia radicaliza las contracturas culturales de mi cuerpo y la conciencia física de la escritura: se traduce en un estilo que desborda, exagera, contradice, satura. Después de tanto silencio. Después del dolor en silencio. Después de la obsesión patriarcal por naturalizar el dolor del cuerpo de las mujeres como castigo a nuestras culpas fundacionales, ha llegado el día en el que no hay disimulos: “Me duele como si alguien quisiera arrancarme el ovario con unas tenazas.” Respuesta correcta en la que va cristalizando una rebeldía contra la imposición, narrativa y ponderada, de la “buena” escritura. Escribo y me salgo de la línea de puntos. Me dejo ver más allá de toda fantasía prepotente de neutrali-

dad. Mis excesos, mis desinhibiciones, son una proposición política que me afloja las cuerdas con las que han atado otra manera de contar y sentir. “Me duele”, digo. La represión de mi dolor —mi mentira— no va ayudar a la gente que de verdad me ama.

13. La naturalización del dolor en el cuerpo femenino como imposición de los relatos fundacionales del patriarcado me recuerda que existe una violencia obstétrica —hay mujeres a quienes se les practican cesáreas para ahorrar tiempo, a las que se les insulta mientras paren— y una violencia del climaterio. Multitud de estados intermedios de violencia: sospechas por la no maternidad, sospechas por la promiscuidad, sospechas por la viudez, sospechas por no dar la teta, sospechas por darla a todas horas, sospechas por la soledad, sospechas por cuidar demasiado o no cuidar en absoluto.

14. Los personajes se van acompasando con nuestra edad. Resulta difícil escapar de la autobiografía. No se trata de un acto de exhibicionismo en el escaparate de las redes o de un canto individualista en la época del neoliberalismo. Annie Ernaux no es una escritora paradigmática del individualismo del siglo XXI. Se trata de que no podemos escapar de quiénes somos ni de dónde vivimos ni del glutamato ni de los cuarenta grados de Murcia ni de la circunstancia de vivir dentro de un cuerpo que a ratos nos aprieta y a ratos nos viene grande. Puedo escribir sobre cerdos con el don de la palabra que hacen propuestas inteligentísimas para disminuir los niveles de hipercolesterolemia en la población mundial. Pero todo lo que escriba lo escribiré porque me lo pide el cuerpo. Me nace de su temperatura y

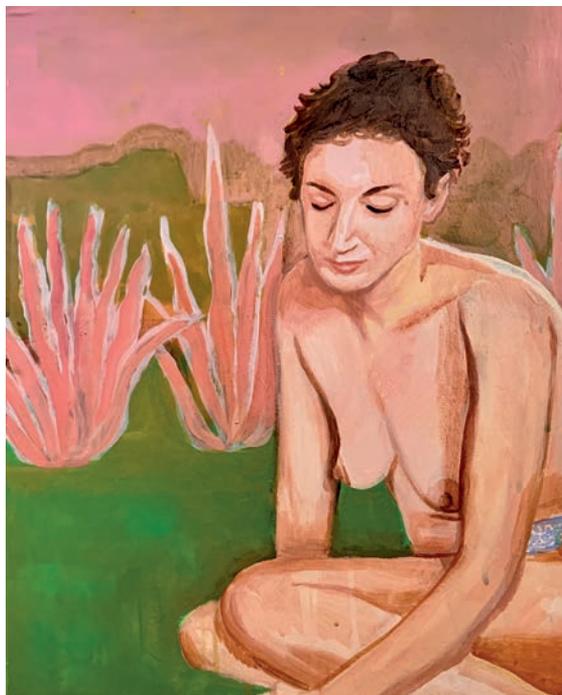
de sus 240 de colesterol. De cómo me han dibujado desde tiempos remotos. Mi realidad y mis ficciones se amalgaman en un grumo indisoluble: evoco películas de terror al mirarme al espejo y ciertos líquidos se van acumulando en algún lugar entre mi piel y mis músculos. La consistencia de mi panículo adiposo se relaciona con las series de hospitales que me incitaron a no querer ser anestesista o proctóloga. El dibujo de quién soy se realizó con la punta aguja de un lápiz que aún me inyecta malos propósitos y va redirigiéndose hacia la retórica inclemente de la sátira a medida que cumplo años.

15. En las historias de ficción, hasta hace poco, el climaterio ha sido espacio en blanco. Como mucho, un subtexto para dar explicación al desequilibrio, la maldad, la falta de atractivo físico. La menopausia era página en blanco —fenómeno *hiporrepresentado*— o quizá sospecha de una lastimosa pérdida de feminidad. Mujeres secas. Sarméntosas. Que ya no encuentran un sentido a la vida y se cierran sobre sí mismas como un vegetal putrefacto. Esterilidad, mal carácter, encorvamiento, fracturas. Una mujer que no menstrúa, en el imaginario cultural, es una vieja y una vieja es un personaje perverso porque de las mujeres nunca interesó ni su experiencia ni su curiosidad ni su sabiduría. Experiencia, curiosidad y sabiduría coagulan en los conocimientos de las brujas o de las sucias *remiendavirgos* como Celestina.

16. Yo ya he debido de transformarme en una bruja: soy una mujer que no menstrúa desde los 46 años. Tengo 54. Según la historia de la literatura, llevo ocho años acumulando maldad. Soy una mujer que acumula conocimientos que no sabe utilizar: una mujer madura que

no puede ser valorada por su experiencia, pericia y capacidades didácticas para la instrucción sexual de hombres jóvenes. Esa representación redime de su maldad a especialísimas mujeres menopáusicas. *En brazos de...* Yo no sirvo. Soy solo una mujer que envejece; por ende, debo de ser una auténtica bruja.

17. En estas circunstancias, no me siento cómoda con el sentido del humor ni con la autoayuda ni con el lado positivo ni con el no darle importancia. Me cuesta asimilar que, después de haber representado la menopausia como maldad o tachadura, ahora nos empeñemos en contarla sin rabia. No me siento cómoda normalizando, atenuando las cosas que eran feas y obligatoriamente invisibles. Soy una mujer con derecho a la queja y a la formulación de una



©María Raquel Cochez, *MILF Energy No. 6*, 2021. Cortesía de la artista



Louis Patru, *Paisaje*, 1895-1905. Rijksmuseum ©

idea barroca de la vida. Renuncio a los paños calientes. Radicalizo la representación.

18. Una mujer envejece, tiene dinero, posición social y lucha contra el fantasma de la muerte asumiendo el papel de un hombre que compra carne fresca para vivir la fantasía de su rejuvenecimiento mágico y su eternidad. Me parece que para ser una mujer menopáusica empoderada no es preciso fomentar la explotación de los putos del mundo. La excusa de suturar una brecha de desigualdad ampliando otras no es una solución. No soy un hombre. No quiero ser un hombre. No me gustan ciertos libros ni creo en el feminismo liberal.

19. Los relatos pizpiretos sobre nuestra licanotropía —la deformación ósea, una relación dis-

tinta con la luna y el vello corporal— responden más al deseo que a la realidad y a menudo amortiguan las deficiencias sanitarias para enfrentarnos a la especificidad de un periodo problemático de la vida de las mujeres. Fisiológica y culturalmente. Mi menopausia me ha enseñado a reivindicar la necesidad de una medicina distinta. Quiero que mi cuerpo sea descrito con sus complejidades e idiosincrasias. Mi cuerpo no puede seguir siendo la costilla del cuerpo de un hombre. Necesitamos otros atlas para medir el mundo. Otras leyes. Otros tratados de anatomía. Otras películas. Otros personajes femeninos que envejecan y cuenten su historia milimétricamente o apelando a un universo feérico y fantasioso. Carecemos de ellos.

20. Aprendo de mi menopausia que la queja femenina es siempre inoportuna. Pija. Fresa. Desmesurada. Histórica. Siempre hay algo mejor que hacer. Lo prioritario. Decido empezar a quejarme por dolores naturales para los que no encuentro cobijo en la comunidad. Y decido empezar a quejarme por mi licantropía y por las muertas y por las mujeres que no trabajan y por las indias que trabajan sin zapatos — con ellas—, por la carne devaluada de las mujeres, que sigue devaluándose, aunque Amazon contrate repartidoras en India que sonríen mientras conducen sus motos. Por los salarios indignos. Por todas las violencias que padecemos a distintas escalas y son minusvaloradas. La minusvaloración es un acto de violencia más que se suma a los otros. Decido ser inoportuna, pija, histórica, loca, mágica. En el fondo, racional pero no ahormada en el corsé de una moderación razonable que me ahoga. Como no puedo quejarme por nada — no tengo derecho— decido que ha llegado el momento de quejarme por todo y hacer del bolo alimenticio de mis quejas femeninas una corriente sinérgica. Un tsunami.

21. En Murcia, con el glutamato espesando mis circunvoluciones cerebrales, contemplo a las nadadoras que agarran sus churros-flotadores para adentrarse en el Mediterráneo. No tienen miedo a las medusas ni a los mordisquitos del sargo. Nadan sin estilo y nunca meten la cabeza debajo del agua para conservar el buen aspecto de sus permanentes. Llegan hasta la última boya y allí, completamente aisladas del resto del mundo, se cuentan sus dolores, sus recetas, sus maldades, sus remedios. Las oigo cantar. No deberían irse mar adentro para ser felices.

22. Relaté autobiográficamente mis aprendizajes menopáusicos en un libro titulado *Clavícula*. Mi menopausia precoz fue traumática para mí, no porque me sintiera menos mujer por no poder tener ya hijos. Nunca deseé tener hijos ni pensé que mi feminidad dependiese de esa elección. Mi menopausia precoz no fue traumática porque me sintiera menos atractiva: incluso se podría decir que, al perder muchos kilos, mi cuerpo respondía mejor a los estándares de la fisonomía inverosímil de la belleza hegemónica. Mi menopausia fue traumática porque me produjo dolor. Un dolor que nadie sabía explicar ni catalogar. Un dolor para el que faltaban relatos. Un dolor que mutó en rabia al no poder formularlo sin que me hicieran sentir culpable, loca o egoísta. El dolor que experimentamos algunas mujeres que envejecemos.

23. Luz Arranz, en *Black, black, black*, vivía su climaterio con la extrañeza de la pérdida. La desaparición del coágulo de sangre. La no llegada de lo que se espera cada mes. La ausencia del dolor, malestar o calambre como anomalía en el cuerpo femenino. Existe una asociación trágica entre feminidad y dolor. El sacrificio. La resignación. Frente a ese discurso que es a la vez científico y religioso, y sitúa nuestra identidad en el inexplorado territorio del pensamiento mágico, ya no cabe solo la dulce sonrisa o la ironía inteligente. Busco la enloquecida carcajada. El valor de la escatología. La *resignificación* del concepto de víctima. La escucha atenta de lo minúsculo y lo escondido. La lengua de las *demonias*. Una furia de la que broten la racionalidad y la energía suficientes para generar otras formas de escritura. Escribo sobre el sexo de una mujer vieja en un primer plano que no sea pornográfico, sino tierno. **U**



NUESTRAS VIDAS TAMBIÉN SON NUESTRAS HORMONAS

ENTREVISTA CON LESLY PORTOCARRERO

Dario Alemán y Nayeli García Sánchez

Lesly Portocarrero es especialista en medicina interna, endocrinología y neuroendocrinología. Actualmente trabaja como docente en el Curso de Alta Especialidad en Neuroendocrinología del Instituto Nacional de Neurología y Neurocirugía, donde también da consulta externa. Además, es miembro del Sistema Nacional de Investigadores. En esta entrevista los editores de la Revista de la Universidad de México conversan con ella sobre la menopausia y la andropausia desde una perspectiva clínica.

¿Cuáles son los síntomas más significativos de la menopausia y la andropausia?

En el caso de las mujeres, la menopausia implica que pasemos un año sin menstruar, un síntoma muy específico y fácil de percibir. Sin embargo, existe un periodo llamado *perimenopausia* que empieza uno o dos años antes y se caracteriza por un espaciamiento cada vez mayor de nuestra menstruación. Es decir, que ya no reglamos una vez al mes o cada 35 días, sino que este tiempo se va alargando más. Vale aclarar que la perimenopausia no implica que perdamos nuestra capacidad reproductiva. Aún en esta etapa es posible un embarazo.

Una vez que los ciclos menstruales se distancian progresivamente, las mujeres comienzan a sentir los famosos bochornos, que en otros lugares son llamados "sofocos". Se trata de sensaciones pare-

cidas a descargas de calor muy incómodas que afectan del tórax hacia arriba. El promedio de duración de los bochornos es de cuatro minutos y suelen acabar en sudoraciones. Esos son los principales síntomas. Otros pueden ser insomnio, problemas en la memoria e irritabilidad. Esta última no es más que el resultado de cargar con los síntomas anteriores.

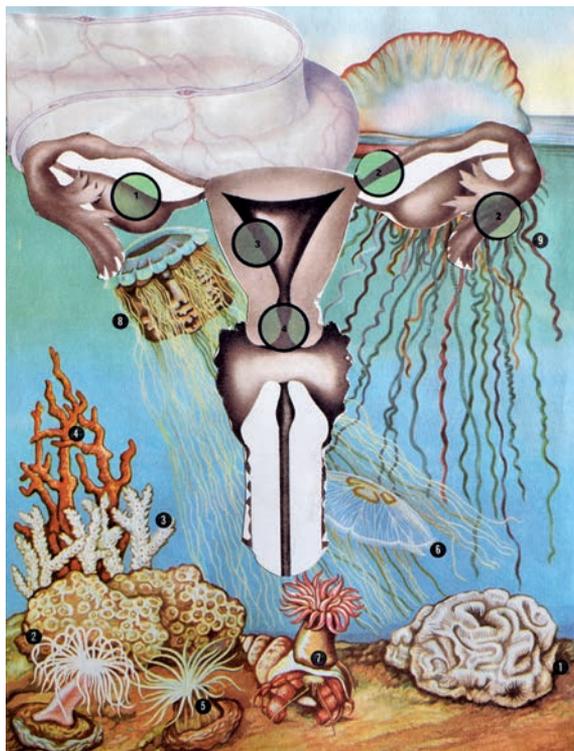
En el caso de los hombres, la andropausa aparece muchos años después, a la vez baja la libido y la vida sexual comienza a disminuir. Es entonces cuando los hombres se preocupan. Este periodo coincide con el momento en que empiezan a visitar al urólogo para revisar su próstata, algo tan recomendable como que la mujer se realice pruebas como el papanicolau, la mastografía y la densitometría ósea.

En su experiencia, ¿llegan por igual hombres y mujeres a las consultas de endocrinología?

Definitivamente, no. Suelen llegar más mujeres, lo cual, supongo, está relacionado con el hecho de que nosotras tenemos un rol muy especial en la reproducción, en ser quienes damos a luz, por lo que un cambio hormonal repercute de una manera más perceptible en nuestro organismo. Este proceso hormonal es diferente en los hombres. Podría decir que un 80 por ciento de las personas que he atendido en mis consultas son mujeres.

¿Qué tan riesgoso es un embarazo durante la perimenopausia?

Un embarazo en este periodo es considerado de alto riesgo. La mejor edad para la



©Mauricio Sandoval, *Hermafrodita*, 2020. Cortesía del artista

vida reproductiva de la mujer se sitúa entre los 25 y los 35 años. Eso no quiere decir que durante la perimenopausia un embarazo no llegue a feliz término, aunque sí existen muchos peligros. Lo ideal es evitar embarazarse a partir de los 40 años, pues para entonces es más común que las mujeres desarrollen enfermedades como diabetes e hipertensión arterial.

¿La menopausia y la andropausa podrían considerarse el inicio de la vejez, un momento de declive físico o un gran parteaguas en la vida?

Es importante recalcar la diferencia entre los momentos en que se experimentan ambos periodos en hombres y mujeres. La menopausia suele darse entre los 47 y los 50 años de edad, mientras que la andropausa inicia normalmente diez o quince años después.

El déficit de andrógenos en los hombres es más tardío y no es fácil encontrar a alguien que lo padezca a edades tempranas, con sus respectivos síntomas.

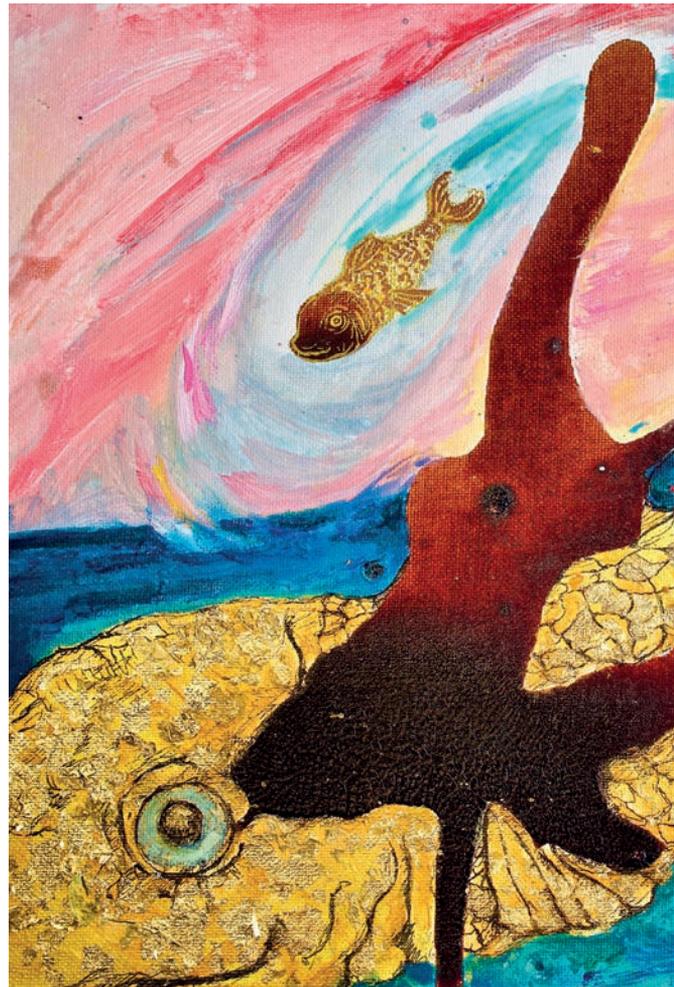
Con estos procesos vienen cambios físicos importantes que pueden considerarse un declive en ciertos aspectos, como el hecho de que nuestros ovarios dejan de producir óvulos. Los seres humanos funcionamos como una computadora perfecta, de manera que ciertos órganos están programados para, en un momento determinado, cesar o ver afectadas sus funciones. Desde esta perspectiva, podría decirse que envejecemos.

La idea de que comenzamos a acercarnos a la vejez tiene que ver, además, con las funciones de hormonas como los estrógenos y los andrógenos. Cuando se alteran sus cantidades en el cuerpo se generan problemas cardiovasculares y en los huesos. Empezamos entonces a sufrir de osteopenia y osteoporosis, sobre todo las mujeres, puesto que dichas enfermedades están ligadas a la aparición de la menopausia.

Por tanto, no se trata solo del bochorno o de dejar de reglar, sino de factores como perder protección en los huesos y la libido, sufrir atrofia en los genitales, sequedad en la piel. En el caso de las mujeres, imaginemos que el estrógeno es como el agua que riega las plantas, que serían nuestros cuerpos. A eso debemos sumarle la postmenopausia, que cada vez nos atañe más debido al aumento de la esperanza de vida en el mundo. ¡Y todo el proceso tarda varios años!

¿En los hombres existe algún marcador biológico o análisis que pueda detectar que ya se encuentran en la andropausia?

Sí. Tras los cuadros clínicos, tanto en el hombre como en la mujer se mandan a hacer mediciones de hormonas. Las principales mediciones de hormonas son: folículo-estimulantes (FSH), la luteinizante, en el caso de las mujeres, estrógenos y, en el



©Victoria Watson, *Gone Fishing*, de la serie *Period Rorschach*, 2019. Cortesía de la artista

de los hombres, testosterona. Se buscan perfiles específicos como la elevación de FSH, la disminución del estrógeno en las mujeres y de la testosterona en los hombres. Los especialistas hemos establecido un perfil bioquímico hormonal bien identificado para cada caso.

¿Es posible experimentar estos periodos antes de los 40 años?



Sí es posible, pero ya no estaríamos frente a un contexto fisiológico, sino que se trataría de una enfermedad. En el caso de las mujeres hablamos, por ejemplo, de una "menopausia prematura" que podría deberse a problemas autoinmunes que provocan que las funciones de los ovarios se deterioren antes de tiempo.

En el caso de los hombres, una "andropausia prematura" puede estar relacionada con algunos tratamientos oncológicos que afectan a los testículos. De cualquier forma, el déficit de andrógenos en los hombres es más tardío y no es fácil encontrar a alguien que lo padezca a edades tempranas, con sus respectivos síntomas.

Tanto para hombres como para mujeres en dicha situación es imprescindible contemplar la posibilidad de someterse a una terapia de reemplazo hormonal.

¿Esa terapia es aplicable a todos?

En la menopausia prematura hay que considerar que no se presente alguna contraindicación respecto a la terapia hormonal. De manera general, solo se aplica hasta donde existe evidencia de que se puede utilizar.

Esta terapia está relacionada con el deseo de envejecer bien. Las personas ahora vivimos más años y nos preocupamos por periodos como la menopausia y la andropausia y por lo que estos pueden afectarnos biológicamente. Mitigar los efectos más nocivos de dichas etapas nos ayuda a llegar en mejores condiciones a una vejez avanzada. Hablo, por ejemplo, de las afectaciones en el sistema óseo en el caso de la mujer, que de no atenderse durante la



©Victoria Watson, *Croclift*, de la serie *Period Rorschach*, 2019. Cortesía de la artista

menopausia mediante la terapia hormonal pueden acarrear problemas en la vejez temprana.

En resumen, debemos considerar que en estos periodos no somos adultos jóvenes ni ancianos. Solo estamos en la antecámara de la vejez y debemos cuidarnos si queremos llegar a los 85 años en buenas condiciones.

¿Podríamos decir entonces que el interés médico por la menopausia y la andropausia tiene que ver con el aumento de la esperanza de vida?

Por supuesto. Mientras la esperanza de vida de la humanidad era de 40 años en promedio, la mayoría de las personas no experimentaba la menopausia y la andropausia. Morían en guerras, por enferme-

dades infecciosas, etcétera. Pero eso no significa que haya habido un cambio en cuanto al momento en que se presentan estos periodos. Los seres humanos estamos programados para experimentar la menopausia y la andropausia en los momentos vitales ya mencionados.

¿Existen medidas fuera del ámbito clínico que nos sirvan para mitigar los efectos de estas etapas de la vida y enfrentarlas mejor preparados?

Sí, por supuesto. Un ejemplo muy claro sería el de las mujeres que fuman, quienes suelen enfrentar los efectos de la menopausia en edades más tempranas. Entonces, las recomendaciones para evitar esto tanto en mujeres como en hombres son las mismas que nos ayudan a eludir muchas patologías: frenar el tabaquismo, no consumir mucho alcohol, mantener una buena alimentación, evitar la obesidad, hacer ejercicios físicos. Debo mencionar también la necesidad de controlar el estrés, pues este resulta un factor determinante en la presencia de bochornos en las mujeres durante la menopausia. Finalmente, recomendaría dar seguimiento a los síntomas que he mencionado anteriormente y acudir al médico para la realización de monitoreos anuales.

¿Con qué funciones biológicas y psicológicas se asocia la testosterona en los hombres?

Una mayor o menor concentración de testosterona o estrógeno define clínicamente los sexos mientras somos fetos. La testosterona, además, determina ciertos caracte-

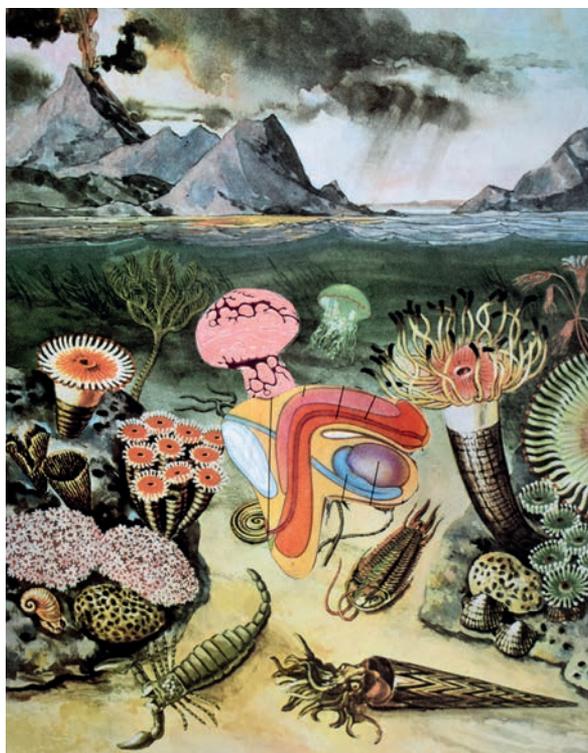
terres sexuales secundarios: la cantidad de cabello, la masa muscular, etcétera. También se habla de que la testosterona está relacionada con la agresividad, sin embargo, esto sucede en contextos patológicos extremos, no mucho más.

Respecto a la vida sexual, esta hormona es en extremo importante, pues se relaciona con el apetito sexual, las erecciones y su durabilidad, así como con la reproducción. Justo cuando empieza la andropausia todas estas cuestiones comienzan a sufrir variaciones. Psicológicamente los hombres deben asumir que varios aspectos de la vida sexual irán disminuyendo conforme presenten un déficit natural de testosterona. Es importante saber envejecer.

Vale aclarar que hay hombres que en los gimnasios echan mano de la testosterona para aumentar su masa muscular y se la recomiendan entre ellos. Hacer esto es sumamente riesgoso, puesto que inhibe nuestro eje hipotalámico, encargado de estimular los ovarios y los testículos. A la larga estos tratamientos sin prescripción médica pueden condicionar un hipogonadismo, es decir, que al aumentar irresponsablemente la testosterona en el cuerpo estamos engañando a nuestro hipotálamo y lo ponemos a dormir. Desafortunadamente, muchas veces se receta de manera fácil la testosterona o la hormona del crecimiento para aumentar nuestros músculos y tener una "buena figura". Los endocrinólogos luchamos contra este problema todo el tiempo.

¿Por qué algunas personas pierden la libido conforme envejecen y otras no? ¿Qué prácticas podríamos llevar a cabo para no perderla?

Cuando hablamos de la pérdida o la disminución de la libido debemos tener claro que estos hechos se dan en un contexto multifactorial. Definitivamente influye que no mantengamos íntegro el eje hormonal, pero también inciden otras causas. Es decir, partimos de la vigilancia de nuestro perfil de hormonas, pero es mucho más complicado que eso. Repercute, por ejemplo, pasar o no por periodos de depresión o cómo asumimos nuestras relaciones interpersonales. Los especialistas estamos obligados a descartar en primer lugar cualquier patología hormonal. Si en este aspecto no se encuentran anomalías, entonces la persona debe contemplar su estado psicossocial.



©Mauricio Sandoval, *Afrodita*, 2020. Cortesía del artista

¿Cómo se asumen estos procesos en culturas no occidentales o en contextos no urbanos?

Considero que las mujeres están preparadas para este proceso en todos los contextos. Saben que llega en la vida un momento definitorio cuando se deja de menstruar, y esto es una enseñanza que se aprende de otras mujeres, sobre todo de las abuelas y las madres. Tal vez en los hombres es más complejo este asunto, puesto que entre ellos no hablan mucho de la andropausia y suele costarles reconocer, por ejemplo, cuando experimentan una disminución de la libido.

Sin embargo, existen algunas diferencias en cuanto a la cultura y el entorno de las personas. En ámbitos rurales es más común que la gente no acuda a las terapias de reemplazo hormonal. Por un lado, porque los centros de salud a veces no están capacitados para ofrecer este tipo de tratamiento y, por el otro, porque aunque las mujeres conocen de la menopausia no se nos educa sobre cómo deben cuidarse ni se nos habla de la importancia del papanicolau, de hacerse una densitometría ósea, etcétera. Este último aspecto es, quizás, el más descuidado. No obstante, me atrevería a decir que en entornos urbanos tampoco todos acuden al endocrinólogo durante estos periodos.

¿Considera que temas como la menopausia y la andropausia todavía son tabús?

Yo siento que en el caso específico de las mujeres la menopausia ya no es un tabú. Incluso se ha normalizado al punto que desde el humor se mencionan algunos de sus sín-

tomos, como aquello de que las mujeres menopáusicas pueden estar más amargadas. Además, cada vez son más quienes se preocupan por su estado de salud durante este proceso y sin problema alguno se hacen revisiones y aceptan someterse a terapias hormonales. Digamos que la menopausia y todo lo que conlleva biológica y clínicamente se ha normalizado en la sociedad.

En el caso de los hombres no sucede lo mismo. Considero que la andropausia sí puede ser considerada un tema tabú, lo cual se debe a dos cosas. La primera es que la andropausia no se percibe tan fácilmente como cuando las mujeres notan que han dejado de reglar. La segunda es que muchos hombres se mantienen renuentes a hablar de estos asuntos. Como decía antes, no se considera normal que entre ellos hablen de la disminución de la libido o reconozcan la dificultad para tener erecciones. Además, debido a que pasan por dicho proceso mucho más tarde que las mujeres, para entonces esta puede ser la menor de sus preocupaciones. La llegada de la andropausia suele coincidir con la de problemas de salud como las afectaciones en la próstata, la hipertensión arterial o las afecciones cardiovasculares que inciden en la posibilidad de infartos, la diabetes y otras enfermedades. **U**

Stuart Walker, *Composición 61*, 1939 © ▶



ARTE

LA CORAZA DE MAGALI LARA

Elva Peniche Montfort

En *Coraza*, uno de sus últimos proyectos expositivos y editoriales, Magali Lara explora varios de los problemas y estrategias que la han obsesionado a lo largo de su carrera artística: su interés por los mensajes y los síntomas del cuerpo, la negociación entre el pasado y el presente o el uso de la pintura como un vehículo de inmersión emocional y psíquica hacia lo íntimo. Este proyecto de 2020 parte de un momento de enunciación muy claro para la artista, el de asumir su madurez como creadora y como mujer para plantearse desde ahí preguntas tan importantes como: ¿quién soy?, ¿qué sigue?, ¿dónde está mi deseo?, a través de las que imagina vías para la construcción y reconstrucción de su identidad.

La artista recupera ese concepto de Wilhelm Reich y sus estudios psicoanalíticos sobre el carácter, donde la coraza es descrita como una protección del sujeto frente a estímulos tanto externos como internos. En las pinturas, acuarelas, dibujos y collages que forman parte de esta serie hay, sin embargo, un énfasis particular en lo interior, en esos impulsos que vienen de adentro, que remiten a un cuerpo convulso repleto de fluidos, sombras y masas en constante movimiento y transformación.

En estas imágenes la coraza se hace presente como un contenedor, como una barrera que, no obstante, es siempre permeable a través de fisuras, contaminaciones y pequeños conductos. Es un contorno atravesado, una armadura penetrada que permite que el adentro y el afuera se toquen. Ese traspasar el caparazón que protege nuestra personalidad, por seguir la acepción de Reich, parece ser la misión misma de este proyecto de Lara, su necesidad. De modo que, como ella dice, "tal vez envejecer se trate de dismantelar nuestra identidad y de permitir que el pasado deje de tener una explicación. Ser paisaje y ya".

Todas las imágenes son cortesía de la artista.



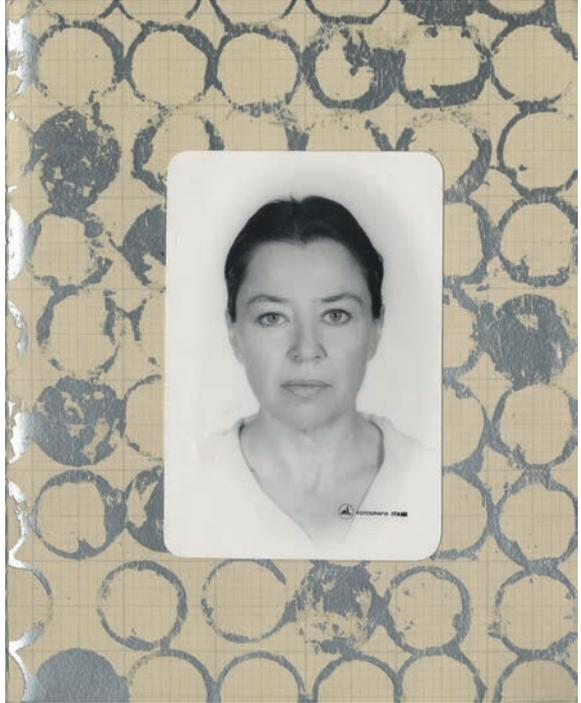
Lo persigues (1 y 2), 2018. Óleo sobre lino



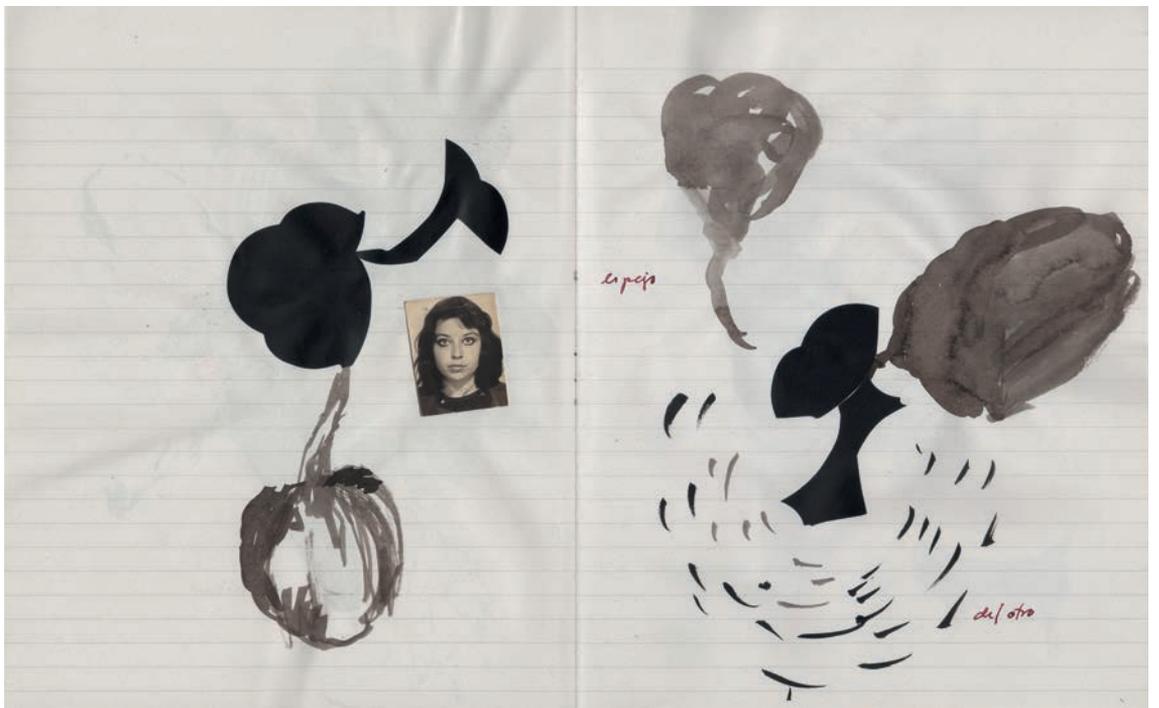
Coraza (A), 2019. Óleo sobre lino



Coraza (4), 2018. Óleo sobre lino



Págs. 106-107. *Algo muy pequeño*, de la serie *Coraza*, 2018. Fotografías, tinta y recorte de papel sobre libreta





2019



2017

Págs. 108-109
Sin título, de la serie *Coraza* (2.02 y 2.03), 2017.
Recortes de papel, grafito y pastel sobre papel



Coraza (B), 2019. Óleo sobre lino

Stuart Walker, sin título, ca. 1938 © ►



PANÓPTICO

EN TRANSIT: RADIOGRAFÍA DE UN “ÁREA DE ESPERA”

ENTREVISTA CON
AMIR REZA KOOHESTANI

Karim Hauser

Seguro que nunca había visto lo más importante de la ciudad. Para ver de qué se trata hay que querer quedarse. Todas las ciudades se ocultan imperceptiblemente a aquellos que solo las utilizan para atravesarlas

Anna Seghers, Transit

Amir Reza Koohestani, director iraní de teatro, tenía previsto viajar a Chile en 2018 para asistir a uno de sus espectáculos. Pero en el aeropuerto de Múnich fue detenido y devuelto a Teherán al haber excedido por cinco días su estancia legal en la zona Schengen. Poco después, el teatro de Hamburgo le propuso llevar a cabo la adaptación de Transit, la novela de Anna Seghers que narra la experiencia de los exiliados que esperaban en Marsella el viaje hacia América huyendo de los nazis.

Koohestani encuentra un paralelismo entre la zona de tránsito de la novela y su experiencia en el aeropuerto de Múnich. El espectáculo En Transit, presentado durante el Festival de Aviñón de 2022, conduce al espectador por dos temporalidades en las que el propio director, vuelto parte de la historia, convive con los personajes de la novela de Seghers.

Se sabe que esta novela de Anna Seghers constituye una pieza fundamental del género llamado “del exilio”, incluso leí que ella estaba en un buque camino a México cuando la escribió.

Amir Reza Koohestani, 2016. Fotografía de ©Laetitia Vacon.

◀ Cortesía de la artista

Sí, creo que terminó el último borrador en México, hacia principios de 1941. Por supuesto que se basó en su propia memoria de Marsella, pero en realidad lo terminó en México unos años después, en el exilio. Una de las principales razones por la que me interesaba tanto hablar con una revista mexicana es porque creo que no debemos olvidar lo que los mexicanos hicieron por los inmigrantes. Ahora nos enfrentamos a una "crisis de inmigrantes" en todo el mundo. Es bastante irónico que los europeos escaparan de la Segunda Guerra Mundial y que países como Marruecos, México, Brasil, Argentina e Irán facilitaran un refugio. No hablo solo de los gobiernos, sino también de los pueblos. El curso de la historia ha cambiado y debido a las crisis regionales ahora la gente viaja desde allá hasta aquí. Y escuchas historias desagradables sobre cómo tratan a los inmigrantes. Fue una de las principales motivaciones detrás de esta obra. Tenía que encontrar esta conexión, tender un puente entre las experiencias de hoy y lo que sucedió en la Segunda Guerra Mundial, en la época que vivió Anna Seghers.

Has dicho en alguna entrevista que no te interesa resolver preguntas, pues el teatro no necesariamente da respuestas, pero supongo que había algunas cuestiones que querías plantear en esta obra. ¿Cuáles son?

Creo que serían "¿por qué estamos aquí?" y "¿por qué todavía nos hacemos la misma pregunta que pensamos haber resuelto tras la Segunda Guerra Mundial?" Creíamos haber aprendido, pero todavía tenemos ese término extraño, *inmigrante ilegal*, como si

el inmigrante tuviese que ser legal. Para mí, es trágico que el inmigrante todavía necesite justificarse. Como si esa familia que acaba de subirse sin nada a un bote para tratar de cruzar el mar tuviera otra opción.

Es extraño, antes de la toma de control de Afganistán por los talibanes, yo trabajaba en Alemania y el debate era que Afganistán era seguro, aunque no lo fuese. Entonces deportaron a miles de afganos de vuelta a Afganistán, pero años después los talibanes tomaron el control del país y entonces recibí llamadas de mis colegas alemanes en Berlín que decían: "Oh, ¿conoces a algún artista afgano que esté en peligro? Tal vez podamos ayudar". Qué absurdo, ¿no?

Anna Seghers fue censurada, o al menos sus libros fueron prohibidos por un cierto periodo. Transit se publicó en México antes que en Alemania. ¿Sientes una conexión con la superación de la censura?

Sí. Tal vez sea una especie de coincidencia —o no— que yo haya trabajado con la obra de autores de Alemania oriental: Anna Seghers y Heiner Müller. Y tal vez una de las razones por las que encontré una conexión sea el lenguaje lírico. No es una narración de reportero al estilo Hemingway, sino que más bien describo cosas en otro nivel. Y al mismo tiempo, es una especie de "truco" que también uso cuando trabajo en Irán, porque apuesto por la ambigüedad y siempre puedo decir: "No, no quise decir eso", ¿sabes? Me gusta escapar de la censura porque mi teatro es como un poema y un poema está abierto a la interpretación. Y con el tiempo, tal vez debería decir

“desafortunadamente”, estos trucos se convierten en tu estilo, porque te entrenas en este tipo de método.

Incluso cuando Seghers publicó el libro en México, hasta donde yo sé, en realidad podía publicar lo que quisiera, pero aún así, mantuvo ese estilo. Y fue el mismo caso de Heiner Müller tras la caída del muro de Berlín en Alemania. Ya no había Alemania oriental ni occidental, pero aun así mantuvo el mismo estilo porque se había convertido en su método o identidad personal. Yo también utilizo en el teatro un lenguaje lírico visual para colocar las cosas. En Francia, algunos periódicos han llamado a mi forma de trabajar en el teatro “lo que deja en el escenario”. Claro, hay algunas partes que dejas en el escenario y algunas partes en blanco para que la audiencia deba completarlas por sí misma.

Te refieres a la ambigüedad. Lo onírico y confuso... el espectador debe esforzarse un poco.

La ambigüedad, sin duda. Es cuando nos despertamos por la mañana y simplemente no sabemos de dónde viene este sueño, y luego comienzas a encontrar la conexión entre tu realidad y el sueño que viste. Creo que el teatro no debe estar lejos de eso. Ese es el teatro que me interesa: crear la misma estructura de un sueño que vemos todas las noches.

¿Qué es para ti estar en transit y titular así tu puesta en escena?

Al principio, dudaba en cómo debería llamar a esta obra. Mi primera idea fue llamarla “Deportado”. Hablé con mi productor francés y me dijo que no deberíamos usar

esa palabra porque en francés la deportación se refiere a los campos de concentración. Y luego pensé que tal vez deberíamos usar el título “Transit”, pero entonces podríamos crear la expectativa errónea de que se trataba solo de la novela de Seghers. Y luego mi traductora de francés dijo que existe una expresión en Francia: “en transit”, que se emplea cuando, por ejemplo, te estás divorciando o te encuentras en un proceso a caballo entre dos mundos. Eso es



Escena de *En Transit*, de Amir Reza Koohestani, 2022.

Me gusta ser nadie, o lo que Albert Camus llama un extranjero, portar ese estatus de extraño.

exactamente lo que pienso sobre el tránsito: todavía no eres ni esto ni aquello. Usted está en esta "área de espera".

Una identidad provisional.

Exactamente. De alguna forma me gusta ser nadie, o lo que Albert Camus llama un extranjero, portar ese estatus de extraño. Como cuando no soy iraní en Irán, porque soy el que trabaja con extranjeros. Y cuan-

do estoy en Europa también soy un extraño. A veces me llaman *Ausländer* en Alemania, así que me siento como un extraño en todas partes. En cierto modo, cuando estoy en tránsito en el aeropuerto para mí es una especie de liberación, porque probablemente ahí es donde puedo sentir que mi identidad coincide con la ubicación. Al igual que otros pasajeros, que tampoco son nadie porque han cruzado la frontera, pero todavía no han llegado a su destino.

Han calificado a esta obra de kafkiana por la trama donde los trámites burocráticos son tan estrictos que resultan absurdos. ¿Sientes que Kafka está de alguna manera detrás de tu puesta en escena, y en ese sentido, Kafka es universal? ¿Es alemán? ¿Es iraní? ¿Es francés? ¿Está en todas partes?

Creo que cualquier cosa que la autoridad haya dictado es absurda de algún modo. Usar ropa específica, modas, todo se vuelve algo sin sentido. Así que yo puedo ver el drama absurdo en la vida cotidiana. ¿Por qué tengo que venir a Aviñón, y cuál es el beneficio de ello? Cuando estaba en el aeropuerto de Múnich, le dije a uno de los guardias que me detuvieron que soy director de teatro y que acababa de terminar una producción cuyo tema trataba sobre inmigrantes. Y él respondió que no tenía idea; le daba igual. Entonces empiezas a preguntarte, ¿qué estoy haciendo? Un teatro sobre inmigrantes para gente que más o menos comparte mi opinión. Vivimos en una burbuja, convenciendo a los ya convencidos. Y las personas que real-



©Christophe Raynaud de Lage/Festival d'Avignon

mente tienen el poder y crean todas estas leyes están fuera de dicha burbuja.

Hablemos de la puesta en escena: las cámaras que enfocan muy cerca, las transiciones entre los dos temporalidades (2018 y 1940) y del elenco compuesto por mujeres de distintas nacionalidades.

Creo que la razón principal para usar un elenco femenino fue confrontarlo con el lenguaje masculino. "¿Cuál es la solución, díganos, para resolver la problemática de los inmigrantes?" ¡Estos son hombres que plantean una pregunta y esperan que alguien lo suficientemente inteligente encuentre una solución! Pero para mí, la forma en que Anna Seghers describió el problema de los inmigrantes está arraigada en nosotros. No es un desplante de algún loco o una decisión equivocada; es este prejuicio arraigado en la historia, es parte de todo el sistema, diría yo. Anna Seghers lo describe en un lenguaje muy lírico y en una especie de, no me atrevo a llamarlo una narración femenina, porque ¿qué significa eso exactamente? Lo importante es que encontré esta forma de ver el problema, la cual tomé prestada de Anna Seghers.

Así que pensé en contar con tantas mujeres en el escenario y tras bambalinas porque necesito esta manera de ver la conexión entre las cosas. Un titular del diario *Libération* señaló que el elenco de *En transit* no se despierta en la misma zona horaria; cada una de ellas está en una diferente. Sin embargo, durante un par de meses se reúnen, trabajan juntas, se entienden.

Como la obra no es suficientemente confusa, le has agregado farsi, inglés y francés. Y ese

personaje de Marie, que a priori sería una francesa de diccionario, habla farsi con fluidez. ¿Por qué no?

Desde luego. Necesitamos abandonar todas las etiquetas. Eso es lo principal, porque siempre tratamos de categorizar a las personas para entender, para simplificar y comprender. Tal vez sea demasiado confuso, pero constantemente descubro personas que entienden mis historias a pesar de todos estos elementos: hablar en cuatro idiomas, actores intergénero, saltar entre dos temporalidades diferentes y leer los sobretítulos al mismo tiempo.

El personaje que representa a Amir Reza Koohestani en la obra necesita un lápiz. Es casi como una necesidad existencial, ¿verdad? Parece una suerte de primer impulso lo de tener siempre un lápiz contigo.

En realidad lo es. Es una obsesión la de no escribir con bolígrafo en mi libro, claro que sí. Desconozco la razón, pues nunca borro lo que escribo en los libros. Por supuesto que podría escribirlo con un bolígrafo pero, no sé, tal vez son solo las necesidades básicas que tienes como autor. Pero en el aeropuerto de Múnich esto se truncó cuando me confiscaron el lápiz, por esa idea estúpida de que cualquier objeto afilado es peligroso, sin ninguna definición de lo que significa un objeto afilado. Siempre trato de no olvidar que soy un autor. Soy escritor. Quiero decir, al principio no encontré a nadie que dirigiera mi propia obra, así que me convertí en director. Me empujaron a dirigir, pero todavía disfruto mucho escribiendo. **U**

EL NIETO DE LA GORDA SE VA A TIRAR AL MAR

Carla Gloria Colomé

Algunos comentan en el pueblo que el nieto de la Gorda se va a tirar. Lo saben los amigos que viven al lado de la panadería y los cercanos a la iglesia pentecostal. Si el servicio de meteorología del Noticiero Nacional anuncia buen tiempo, el nieto de la Gorda se tira mañana mismo por Playa Baracoa, un poblado pesquero a las afueras de La Habana.

El muchacho tiene 18 años, y los otros ocho que piensan tirarse al mar con él tienen entre esa edad y 22. Han reunido el dinero suficiente para armar un barco. Lo primero fue comprar el motor Lombardini de pipa de agua: 35 mil pesos cubanos. Luego las tablas, veinte pesos cada pie. Los tornillos de aceroníquel, 25 cada uno. La propele, 5 mil pesos. El timón, 2 mil. La resina para sellar huecos, mil 900. El petróleo, cincuenta pesos cada litro. Y la poliespuma, que les salió gratis. También han juntado pan, agua, azúcar y limón. Sobre todo azúcar.

La Gorda ha estado de acuerdo en vender un refrigerador y el televisor de la casa para que se tire su nieto, que sabe del mar y ha hecho pesca submarina desde los 12 años para ayudar a la familia.

Cada noche los futuros tripulantes de ese viaje rumbo a la Florida se sientan frente al televisor para ver si el tiempo mejora. Mientras haya marejadas estarán quietos y le dará tiempo de hacer los últimos ajustes a quien les está construyendo el barco, el padre del futuro timonel, algo así como un capitán de 19 años.

Jacques Le Moyne de Morgues, mapa de la provincia de Florida, 1591. Library of Congress © ▶



Es sábado y el nieto de la Gorda, que lleva nueve meses en el servicio militar obligatorio, ha salido de pase con su mochila verde olivo y la ropa sucia para que su abuela la lave. Todos han acordado que si el tiempo mejora mientras él esté en la unidad 1871 de Pinar del Río nadie se tirará hasta que se pueda escapar.

Por lo demás, todo está listo. Tienen un GPS digital que los conducirá directo desde la costa del pueblo hasta Cayo Hueso, una isla en Florida. Llevan herramientas por si el barco falla en la travesía. Al nieto de la Gorda lo esperan su papá y un tío en Miami.

De no darse el viaje, de ser interceptados por los guardacostas cubanos, les decomisarían el barco y pagarían cada uno multas de hasta 5 mil pesos. El nieto de la Gorda, además, po-

dría pagar con hasta tres años de cárcel por estar en cumplimiento del servicio militar.

Eso le preocupa, obviamente. Y le angustia lo que pueda sucederle, ahora que se desconoce el paradero del hijo de Gelasio, quien se tiró hace unos días al mar en un bote con su esposa y su hijo de cuatro años, y no se tienen noticias de ellos. Estuvo vendiendo en su muro de Facebook su casa con tinacos y carro incluidos. Era obvio que se iba a tirar. Gelasio confía en que su hijo esté en México o que vaya a aparecer en las Bahamas.

Playa Baracoa, una localidad pesquera de casi 8 mil habitantes según el último censo de población, está prácticamente desolada.

Recientemente la fiebre de la emigración ha invadido toda Cuba, ese cuerpo cadavérico que no se recupera. Hasta julio del año fiscal 2022, un total de 177 mil 848 cubanos llegaron a Estados Unidos por vía terrestre, y 5 mil 421 se han lanzado al mar. En menos de dos años este éxodo superó la suma de las más grandes crisis migratorias de la historia de la Revolución cubana: el Mariel en 1980 (125 mil), la crisis de los balseros en 1994 (34 mil 500) y Boca de Camarioca en 1965 (unos 5 mil).

En Baracoa algo muy contagioso va de barrio a barrio, de casa a casa. Todos quieren irse de la isla. Nadie está dispuesto a soportar los apagones de hasta dieciocho horas que han vuelto a ser parte del día a día, ni las largas colas para comprar pollo, ni el tedio. Prefieren agarrar un bote y lanzarse al mar. Es gente que ha crecido en el arrecife, las olas impactan las paredes de sus cuartos, el salitre carcome sus equipos electrodomésticos. Tan cerca están del mar que no pueden tenerle miedo. Respeto sí, no hay nadie en Baracoa, ni los pescadores veteranos, que no respete el mar en su justa medida.



Balsa en el mar, 1994. Fotografía de USCG Historian's Office. Duke University Library/Flickr ©

Baracoa es un pueblo que no disiente del sistema cubano hacia dentro, sino hacia afuera.

Baracoa es un pueblo que no disiente del sistema cubano hacia dentro, sino hacia afuera. Cuando el 11 de julio de 2021 miles de ciudadanos de varios puntos del país se lanzaron a las calles hartos de la crisis alimentaria, sanitaria y política, de Baracoa solo salió a protestar un joven de 20 años que ahora cumple seis de prisión. El resto ha estado planificando su travesía a Estados Unidos. Los que han podido pagar hasta 13 mil dólares a coyotes por un viaje de Nicaragua a la frontera de México no han dudado en largarse. Los demás se han tirado al mar.

Se tiró al mar toda la familia de Ernestico, mi amigo del barrio, en un bote que cargó en total a veinticinco personas, entre ellos siete menores de edad. Se ha ido mi familia y también los vecinos del barrio. Si la familia se va, uno sabe dónde encontrarla, ¿pero dónde uno encuentra el barrio otra vez?

La única estación de policías de Baracoa amanece siempre con al menos dos o tres barcos decomisados en sus instalaciones. Han situado alrededor del pueblo a varios oficiales para que vigilen e impidan las salidas ilegales del país. Todos comentan que uno de esos guardias también se montó en un barco y se fue junto a una familia del barrio La Loma. Llegaron en perfectas condiciones.

Se tiraron en julio Alejandro, Daniel y Jeison, de 29, 27 y 19 años. Era la cuarta vez que lo intentaban. No puede decirse que en el pueblo fueran grandes amigos, pero se inspiraban confianza los unos a los otros.

Con los ahorros de toda su vida el trío armó un bote de tres metros de largo y noventa centímetros de ancho. Salieron rumbo a Cayo Marquesa, Florida, en la madrugada desde un punto ubicado a unas pocas cuadras de la estación policial del pueblo. Mientras algunos amigos vigilaban, otros agarraron el bote y lo traslada-

ron al mar. Cargaron con pan, galletas, chocolate, caramelo, azúcar, dos cargadores portátiles y dos teléfonos celulares con la aplicación de mapas offline OsmAnd.

Jeison manejó hasta el mediodía. No había mucho oleaje. A cada rato otro de los tripulantes asumía el timón mientras el resto dormía. Ya en altamar, Alejandro tuvo conciencia de donde estaba. "Ahí tú miras a los lados, todo es mar, no ves tierra, y dices, ¿dónde yo estoy metido?", cuenta.

Justo a las 2:30 a.m. del día siguiente el motor se rompió y quedaron a la deriva. El último residuo de batería en sus teléfonos marcó que estaban a cuarenta kilómetros de Cayo Marquesa. Estaban perdidos. Remaron en vano. Sus bocas reseca por el sol y el salitre. "Lo único que pensaba era en mi familia, en mi niño de un año, en todo lo que dejaba atrás, en morir sin que nadie supiera dónde", recuerda Daniel.

Cuando ya a las tres de la tarde un barco de pesca se les acercó, los tres supieron que iban a ser delatados a las autoridades estadounidenses y retornados a Cuba. Agarraron un cuchillo y se pusieron en fila. Daniel le encajó a Jeison el cuchillo en la barriga, haciéndole una herida de la que brotaba sangre sin parar. Alejandro cortó a Daniel en la espalda y se negó a que sus amigos lo hirieran a él, ante el espanto de dañar su cuerpo de tal modo.

Cuando llegaron los servicios de la Guardia Costera, los tres comenzaron a pedir auxilio. "He hurt, he hurt. Blood. So much blood", gritó Alejandro, el único que sabía algo de inglés.

Auxiliaron a los dos heridos y a Alejandro, quien dijo que no se separaría ni un instante de sus amigos. Los trasladaron a otro barco. Como la herida de Jeison parecía muy profunda, fue

llevado directamente hacia Estados Unidos. Daniel fue atendido en el mismo barco.

Luego Daniel y Alejandro pasaron a otra embarcación, el llamado "barco madre", encargado de reunir en altamar a los balseros y regresarlos a sus países de origen. Recuerdan haber contado casi cien balseros allí entre cubanos y haitianos. Incluso se encontraron con una familia de Baracoa que también se había lanzado al mar y que ahora regresaba al pueblo para en algún futuro volver a tirarse.

También vieron a David, un amigo que no logró llegar a tierra y con quien planearon la última de sus estrategias. Como la herida de Daniel pudo ser fácilmente suturada no había forma de que por esa vía lo trasladaran a Estados Unidos. Serían retornados a Cuba. Entonces planearon tirarse de un primer piso del barco para partirse la clavícula y las costillas, pero a David se le ocurrió algo que podría ser mejor.

Los toldos del barco madre tenían unas presillas de poco más de seis centímetros que todos iban a tragarse. Mientras los oficiales de la Guardia Costera se encontraban en la parte trasera del barco escuchando música y pasando el tiempo, Daniel, Alejandro y David se les pararon enfrente, a más de un metro de distancia. Contaron hasta tres, les mostraron las presillas y se las tragaron.

Los oficiales no se explicaban qué estaba sucediendo. Los esposaron. Alejandro comenzó a llorar. Pasados unos minutos fingió retortijones, malestar en el cuerpo. Un médico les preguntó por qué hacían tal cosa, por qué ponían sus vidas en peligro de tal manera, a lo que Alejandro respondió llorando: "Médico, safe my live, help us, no back to Cuba, hospital please, hospital".

Daniel también fingía no estar bien, pero no podía mirar a Alejandro porque le provocaba

risa verlo poniendo los ojos en blanco como si le quedara un instante de vida.

Fueron desesposados y llevados en una lancha a tierra para recibir atención médica en un hospital de Cayo Hueso, donde un doctor les dio laxantes para que expulsaran las presillas. Luego los trasladaron al centro de detención Krome, del Servicio de Control de Inmigración y Aduanas.

Dos semanas después, junto a sus familiares en Miami, Daniel contará que ya expulsó la presilla y Alejandro que no está seguro, no la ha visto, pero podría ser que sí. En el centro de detención les dieron unos documentos que no entienden, pero ya tienen cita con un abogado para definir su situación migratoria. "Ya yo estoy aquí, y si mañana me dicen que tengo que virar para Cuba, cojo una sogá y me guindo", asegura Daniel.

A finales de agosto todos hablaban en Baracoa de cómo tres jóvenes, hijos de militares, se habían herido y comido unas presillas con tal de llegar a Estados Unidos. También se supo que se tiró al mar un vecino apodado el *Mal Llevao*, pescador de toda la vida. Se fue además Vivian la dulcera, con su familia. Se supo que los cadáveres del hijo de Gelasio, el de su esposa, su hijo y varios migrantes más fueron encontrados en algún punto del poblado Guanabo, al este de La Habana. Se comenta que los estafaron mientras intentaban salir ilegalmente del país, aunque no existen informes de las autoridades que lo confirmen.

Se conoció además que el barco donde se iba a tirar el nieto de la Gorda fue decomisado por la policía. Pero de todas formas se va a tirar, porque es sabido que quien lo intenta una vez lo intenta dos veces y que todo el mundo se está yendo. El pueblo está triste, y el país más. **U**

RAYOS: BAJO LOS EFECTOS DE UNA ATMÓSFERA ELÉCTRICA

Mar Gómez

Los rayos son una de las manifestaciones más poderosas de la naturaleza y de las más frecuentes que podemos contemplar. Cada día se registran unas 44 mil tormentas que generan cerca de cien rayos por segundo. Estas descargas eléctricas producen millones de voltios, un potencial eléctrico suficiente para suministrar luz a una ciudad de miles de habitantes durante un minuto, si es que logramos algún día aprovechar y canalizar su energía.

Los rayos se pueden originar en casi cualquier lugar de la Tierra. No obstante, existe una zona especialmente propensa a la aparición de tormentas eléctricas. Se trata de un cinturón de más de cuarenta mil kilómetros que rodea a nuestro planeta. Los meteorólogos lo conocemos como *Zona de convergencia intertropical* y está situada entre ambos trópicos, donde el sol calienta la Tierra más que en los polos, haciendo que el aire se eleve y dé lugar a las nubes tormentosas.

Seguro que todos han visto en alguna ocasión un rayo. No obstante: ¿Cómo se forman? ¿Qué daños causan? ¿Cuáles son los más poderosos?

Explicar el funcionamiento de las tormentas en cuyo interior nacen los rayos es un asunto complejo, pero puede resumirse de forma sencilla en tres fases: la de formación, la de maduración y la de disipación. Las tormentas son frecuentes (aunque no exclusivas) en entornos cálidos o durante el verano, ya que necesitan que el sol ca-

E. Mervyn Taylor, *The separation of Heaven and Earth*, 1955. Museum of New Zealand Te Papa Tongarewa © ▶



liente la superficie de la Tierra. Cuando esto ocurre, el aire cálido que hay junto al suelo aumenta su temperatura, por lo que disminuye su densidad. En ese momento, es reemplazado por aire más frío (que pesa más) y comienza a ascender. Durante esa subida, se va encontrando con temperaturas cada vez más bajas, de manera que termina por condensarse y formar nubes, las cuales al principio son bastante inofensivas. Si asciende más aire cálido, esa nube seguirá creciendo y desarrollándose verticalmente, dando lugar a otras con forma de coliflor llamadas *cumulus congestus*. Cuando la nube llega a su máximo crecimiento, forma el famoso *cumulonimbo*, caracterizado por tener forma de yunque en su parte superior y generar en su interior rayos que pueden ir de la nube a la tierra, a otra nube o quedarse dentro de la misma nube.

Todas las descargas eléctricas, incluidos los rayos, necesitan de un campo eléctrico. La atmósfera en sí misma actúa como un dieléctrico, es decir, un aislante, pero está expuesta a radiaciones solares y cósmicas. Estas radiaciones la ionizan, de modo que puede ser más o menos conductora en función de la ionización que reciba en cada región. Este proceso ocurre en la capa de la atmósfera conocida como *ionósfera*, que cuenta con una carga neta de partículas positivas. En situaciones de tiempo estable, la carga de la superficie terrestre es opuesta a la de la ionósfera y, por lo tanto, negativa. Nuestro planeta puede considerarse entonces como un enorme condensador eléctrico formado por la superficie terrestre y la ionósfera ejerciendo de láminas, y el aire entre ellas como aislante. La redistribución de cargas entre ambas corre a cuenta de las tormentas. De no existir,



Sin título, 2020. Fotografía de Timothy Eberly. Unsplash ©

Los rayos alcanzan velocidades muy elevadas y calientan el aire circundante a más de 20,000°C.

este condensador natural se descargaría en unos diez minutos, ya que la carga positiva fluiría hacia la negativa.

Dentro de las tormentas se distribuyen las cargas eléctricas, de forma que las negativas se acumulan en la parte inferior y las positivas en la superior. Al ocurrir este proceso, la superficie terrestre también adquiere mayor carga. Esta diferencia de potencial eléctrico genera una descarga eléctrica, es decir, un rayo, el cual termina impactando en la superficie tras pasar por el camino donde menos resistencia encuentra.

Los rayos alcanzan velocidades muy elevadas y calientan el aire circundante a más de 20,000°C e incluso a veces su temperatura puede llegar a los 30,000°C. Hay que tener en cuenta que un rayo detona una gran cantidad de energía en cuestión de microsegundos. Por ello, cuando se producen, generan una expansión del aire que da lugar al estruendo que escuchamos con los relámpagos: los truenos.

Es importante resaltar que los relámpagos que vemos en el interior de las tormentas son también rayos, solo que en este caso la descarga eléctrica no llega al suelo sino que se da entre dos zonas de la misma nube, entre dos nubes de tormenta o, a veces, entre la nube y una zona de cielo abierto. Esta luz asociada al relámpago es más tenue que la del rayo que va desde la nube a la tierra porque en parte es interceptada por las gotitas y el granizo que hay dentro de la nube de tormenta.

Por otro lado, los rayos tienen un olor bastante característico, asociado al ozono. El ozono es una forma alotrópica del oxígeno, es decir, que este elemento tiene la propiedad de mostrarse en la naturaleza bajo una estructura química diferente. Es un gas constituido por tres átomos de oxígeno y se puede formar cuan-

do una descarga eléctrica muy intensa disocia las moléculas de oxígeno, generando oxígeno monoatómico (O). De este modo, el oxígeno que compone el aire (O₂) se combina con el monoatómico formando el ozono (O₃). Aunque se genera en el transcurso de la tormenta, es fácil que llegue hasta nosotros gracias al viento y nos anticipe que la tempestad está por venir. Y es que no es casualidad que la palabra ozono, procedente del griego *ozein*, signifique 'enviar olor'.

Los rayos pueden causar graves daños cuando caen sobre terrenos, objetos o personas. Si un rayo impacta en un ser humano puede acabar con su vida o provocarle lesiones severas, por lo cual es muy importante saber dónde refugiarnos si una tormenta nos sorprende. De sobrevivir a su impacto, puede generarse en nuestra piel una especie de tatuajes conocidos como *figuras de Lichtenberg*, debido a la ruptura de los vasos capilares que se encuentran por debajo de la piel. Normalmente, dichos "tatuajes", pasado un tiempo, son reabsorbidos por el cuerpo.

Pero además de las descargas eléctricas habituales, existen unos rayos especialmente peligrosos: los dormidos o latentes. Suelen caer en árboles, pero su efecto en ellos no se manifiesta hasta días después y pueden provocar incendios forestales. Esto se produce por la falta de oxígeno presente en el interior del tronco, que ralentiza la combustión.

Los rayos suelen romper sus propios récords. Por ejemplo, el 7 de febrero de 2022 la Organización Meteorológica Mundial (OMM) anunció que un solo *megarrayo*, caído el 29 de abril de 2020, se extendió a lo largo de 767 kilómetros

a través de Texas, Luisiana y Mississippi (Estados Unidos) y se situó en la posición del rayo individual de mayor extensión. El 18 de junio del mismo año, otro *megarrayo* surcó los cielos de Uruguay y el norte de Argentina durante diecisiete segundos, batiendo el récord del rayo individual de mayor duración.

No obstante, el rayo más poderoso jamás detectado no se ha dirigido hacia la tierra. Para encontrarlo tenemos que mirar por encima de las tormentas, en dirección al espacio. Estos fenómenos pertenecen a una serie de descargas eléctricas más grandes en la atmósfera superior, conocidos como *Eventos Luminosos Transitorios*. Dentro de ellos podemos hallar los denominados “chorros azules” debido a su color característico: son brillantes, tienen forma de cono y aparecen desde el tope de la tormenta hasta disiparse a unos cuarenta o cincuenta kilómetros de altitud. Pero no es fácil detectarlos, ya que surgen a una velocidad de 100 km/s y se desvanecen en pocas décimas de segundo.

En un estudio publicado este mismo año en la revista *Science Advances*, los investigadores analizaron un gigantesco chorro azul que salió de una nube sobre Oklahoma (Estados Unidos) en 2018 y llegaron a la conclusión de que esta es la descarga eléctrica más poderosa estudiada hasta la fecha, con un estimado de trescientos culombios (unidad que mide la cantidad de carga eléctrica) que llevó hacia la ionósfera. La cifra es cien veces mayor a la de los rayos típicos.

Este fenómeno, poco habitual e imposible de percibir a simple vista, suele aparecer en entornos tropicales marítimos, sobre el océano y en latitudes bajas durante la temporada de huracanes, cuando las temperaturas de la superficie del mar son cálidas. Hasta la fecha no se había observado nada igual. Se cree que los

chorros azules inician en una ruptura eléctrica entre la región superior de una nube cargada positivamente y una capa de carga negativa en el límite entre la nube y el aire de arriba. Sin embargo, todavía hay mucho desconocimiento al respecto, precisamente por lo esquivos y difíciles de detectar que son.

A veces estos chorros azules van acompañados de los llamados *elfos* y de los *duendes* que, lejos de ser criaturas mitológicas, aquí definen fenómenos bien reales. Los primeros son anillos que aparecen a unos cien kilómetros de altitud. Pueden llegar a ser enormes, con diámetros de hasta cuatrocientos kilómetros como resultado de los pulsos electromagnéticos producidos por las descargas eléctricas generadas en las tormentas. Los segundos —los duendes o espectros rojos— son fenómenos eléctricos muy luminosos de color rojo y con forma de columna, tentáculo o zanahoria. Se producen por encima de las tormentas severas, en la capa de la atmósfera llamada *mesosfera*, entre los cincuenta y hasta los noventa kilómetros de altitud, y horizontalmente pueden llegar a medir cincuenta kilómetros de longitud. Con actividad tormentosa muy alta puede producirse uno cada pocos segundos, aunque lo normal es que ocurran entre los dos y los cinco minutos.

Su formación, aún muy desconocida, se basa en la electricidad atmosférica. Como ya sabemos, en las nubes de tormenta hay una cierta diferencia de cargas entre la parte superior (positiva) y la inferior (negativa) que da lugar a los rayos ordinarios. Pero a veces surgen estos rayos con polaridad positiva, que emergen desde el tope de la nube y son mucho más potentes y peligrosos. En los próximos años esperamos conocer mucho más sobre ellos y sobre su propagación hacia las zonas más elevadas de nuestra atmósfera. **U**

ADOLESCENTE EN OCTUBRE

Sergio Raúl Arroyo

Creo que casi nadie sabe cómo se inserta su pequeña historia en el registro de la gran historia. La cifra minúscula con frecuencia encierra la totalidad. A veces se trata de un impulso que responde a una fuerza poco prevista que fluye a contracorriente o que se desprende de algo inesperado. Nada más lejano de la verdad que la idea de leyes ciegas e inamovibles que dominan la Historia. Algunos de esos relatos mínimos contienen de modo concentrado todo lo ocurrido en la vida de la humanidad e invariablemente aparecen como si fuesen contados por vez primera.

Desde las culturas matrices, hasta los fenómenos y artefactos que caracterizan la trama del presente, los objetos y las genealogías se despliegan en realidades múltiples: mitos, imperios, guerras, máquinas, cosas, documentos y desastres, muchos desastres. Es entonces que buscamos los actos que nos explican en los rincones de la memoria hechos y obras que desdican o confirman nuestros capítulos vitales. En ocasiones, acontecimientos y objetos —materializaciones de toda relación social—, parecen estar dotados de vida propia, inmunes a la voluntad humana.

Elias Canetti nos advierte sobre las trampas que ponen frente a nosotros los poderes que exigen la sumisión como una forma de la muerte, celadas casi siempre envueltas en promesas y futuros incumplidos, en los costos impagables de las revoluciones, en la desmemoria. La se-

Soldado dispara a estudiantes en la Vocacional 7, 1968. El Universal/M68/CCUT/UNAM ▶



milla de esas muertes nada tiene que ver con la muerte simple y llana, llegada como algo consustancial a la existencia, sino que se refiere a aquella muerte abierta en los umbrales de la violencia y en el veneno letal que encierran las mentiras perseguidas, del mismo modo que el caballo de tiro persigue la zana-horia inalcanzable. En todo aquello que recogemos sin ejercicio crítico está el origen de

Miércoles 2 de octubre de 1968. Es una tarde soleada del último tercio de la década de los sesenta. A los trece o catorce años se descifran con demasiada torpeza los frentes descarnados que nos presenta la realidad; una tentativa que me parecía no tendría término: contracultura, rock, literatura contestataria, formas alternativas de ser y pensar, etcétera, etcétera. Poco después de las cuatro de la tarde, el niño-ado-

Alrededor de las cinco de la tarde se alcanza a escuchar el tableteo de los disparos que sonarán casi hasta las once de la noche.

esa muerte que se siembra en el oprobio, en la masificación o en la dorada medianía. Cagnetti manifestó su aversión por los sistemas: cuando un sistema se autoproclama como algo consumado, entonces se cierran miles de ventanas, el mundo enceguece.

Trato de descifrar la historia de mi país, la que me ha tocado vivir, en segmentos intensos pero fragmentarios, a manera de una breve bitácora que describe días y fechas que son el testimonio personal de asombros provistos de preguntas y heridas abiertas. Pero la memoria toma distancia de la historia en tanto está mediada por la fuerza de los sentimientos. Lo sucedido se precipita y forma una constelación de imágenes que dibujan mi destino. Miro la inmensidad desde mi austero observatorio; limpio las telarañas y veo cómo se forma la biografía común que, al lado de otros, me ha tocado habitar. En unos cuantos párrafos intento redactar lo que tras una falsa lejanía vive en mí. Si es verdad que toda realidad nace y termina en un estallido, parte de nuestro oficio y nuestra biografía está en recoger y clasificar los fragmentos sobre los que nos ha tocado transitar. Es ese nuestro espejo roto:

lescente que era, está trabajando en el negocio de su madre. Una hora antes, una tía había hecho una llamada telefónica para advertirles que desde la ventana de su oficina, ubicada en Insurgentes Centro, había visto pasar un convoy militar con rumbo al norte de la ciudad. Sugirió que era peligroso asistir al mitin convocado por el Consejo Nacional de Huelga a las cuatro de la tarde, en la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco.

El muchachito había ido meses antes con sus tíos, apenas mayores de edad, a las marchas gigantescas del 27 de agosto y el 13 de septiembre, dos de las más memorables batallas cívicas que habían transitado por el Paseo de la Reforma y desembocado en el Zócalo. La normalidad se había roto de distintas formas. Un descarrilamiento de la obediencia y de la dócil credibilidad depositada en el gobierno. Madre y tíos, invariablemente inclinados a la izquierda, asumieron con seriedad la advertencia de la llamada telefónica.

El lugar donde se encuentra la casa-comercio estaba a unas diez cuadras de la Unidad No-nalco Tlatelolco, modelo del desarrollo modernizador y de la "época de bienestar". Alrededor

de las cinco de la tarde se alcanza a escuchar el tableteo de los disparos que sonarán casi hasta las once de la noche. Alguien dice: "Los están matando"; la conjugación en presente provoca un sentimiento inédito que me atraviesa, combinación de miedo y frustración. Entonces el universo se convierte en una masa frágil y vulnerable. El *diazordacismo*, uno de los mayores ejemplos de depredación democrática, literalmente concibe al país como la isla intocada en la que se ha detenido la historia. Viene la confusión propiciada, la muerte deliberada, distante de toda ficción. Los signos de la derrota circularán los días siguientes en fotografías de publicaciones semiclandestinas o a todas luces clandestinas, en imágenes que representarán la otra verdad que exige credibilidad, frente a la prensa y la televisión perversamente cooptadas. En *Crónica de la intervención*, Juan García Ponce escribe:

No hay historia, ni verdad, ni mentira. Solo existen fantasmas... los puros espíritus, no porque un cuerpo los alimente, sino porque ellos le dan sentido al cuerpo. Se podían recorrer hospitales y prisiones y prisiones que se negaban a sí mismas como prisiones. Se sabía que alguien había aparecido de pronto... toda institución tenía como único fin negarse a sí misma y esa irrealidad era su realidad, como muy pronto la realidad de la protesta estudiantil sería su disolución... como la realidad de toda persona o de todo suceso concreto se disuelve en el tiempo y la nada.

La historiografía oficial desconoció ese momento de la modernidad mexicana. Tras décadas, el registro solo apareció de modo eventual como una pálida anotación. El jueves 3 de octubre, mi tía Malú y yo recorrimos la plaza de Tlatelolco. Cientos de zapatos en las jardineras

laterales. Cuadrillas de trabajadores de gobierno lavaban la explanada y los muros de los edificios, absortos en la misión de desaparecer las manchas perennes que dejó el autoritarismo priísta. Cito a Walter Benjamin: "Toda imagen del pasado no reconocida por el presente como algo que le incumbe, corre el riesgo de desaparecer irremediablemente." Según Emil Cioran, cada siglo tiene su Edad Media. Puedo potenciar la frase del rumano y constatar que muchos de nosotros, en menos de cien años, hemos vivido más de una Edad Media.

Una vez Carlos Monsiváis me dijo que Díaz Ordaz era el actor Claudio Brook en la película



©Jesús Martínez, sin título [*Paloma de la paz atravesada por una bayoneta*], 1968. Fotografía Oswaldo Ruiz. Colección MUAC/DiGAV/UNAM. Cortesía del MUAC

El castillo de la pureza, el padre severo que encierra a su familia en la casa para que no sea contaminada por la realidad. Años después de ese aciago octubre, me pregunto si en nuestro mundo político no hay quien haya encarnado el papel del histrión Enrique Lucero, el cura linchador de San Miguel Canoa, aquel energúmeno que desde su púlpito atiza su poder y predica a partir de acusaciones y condenas, instrumentalizando el miedo de los creyentes y transformando a las víctimas en culpables.

Alguien calificó el subdesarrollo como la incapacidad de asimilar las experiencias. Los días que siguieron a Tlatelolco vieron surgir la Guerra Sucia que enfrentó a guerrilleros endurecidos con una represión gubernamental cruel e

ilegal. En la misma *Crónica de la intervención*, García Ponce nos arroja una frase terrible: "Una matanza convierte cualquier lugar en un basurero." Casi cuatro décadas más tarde, el adolescente al que hago referencia, desde un lugar de trabajo asignado por la Universidad Nacional, ya con la profesión de etnólogo, excavaría en ese basurero de la Historia. **U**

El 1 de junio de 2022 Sergio Raúl Arroyo recibió la Palma de la Academia Mexicana de Ciencias Antropológicas. Este fragmento corresponde al texto que leyó en la ceremonia quien fue fundador del Centro Cultural Universitario Tlatelolco de la UNAM y responsable del primer Memorial del 68. Una versión extendida del discurso se puede leer en la página digital de la *Revista de la Universidad de México*, disponible en <https://www.revistadelauniversidad.mx/>



Soldados vigilan una fila de detenidos, 1968. IISUE/AHUNAM

MARIE LAURENT: COAUTORA INVISIBLE DE LOUIS PASTEUR

Gabriela Frías Villegas y
Alejandro Heredia Barbero

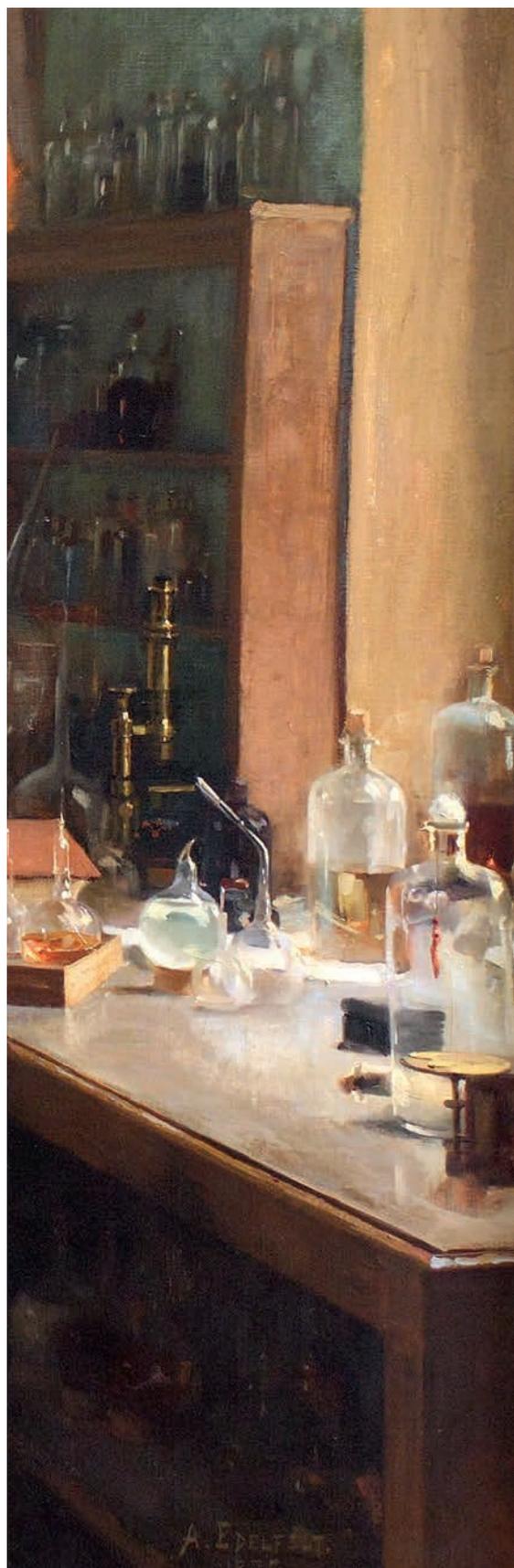
Una noche de invierno de 1862, algunos de los académicos más reconocidos de Francia se reunieron para compartir un suntuoso banquete en uno de los salones del lujoso Hôtel du Louvre de París. En el momento culminante de la celebración, los comensales alzaron sus copas para brindar por el festejado de la noche: el químico y bacteriólogo Louis Pasteur finalmente había sido admitido como miembro de la Academia de Ciencias de Francia. Sin embargo, ninguno de los asistentes se percató de que había una persona más que merecía dicho reconocimiento. Se trataba de Marie Laurent, una mujer excepcional, con una gran inteligencia y una enorme capacidad investigativa, quien trabajó en equipo con su marido Pasteur desde el principio de la carrera de este.

LA HIJA DEL RECTOR

Marie Anne Laurent nació en Clermont-Ferrand (Francia) en 1826. Fue hija de Amélie Huet y de Laurent Aristide Laurent, rector de la Academia de Estrasburgo. Se sabe que desde pequeña fue muy curiosa e inteligente pero, debido a que en esa época las mujeres no podían asistir a la universidad, es poco probable que recibiera una educación formal. No obstante, como su padre fue un cristalógrafo muy reconocido, ella tuvo acceso al trabajo de los científicos más importantes de su tiempo.

Cuando Marie tenía 23 años conoció a un talentoso estudiante llamado Louis Pasteur. Él quedó impresio-

Albert Edelfelt, *Laboratorio de Louis Pasteur* (detalle),
1885. Musée d'Orsay © ▶



nado por la joven y le propuso matrimonio poco tiempo después. Marie aceptó entusiasmada y la boda se celebró en Estrasburgo en 1849. El matrimonio resultaba ventajoso para ambos: ella podría continuar aprendiendo sobre ciencia al lado de su esposo y Louis sería

Aunque Marie aparece retratada como secretaria en el texto anterior, en realidad estaba transcribiendo los textos para comprenderlos a profundidad. Además, estudiaba los trabajos de Eilhard Mitscherlich y leía las actas de la Academia de Ciencias “como si fueran no-

“Ofrezca a Madame Pasteur la mitad de las felicitaciones. Debe estar tan contenta como usted”.

parte de la familia Laurent, lo que le permitiría entrar en contacto con la élite intelectual francesa.

EL VINO DE LOS PASTEUR

Desde que iniciaron su vida como pareja, los Pasteur trabajaron juntos en el laboratorio. Como comenta René Vallery-Radot en su libro *Madame Pasteur*:

Aún más excepcional fue que los estudios de laboratorio no parecieran nunca a Madame Pasteur algo extraño a su hogar. Desde los primeros días gustaba de copiar las notas de su marido y penetrar su profundo sentido. [...] Su ambición, servida por una voluntad digna de las del franco-condado, se cifraba en iniciarse cada vez más en las primitivas investigaciones de Pasteur. [...] De este modo, se decía, llegaré a ser su secretaria, a escribir, al dictado de él, las cosas más difíciles y a aclararlas aún más, por sus reflexiones y sus preguntas. Estaba decidida a enterarse hasta el fondo del primer hallazgo de Pasteur, realizado el año anterior, en 1848, y para conseguirlo se lanzó valerosamente a estudiar la famosa nota del sabio alemán Mitscherlich.¹

velas”. Por otra parte, el “hallazgo” que menciona el biógrafo se refiere a los experimentos que Pasteur llevó a cabo para entender la formación de los cristales en el vino tinto y sus propiedades. Para ello, Pasteur los disolvió en una solución y dirigió un haz de luz hacia ellos. Después de atravesar los cristales, el haz de luz se desviaba algunas veces hacia la izquierda y otras hacia la derecha. Tanto Mitscherlich como el científico francés Jean-Baptiste Biot ya habían observado este efecto y pensaron que indicaba que los cristales tenían composiciones distintas. Sin embargo, Pasteur descubrió que se trataba de la misma sustancia (ácido tartárico), y que si sus moléculas desviaban la luz hacia la izquierda o la derecha era por su simetría especular, es decir, que todas tenían una composición idéntica, pero unas se presentaban como el reflejo en espejo de las otras. Marie colaboró con Pasteur en los artículos que publicó sobre este efecto, y cuando Biot vio publicado uno de ellos, le envió una carta a Louis diciendo: “Ofrezca a Madame Pasteur la mitad de las felicitaciones. Debe estar tan contenta como usted”.

LA CRISIS DE LOS GUSANOS DE SEDA

Marie y Louis acordaron que lo más importante de su vida conjunta sería la investigación científica. Durante los primeros años de su

¹ R. Vallery-Radot, *Madame Pasteur*, Espasa-Calpe, Buenos Aires. s.a.

matrimonio, Marie transcribió y corrigió los manuscritos que se publicaron bajo la autoría de Louis Pasteur. Además, tenía que organizar su casa y cuidar a los cinco hijos de la pareja, de los cuales solo dos llegaron a la edad adulta. La importancia de la colaboración entre los Pasteur se hizo patente cuando, en 1866, Jean-Baptiste Dumas, ministro de agricultura de Francia, le pidió al científico que lo ayudara a resolver un problema que le estaba causando pérdidas millonarias en la industria de la seda: los gusanos estaban muriendo. En el siglo XIX las prendas de vestir confeccionadas con este material se consideraban objetos de lujo y tenían alta demanda. Que la población

de gusanos de seda disminuyera considerablemente significaba una tragedia para los productores.

Los Pasteur decidieron trasladarse con toda su familia a la ciudad de Alès con la esperanza de resolver el problema. Una vez allí, Marie y Louis se percataron de que los gusanos padecían de pebrina, una enfermedad que recibe ese nombre por las manchas cafés que produce en la piel de las larvas, semejantes a granos de pimienta (*pebre* en francés). Como se desconocían sus causas, había que cultivar una gran cantidad de gusanos para estudiarlos. A pesar de que le producían repulsión, Marie se dedicó a cuidar los capullos, pelarlos, contarlos, clasificarlos y



Albert Edelfelt, *Marie Pasteur*, 1899. Wellcome Collection ©

observarlos cuidadosamente. Los Pasteur realizaron varios experimentos con los especímenes y concluyeron que las manchas en las larvas eran causadas por un microorganismo llamado nosema, que es un hongo parásito de la familia de los microsporidios. Además, descubrieron que los gusanos padecían otra enfermedad letal producida por las hojas de morera. Los resultados de estas investigaciones permitieron controlar la epidemia y salvar la industria de la seda en Francia.

LA INMOVILIDAD

El 19 de octubre de 1868 Pasteur tuvo varios infartos cerebrales, lo que provocó que quedara hemipléjico: el lado izquierdo de su cuerpo estaba completamente paralizado y su lado derecho presentaba fuertes dificultades motoras. La hemorragia cerebral le dejó secuelas por el resto de su vida. Estos padecimientos provocaban que su letra fuera indescifrable. A partir de ese momento, Marie fue la encargada de redactar, corregir y editar todos los textos del científico, incluyendo las cartas que enviaba a sus colegas. A pesar de los problemas de salud de Pasteur, la pareja continuó con sus investigaciones conjuntas, con las que llegaron a desarrollar una vacuna contra la rabia. La vacuna se probó por primera vez en un ser humano en 1885, cuando un joven alsaciano llamado Joseph Meister acudió al hogar de los Pasteur después de haber sido mordido por un perro rabioso. Meister narró varias veces el modo en que lo cuidó Marie Laurent durante el periodo en el que se le administraron las catorce vacunas que le salvaron la vida.

EL INSTITUTO PASTEUR

El 14 de noviembre de 1887, y en gran parte gracias a las gestiones de Marie Laurent, se creó

el Instituto Pasteur, cuya misión es “contribuir a la prevención y el tratamiento de las enfermedades, a través de la investigación, la enseñanza y acciones de salud pública”. A la inauguración acudió un Pasteur debilitado y enfermo, acompañado por su hijo Jean-Baptiste, quien tuvo que leer el discurso de su padre. Marie no estuvo presente en el evento, pues se consideró “innecesaria” la presencia de las mujeres en la ceremonia.

Después de la inauguración, Louis y Marie se mudaron al Instituto. Dentro de esta nueva dependencia, Pasteur ya no quería o no podía ser investigador, pues su enfermedad estaba muy avanzada. Se decía que, en sus últimos años, pasaba todo el día en el jardín observando a los transeúntes. El científico murió el 28 de septiembre de 1895. Dejó toda su fortuna a su esposa, incluido su apartamento en el Instituto Pasteur, donde ella continuó viviendo y colaborando con las investigaciones científicas en curso.

Marie Laurent murió a los 84 años, el 23 de septiembre de 1910. Su yerno, René Vallery-Radot la recuerda como “la compañera incomparable del sabio, la que supo consolar y sostener al genial investigador, la confidente de sus descubrimientos inmortales”. No obstante, creemos que Marie merece ser recordada como una de las científicas más brillantes de la historia y coautora invisible de la obra de Louis Pasteur. **U**

Para la escritura de este artículo se emplearon las siguientes fuentes: A. Desquand, *Madame Pasteur: Vivre avec Pasteur au jour le jour*, EDIPSO Communication, París, 2018 y R. Vallery-Radot, *The Life of Pasteur*, Doubleday, Dorian & Company, Nueva York, 1928. Los autores agradecen al Centro de Recursos en Investigación Científica del Instituto Pasteur en Francia y al Departamento de Fisiología y Física Biológica de la Universidad de Virginia.

BAÑOS MINA

Aldo Martínez Sandoval

Siempre me costó saber cómo era un cuerpo; en principio el mío. Ni siquiera recuerdo haberme desnudado frente a un espejo. En ese entonces no sabía si era flaco, gordo o qué; daba por sentada mi anatomía.

La primera vez que observé mi cuerpo fue sobre mi cama: me quité la chazarilla de la secundaria, miré mis pezones, extendí los brazos para que se vieran mis axilas y me contemplé. Pero ni ahí fui consciente de mi imagen. Mi cabeza se ocupaba en otro asunto: cómo podía ser tan sensual para que los hombres se excitaran al verme.

Todos los días después de la secundaria, ubicada en el centro de la Ciudad, pasaba a comer al trabajo de mi madre. Al principio la esperaba a que terminara su jornada, pero luego me permitió regresar solo hasta nuestro hogar. Muy pronto descubrí el último vagón del metro capitalino, donde se congregan los homosexuales para tener encuentros eróticos.

El sexo clandestino es el pan de cada día en ese transporte. En ocasiones hay simples roces; en otras, sexo oral; a veces mucho, mucho más. Todo depende de la cantidad de gente en el vagón, de la complicidad entre los cuerpos y, claro, de sus niveles de deseo. Los códigos para ofrecerlo son variados, pero se aprenden rápido: algunos se sostienen la mirada mientras tocan su entrepierna, otros sonríen y guiñan ojos o, en las horas pico y con la muchedumbre, hay quienes simplemente se besan y bajan los cierres de los pantalones sin prestar demasiada aten-



Joseph Stella, *Elevated Railroad*, ca. 1920-1922 © ▶

ción a quién es el otro. El sexo acompaña cada día a muchos hombres en sus viajes.

En uno de esos recorridos sucedió. Yo estaba sentado y, justo frente a mí, recargados en la puerta, vi a dos hombres distintos en complejión, tono de piel y estilo de seducción.

El primero alto, moreno, con músculos y "poco agraciado". Pants azules y playera sin mangas. Me miró fijamente y levantó su brazo, dejando ver su axila, mientras pasaba su lengua por la zona. Era un ataque directo, sin lugar a confusiones. 38 años, quizá.

El segundo más joven, unos 28 años. Con audífonos y tez clara. Playera roja, jeans roceros. Guapo. Con una estrategia más sutil:

observaba los movimientos del otro y, cuando yo lo miraba a él, perfilaba una sonrisa. Podía estar sujeto a interpretación.

Sabía que los tenía en el bolsillo a ambos; quien escogía era yo. Frente a esa clandestinidad, contaba con el superpoder de la juventud. Nadie me dijo que era así, pero a mis trece años podía darme cuenta de que los hombres morían por mí más de lo que yo por ellos.

Dejemos claro algo: no soy horrible, pero tampoco soy occidentalmente bello. Yo no era un púber hermoso. No les llamaban la atención mis facciones gruesas, mi nariz ganchuda, ni el bigote incipiente que no sabía rasurar. Pero, aún así, aunque me doblaran o triplicaran la edad, el poder de decisión estaba en mí. A pesar de ser el espacio de encuentro más socorrido en la Ciudad, pocos chicos tan jóvenes se aventuran en él y se convierten en un platillo exótico. Ahí estaban, el joven y el moreno. De no ser competencia, ambos habrían sido buena opción. Por entonces no se me ocurría que este era un juego que también se podía practicar en trío.

Estábamos en la línea tres del metro, dirección Indios Verdes. Yo debía bajar en Guerrero, pero ya me había pasado hasta La Raza. Dos estaciones, ¿qué tanto es tantito? El moreno musculoso me indicó con la cabeza que bajáramos en la siguiente parada. Me levanté y fui hacia la salida. Al parecer, había un ganador. Pero cuando él bajó, yo me quedé en el vagón. Volteó extrañado y vio las puertas cerrarse.

Entonces mis ojos se clavaron en el chico que tendría la edad que ahora tengo yo. Me sonrió sorprendido y descendimos juntos en la estación 18 de Marzo. No recuerdo la conversación exacta, pero en algún momento me preguntó si sabía de algún lugar.

Normalmente todos mis encuentros sucedían dentro del metro. Siempre fui obediente



©Ana Segovia, *Regaining Lost Confidence*, 2019.
Cortesía de la artista

con la percepción familiar —cada vez más errónea— de que ahí estabas más seguro que en la calle. Pero él me ofreció salir. Creo que tuve buen ojo, o mucha suerte al momento de escoger con quién rompía los protocolos. De lo contrario, tal vez no estaría escribiendo esto.

Nos fuimos en la dirección opuesta (hacia Universidad) y bajamos en metro Hidalgo. Salimos del lado de la colonia Guerrero. Él tenía

ninguna de las preguntas que pensé que me bombardearían: “¿Tú quién eres?” “¿Y tu mamá?” “¿Qué edad tienes?” Fui tras el chico y subimos las escaleras sin cruzar palabra, como los desconocidos que en realidad éramos.

En el piso siguiente tres hombres de mantenimiento platicaban. Me fijé en uno de ellos sentado en un bote de plástico. Era gordo, ya grande y algo feo. Quizá en su juventud no lo

El problema no residía en la homosexualidad sino en la edad, porque estos, como muchos otros baños, eran de ambiente.

claro el destino. Avanzamos algunas calles hasta que finalmente llegamos al sitio de los extintos Baños Mina.

Unos pasos antes de entrar se detuvo y dijo que teníamos que ingresar por separado. Me dio cincuenta pesos y se adelantó. Fui detrás, observando cada movimiento. Había que ser tonto para no darse cuenta de que estábamos llegando juntos, pero supongo que su carta de salvación en caso de problemas era simplemente decir “ni lo conozco”. El problema no residía en la homosexualidad sino en la edad, porque estos, como muchos otros baños, eran de *ambiente*; se aparentaba que no, pero los encargados permitían el desenfreno en su interior siempre y cuando no fuera demasiado descarado. Hablando con varias personas, supe que los Baños Mina fueron de los lugares de encuentro más populares, aunque considerados de baja categoría. En ese entonces yo no sabía nada de esto.

El chico rockero llegó a la ventanilla, pagó sus cincuenta pesos, dijo “uno”, le dieron un boleto, una toalla y entró.

Caminé hasta la misma ventanilla y también dije “uno”, agregando un “por favor”. No hicieron

fue, pero entre más joven eres la vejez parece más despreciable, el horror, un destino al que aspiramos pero al que nadie quiere llegar. Entonces no pensaba “algún día seré como él, y seguiré deseando”, simplemente me centraba en su fealdad y en cómo me miraba violentamente. Tal vez no me juzgaba, sino que me compadecía, o me felicitaba.

Llegamos a un pasillo con muchas puertas. El chico abrió una de esas cabinas y entramos a un cuartito con una cama que ni a individual llegaba. Cerró la puerta con un endeble pestillo y por fin dejamos de estar a ojos de todo el mundo.

Más largo que ancho. Lámparas blancas. Color crema en las paredes sucias. Me senté en el camastro. Levanté su playera y besé su abdomen. Comencé con el oral. En cierto momento, él me levantó, tocó mis nalgas, y yo entendí lo que seguía. Era algo que me ponía los pelos de punta, así que simplemente dije “sin penetración”.

Así de mecánico. De poco orgánico. “Penetración”. Una palabra de cadencia artificiosa. Pero es como mi cerebro lo formuló. “Sin penetración” en lugar de “sin que me la metas”.

Penetración que está hermanada con *perforación*, con *intrusión*.

Asintió. De su mochila sacó una botella de lubricante y me pidió que me volteara mientras se ponía un condón. Yo confiaba; algo me decía que no iba a hacer nada que yo no quisiera. "Inocente", "pobre amigo", pensaría cualquiera, pero el chico fue honesto. Sin pantalones, recostado boca abajo, puso lubricante entre mis nalgas y comenzó a frotarse. Solo deslizaba, raspaba sin hacer esfuerzo por entrar. Yo pensaba en el condón y repetía en mi cabeza "si lo intenta, tengo que zafarme", pero no lo hizo. Supongo que el condón era por higiene; a esa edad, poco se sabe sobre la limpieza previa al sexo anal.

Él terminó viniéndose, no sé si por excitación o compromiso, porque la verdad es que yo me encontraba en calidad de bulto. No me movía, no gemía, no paraba el culo. Si fuera entre adultos, al día siguiente hablaría con sus amigos de la mala cogida que tuvo, pero, ¿qué esperaba? ¿Una *geisha* Lolita?

Nos vestimos. Me dijo que pensó que me iba a ir con el otro tipo del metro. Yo le dije que no, que me gustaban más los hombres como él. "¿Como yo?" Sí, el otro estaba muy ponchado, tú estás más llenito. Puso cara de desaprobación, pero no dijo más. Quizá no era llenito, quizá tenía buenos músculos y no me di cuenta, pero qué podía esperar de mí, que ni siquiera entendía mi cuerpo; de mí, que pensé que tenía la nariz recta y la piel clara hasta los 17 años.

Salimos del cuartito. A mi derecha, una puerta conducía a las regaderas. Me preguntó si quería bañarme. Le dije que no, cosa que no sé si lo decepcionó o le pareció desagradable, pero en verdad no quería; no me sentía sucio y, al igual que la higiene previa, la posterior

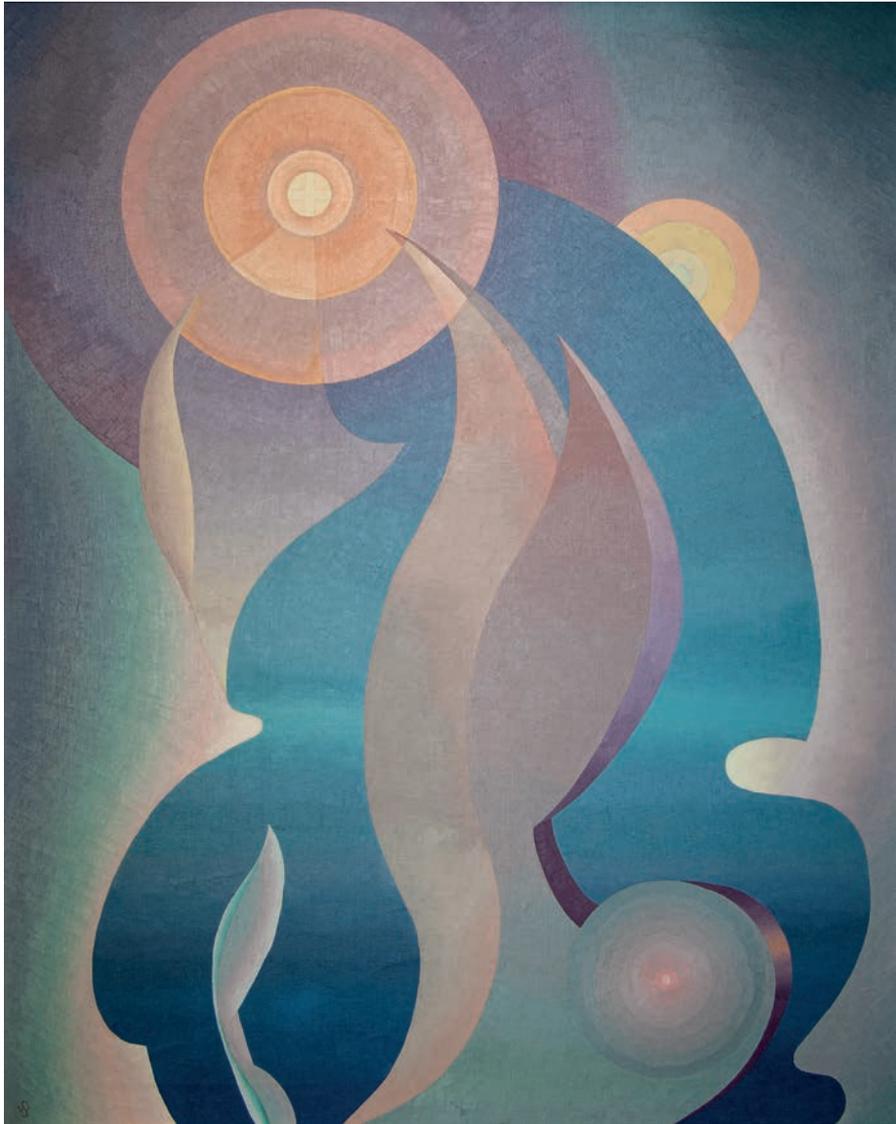
al sexo gay tampoco era mi fuerte. Salimos del lugar.

Camino del metro se detuvo en una tienda a comprar un cigarro. Me preguntó si quería algo y yo tomé una paleta *tutsi-pop*. Era evidente que él ya no estaba cómodo. No sé si le molestó que sí quisiera algo, o que desperdiciara cien pesos en un orgasmo mediocre, o que le llamara llenito. Desenvolví mi paleta, me la metí en la boca y ese es mi último recuerdo. No sé cómo ni en dónde nos despedimos. Por un par de días deseé verlo nuevamente, pero no sucedió.

Desde entonces no he vuelto a entrar a un baño de vapor a pesar de que se habla mucho sobre lo entretenidos que llegan a ser: los hombres contratando masajistas y pidiendo que les lleven comida a los pequeños cuartos, las áreas comunes con chicos de distintas complejiones dejándose mirar mientras se autoerotizan. Es verdad que no era un sitio exclusivo para homosexuales, pero como muchos otros espacios, como el último vagón del metro, la comunidad se lo apropió.

Sí, solo una vez entré a ese sitio y lo último que hice fue bañarme. ¿Y si lo hubiera hecho? ¿Si hubiera aceptado entrar a ese cuarto con las regaderas? ¿Él me habría presumido como a un trofeo? ¿Los demás hombres habrían intentado acercarse? ¿Habría terminado en algún otro cuarto? ¿O hubiera descubierto que el juego podía ser de tres, de cuatro y hasta más? Nunca lo sabré. Igual que no sabré si fui afortunado o no de jamás volver a cruzar esa puerta que se encontraba fuera de la seguridad del metro. **U**

Stuart Walker, *Composición 55*
(*Convergencia*), 1939 © ▶



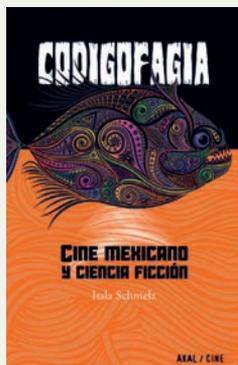
CRÍTICA

CODIGOFAGIA. CINE MEXICANO Y CIENCIA FICCIÓN

ITALA SCHMELZ

DEGLUTIR PARA RECREAR

María Paz Amaro



Akal, CDMX, 2022

En 1928 Tarsila do Amaral obsequió y dedicó a su marido, Oswald de Andrade, su afamado cuadro *Abaporu*, que hoy se exhibe en el Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires (MALBA) como parte de la colección de Eduardo Constantini. Esta obra constituye la metáfora social de lo que la pintora percibía entonces de la sociedad brasileña y de su deseo por generar una conciencia nacional para la creación de una nueva identidad. En *Abaporu* contemplamos la imagen sintetizada de una otredad humana que enfatiza la explotación de las naciones latinoamericanas a causa del acelerado régimen industrial: una cabeza disminuida — como si fuese el resultado de una reducción jíbara — en proporción a manos y pies desmesurados. *Codigofagia*, de la teórica y curadora Itala Schmelz, plantea algunas claves que encuentran ciertas correspondencias con el *Manifiesto Antropófago* de Andrade y el escenario de este cuadro vanguardista. En el caso de Andrade, con el resultado híbrido de una cultura de vanguardia europea que fue ingerida por los artistas brasileños para dar lugar a otra; en el de *Abaporu*, con la alegoría de lo considerado como alienígena en tanto extraño, extranjero u otro.

Alejada de toda solemnidad, Schmelz recrea la historia del cine de ciencia ficción producido en México desde una perspectiva singular: deglutir para recrear. *Codigofagia* mueve a hacernos preguntas vitales en torno a nuestro sino contemporáneo con la ayuda de referentes nacionales y latinoamericanos como Carlos Monsiváis y Bolívar Echeverría, o de teóricas como Sayak Valencia y Mariana Botey. La autora aborda un momento específico en la larga carrera intelectual de Monsiváis, en que este se vuelve parte importante y activa de la crítica cinematográfica no-hegemónica de la producción nacional. En el caso de Bolívar Echeverría, utiliza su versátil teoría sobre el barroco novohispano a fin de desmadejar su hipótesis: la existencia de un cine que derivó de la copia del cine norteamericano para convertirse en uno con características propias. Hacia el final del libro, las apostillas de Valencia y Botey se relacionan con el cine de ciencia ficción reciente, íntimamente involucrado con la situación sociopolítica actual. A lo anterior se suma la reformulación de las preguntas incómodas que, hace décadas, académicas

y artistas de la talla de Donna Haraway se hacen respecto de la ciencia ficción como producción teórica: el cine en cuestión bien puede ser el "hijo bastardo" de las nuevas tecnologías que surgieron de la vigilancia militar. Como el cyborg de Haraway, este género fílmico es infiel a su origen.

El libro inicia con el análisis paródico de la filmografía de mediados del siglo XX, atraviesa la intelectualización del género en publicaciones como *Snob* y *Crononauta*, para arribar en el cine gore de directores como Emiliano Rocha Minter o Amat Escalante. El esfuerzo, aunque a pequeña escala, recuerda al compendio cinematográfico *El cine como arte subversivo* hecho por Amos Vogel tras el macartismo norteamericano. Entre tantos fenómenos *post*, *neo* y *tardomodernistas*, una vez más se replantea la pregunta acerca de la vanguardia formulada por investigadores recientes del arte y la cinematografía.

Schmelz evidencia causas comunes no solo con la tesis antropofágica de Oswald de Andrade, remontándose a enunciar los clásicos fundacionales del cine de ciencia ficción como *Aelita, reina de Marte* (Yákov Protazánov, 1924), para luego compararlos con producciones nacionales como *Gigantes planetarios* (1965) de Alfredo B. Crevenna y sostener así una dialéctica interesante articulada por la *Fenomenología del relato*, del filósofo mexicano Jorge Portilla. En *Aelita*, al igual que en el filme de Crevenna, el trasfondo chusco de determinadas escenas es necesario en un sentido existencial, en aras de soportar la transición del proyecto que allende imponía la modernidad como sistema político y tecnológico.

La cara de la moneda que siempre resulta más oscura y más oxidada es, realmente, la más atrayente. *Codigofagia* denota la indisoluble relación de un ala literaria y la cinematografía discordante del *mainstream*, al tiempo que sostiene la importancia de escritoras como Octavia Butler, Julia Kristeva o Ursula K. Le Guin, toda vez que Schmelz demanda la evidente urgencia de directoras noveles nacionales a cargo de este género fílmico.

Las reflexiones de Schmelz pueden ayudar a sobrellevar la vida en términos existenciales, mientras recupera proyectos artísticos como el *Programa Espacial Autónomo Intergaláctico* zapatista, en virtud de que, frente al narcogobierno y la tesis comprobada de que la realidad supera a la ficción, aún existen posibilidades de rehacer la vida tras la catástrofe.

Frente al cine predominante de corte hollywoodiense, la lectura de Schmelz nos recuerda la labor del recién fallecido Hakim Bey, estribo



Cartel de la película *Barbarella* (detalle), de Roger Vadim, 1968

ineludible del pensamiento contracultural: si bien el héroe de las películas o los cómics —no importa si estos son *lado B*— han provisto de su faceta marginal a las últimas retóricas masivas de plataformas y *streamings*, la autora recupera la inventiva y los imaginarios ancestrales de las películas nacionales que brotan como resultado del trauma colonial. Es el revés de la historia el margen más interesante ya que, por residual que resulte, posibilita hoy más que nunca la introspección del *ethos* mexicano (en caso de que exista alguno), polimórfico y variable sin lugar a dudas.

En la glosa de Schmelz se subraya un factor vindicativo frente a la interpretación común de la historia oficial del mundo generalmente propagada por el cine comercial. Gracias a la interseccionalidad y otras nuevas metodologías de interpretación, la porosidad del argumento blando vuelve a ponerse a contraluz para revelar su faceta más compleja luego de que pensadores como Frantz Fanon, Édouard Glissant, Gayatri Chakravorty Spivak y Arjun Appadurai interpelaran el discurso hegemónico.

A la objetivización que el cuerpo femenino sufrió desde *Barbarella*, Schmelz confronta una elaboración teórica divergente que, como el ser alienígena de *Abaporu*, percibe a los entes trans, a los indígenas y a la mujer en apariencia anodina o a la niña insignificante, como los seres capaces de ofrecer posibilidades de emancipación. Por paradójico que resulte y contrarrestando el reciclaje de utilería a la par de presupuestos cada día más irrisorios, el ingenio y la improvisación que caracte-

rizan las producciones nacionales de este género logran posicionarlo como una alternativa que se burla de los excesos del cine comercial. La creatividad logra desarticular la supremacía incluso para desmontar una propaganda capitalista en decadencia. *Codigofagia*, de Itala Schmelz, nos recuerda, tal y como antes lo hicieron Amaral, Andrade, Monsiváis y otros tantos, que es en la periferia donde se encuentran las claves de nuestra supervivencia. **U**

CARMEN BERENGUER. PLAZA TOMADA. POESÍA (1983-2020) SELECCIÓN Y PRÓLOGO DE CLAUDIA POSADAS

TOMAR LA PLAZA DEL LENGUAJE PARA RECUPERAR EL HABLA

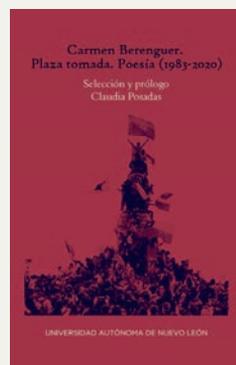
Carmen Villoro

|

La poesía de Carmen Berenguer se lee al aire libre, al aire libro, al verso libre. La leo caminando, así, en gerundio; la leo escrita en las bardas como un grafiti, la leo en voz alta porque es sobre todo voz que se levanta desde el dolor para decir “estoy parada y viva y hay harta poesía por delante”.

Allá en mi juventud se decía que la poesía que abordara lo social podría ser panfletaria, que era un desacierto formal. La poesía de Carmen Berenguer nos muestra que la fuerza estética de la poesía documental está en la vivencia emotiva de los hechos consignados. Qué poderosa es su palabra cargada de sentido. Qué lección de poética nos deja cuando lo que se quiere decir es inefable y se recurre a la creación de un idioma distinto, incomprensible desde la sintaxis y la gramática ortodoxas, pero profundamente movedor de fibras en los registros del cuerpo y de los afectos.

Poesía neobarroca algunas veces, “neobarrioca”, dice ella, porque tiene mucho de barrio y de ciudad quebrada. Otras veces, poesía que anda suelta, disfrazada de prosa, *crónica* que le ha dado vida, porque hay poemas que sangran como heridas que seguirán manando. Poemas que cantan en mapuche los hilos de las madres y las abuelitas y las madres de las abuelitas. Qué red de resistencias tejida por las generaciones de mujeres. De ahí su *verba*, su afirmación genérica ante



Universidad Autónoma
de Nuevo León,
Monterrey, 2021

una "literatura macha y occidental", como dice Berenguer, su recuperación de los labios como instrumento musical duplicado en el cuerpo femenino.

Una poeta, Claudia Posadas, nos da a conocer la poesía de otra poeta, Carmen Berenguer. Una mexicana y la otra chilena: la hermandad latinoamericana se respira en la atmósfera que abriga este libro color vino y sangre.

Carmen Berenguer. Plaza tomada. Poesía (1983-2020) es una recopilación de textos a lo largo de la vida y la obra de la autora con la que podemos hacernos una idea bastante amplia de su propuesta poética. Se trata de una antología especial porque su orden no es cronológico, como estamos acostumbrados, sino que se presenta en bloques temáticos elegidos por la antologadora. Al estilo de una curadora de arte y museógrafa, Posadas detecta contenidos que se repiten a lo largo de los libros de Berenguer y constituyen un *ethos*, una postura estética o política, una poética personal; contenidos a veces manifiestos y a veces latentes que la compiladora sabe distinguir con su mirada *detectadora* de metales preciosos.

Confieso que tuve que luchar con mi ortodoxa y obsesiva manera de leer antologías en orden cronológico y con la ansiedad de avanzar en la lectura sin la certeza del año de creación del poema acompañándome como una brújula. Sin embargo, eso me permitió adentrarme en el proceso de edición. "¿Has leído la poesía de Carmen Berenguer?", parece preguntarme Posadas. "No con tus ojos", sería mi respuesta, tomada de un psicoanalista que contesta esto cuando alguno de sus pacientes le pregunta si ya vio tal o cual película. Entonces, leer esta antología es abordar la obra de Berenguer intervenida, recolocada, con el peso y contrapeso que da el orden y el agrupamiento propuestos por Posadas.

Así, el primer conjunto abre con un poema de título "Anticristo" y muestra aquellos textos que recogen la voz del pueblo en una plaza. Ser voz de voces es uno de los atributos de esta poesía no solo en este apartado, sino siempre. Pero la plaza tomó aquí un lugar protagónico como símbolo del espacio urbano donde se concentra el dolor que drena por las calles de la ciudad herida.

Aquí el espacio público es visto como el espacio natural de la denuncia y la resistencia. La escritora chilena se suscribe como una ciudadana común, testigo y parte de los acontecimientos. Al mismo tiempo

se sabe voz de su tiempo, alguien que ha de levantar la palabra propia que otros seguirán:

Con tres heridas Carmen Berenguer surca esta poesía. La del género, la de la pobreza, la del poder. El segundo apartado que Posadas nos presenta congrega los textos que son un cuestionamiento de los órdenes opresivos. Dice Berenguer en "Ruinas": "Aparecen las sombras criminales", en todos los lugares concretos, cotidianos, abstractos e imaginarios: "en la azucarera, en la mermelada", "en medio de estas páginas", "en el temblor de tu sonrisa en ese espejo del baño". Es el terror sin nombre que se apodera del tiempo de mujeres y hombres en tiempos de violencia. Representados por la imagen de los cuervos tomada de la poesía de Vicente Huidobro, los opresores destruyen todo menos la palabra que redobla en su garganta el relato de los oprimidos. La palabra escrita adquiere la fuerza del canto negro y de la frase pintada en la pared como un grafiti. Por eso algunos textos de Berenguer acuden a formatos performáticos y visuales.

La tercera sala de exposición es en realidad un sótano oscuro. El tema que ocupa estos poemas es el cuerpo lastimado. Y está escrito con excretas en un muro, como lo hizo Bobby Sands, el joven irlandés protagonista del primer poemario de Carmen Berenguer, *Bobby Sands desfallece en el muro* (1983). Porque se trata de registros corporales de tortura, la poeta tiene que acudir a nuevas formas de nombrar la experiencia ahí donde el lenguaje discursivo no es suficiente. Tengo la impresión de



Protesta en Chile, 2015. Fotografía de ©Fernando Jorquera Brito. Flickr

que la necesidad de hablar del horror corporal es lo que la lleva a una instrumentación experimental del lenguaje que roce la vivencia innarrable. Es la experiencia del cuerpo la que detona esa *verba* de la que se servirá también el discurso feminista.

La postura de género es el eje alrededor del cual toman su lugar los textos elegidos para este apartado. La poeta cuestiona desde diversos ángulos el papel que se le ha adjudicado a la mujer en el sistema patriarcal y denuncia las atrocidades de las que ha sido víctima. En esta poesía toman la palabra las encarceladas, las expatriadas, las pordioseras, las violadas, las sometidas. Están todas: las putas, las esposas, las activistas. Está también una nueva *habla* que las vocifera.

El apartado quinto es el de la nueva esclavitud: el progreso, el mercado y el dinero invaden la ciudad con un discurso urbano. La poeta levanta una plegaria que se llama "Santiago Punk", en la que enumera los cuerpos extraños de la urbe que se han vuelto familiares y se han mezclado con los ingredientes de la cultura mestiza, un mestizaje otro, una conquista diferente del territorio a fuerza de tecnología virtual y de actualidad. Y otra vez la plaza donde este rezo crítico es aullado.

Lola Ridge y Gertrude Stein son artistas que Carmen Berenguer emula para crear un modo de decir que rompe la sintaxis conservadora y alcanza otros registros de comunicación más emotivos y propositivos. Porque "la literatura chilena es macha y su estética occidental", la autora se permite pronunciar escribiendo y "redoblando el paso de lo que digo". Aquí la oralidad tiene una participación en esta escritura que es balbuceo y charla y grito y sobre todo baño sonoro que alivia del silencio impuesto y el del canon enajenante. Por eso exclama:

Majestuoso silencio que de nada sirve.

Para eso tengo la palabra.

Claudia Posadas ha resguardado en otra habitación los textos autobiográficos de Carmen Berenguer. Lo "Biográfico-ficticio", como les llama la antologadora, porque en literatura nunca se sabe la realidad de los hechos, pues lo que importa es su verdad emocional. En estas páginas aparecen las mujeres que son linaje: abuelas, madres, tías, así en plural, porque también son las transmisoras de voces milenarias que han llegado hasta estas páginas como un legado transgeneracional. La familia y la patria son esos recuerdos cotidianos contados como escenas en la trama de un diario. "Lo personal es político", dice Posadas en su

prólogo y tiene razón. La intimidad está marcada por un contexto social que la contiene. La poesía de Berenguer se posiciona como una “hiperconciencia” de las decisiones y un compromiso con ellas.

El último apartado recobra el tema de la plaza pero ahora resignificada como espacio de dignidad a partir de las protestas de 2019 y de la toma del ágora por el feminismo. La mujer sublevada es el pueblo sublevado. Lo femenino toma la plaza del lenguaje y lo hace inclusivo para recuperar el habla. La mecha está encendida. Gracias a la antologadora por invitarnos a esta *Plaza tomada*. **U**

Texto leído durante la presentación del libro en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, 2021.

CRÍMENES DEL FUTURO

DAVID CRONENBERG

LA MUTACIÓN DE DAVID CRONENBERG

Abraham Villa Figueroa

La carrera de David Cronenberg es destacable por varios motivos. Hay un espíritu preciso y sobrio en su interés por el lado oscuro del alma. Así como la sofisticada investigación médica del Dr. Keloid, que tenía como objetivo mejorar la regeneración de los órganos vitales, culmina en una plaga de asesinatos y locura en *Rabia* (*Rabid*, 1977); y los gemelos Mantle, ginecólogos respetados y profesionales, descienden inadvertidamente hasta el delirio y el homicidio en *Pacto de amor* (*Dead Ringers*, 1988), la compostura del estilo de Cronenberg es la antesala que permite traer a la luz las pulsiones violentas y amorales que bullen tras la apariencia racional de normalidad.

Después de dedicar tantas películas a explorar la desmesura de algunos deseos humanos, es significativo que en su último filme, *Crímenes del futuro*, Cronenberg establezca una diferencia sustancial en el tono y el sentido con los que había tratado ese tema. En esta película hay mutilaciones de la carne, pero son precisas, convenientes, una manifestación libre y positiva de la personalidad. También se presentan mutaciones descontroladas, pero su culminación trae gozo y esperanza a quienes las sobrellevan. Persisten las atmósferas ambiguas y tenebrosas, pero un



sentido del humor burlón las atenúa. Se trata, por lo tanto, de un Cronenberg muy diferente. Algo ha cambiado aquí.

La película cuenta la historia de Saul (Viggo Mortensen) y Caprice (Léa Seydoux), un par de artistas cuyos performances consisten en realizar ablaciones quirúrgicas en vivo. Saul padece una extraña condición: su cuerpo genera espontáneamente órganos nuevos, sin funcionalidad aparente, que estorban al resto de su sistema interno. Caprice extirpa estos órganos y los muestra a la audiencia: son la creación original y auténtica de Saul, su obra de arte más personal. Una noche, un hombre misterioso llamado Lang intercepta a Saul en la calle y le hace una propuesta: que lleve a cabo la autopsia del cadáver de su hijo, Brecken, en uno de sus performances. Lang quiere que el mundo conozca y acepte la naturaleza de Brecken, quien nació con un sistema digestivo que le permitía alimentarse de plástico.

Esta habilidad no es enteramente extraña. Hay muchas personas que, como Saul, padecen el crecimiento espontáneo de órganos nuevos pero, a diferencia del artista, que los exhibe para obtener fama y prestigio (no pocas veces la película ridiculiza la figura del artista reverenciado y su ámbito), prefirieron dejarlos crecer libremente dentro de sí. De esta forma descubrieron que los cambios de sus organismos conducían a una nueva etapa de la evolución humana: abandonar el consumo de



Fotograma de la película *Crímenes del futuro*, de David Cronenberg, 2022

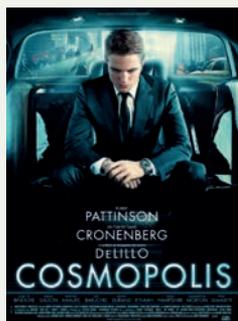
materia orgánica y adaptarse al de materiales sintéticos, habilidad conveniente en un mundo contaminado y lleno de basura. Sin embargo, no es suficiente permitir que los órganos nuevos se desarrollen sin obstáculos para que los mutantes puedan comer plástico, pues requieren una complicada intervención quirúrgica que consolide los nuevos órganos en un sistema funcional. Debido a este último paso, muchos piensan que no se trata de un cambio natural en el desarrollo de la humanidad, sino más bien el capricho injustificado de algunos excéntricos. La policía persigue a las personas come-plástico, quienes sufren el odio y la discriminación del resto de la sociedad. Djin, la madre de Brecken, fue quien lo asesinó. Lo consideraba una bestia inmundada y perversa debido a sus degenerados hábitos alimenticios. El niño era doblemente especial. A diferencia de su padre y de otros humanos come-plástico, Brecken no requirió de una cirugía para modificar su sistema digestivo. Él nació perfectamente funcional. Para Lang, esta es la prueba definitiva de que los come-plástico no son engendros artificiales *contra natura*. Aspira a que el mundo contemple las entrañas de su hijo y se convenza de su normalidad.

La propuesta produce sentimientos encontrados en Saul y Caprice. Él no aprueba las mutaciones espontáneas del cuerpo (y por ello las extirpa del suyo, además de que coopera activamente con el gobierno y la policía para informar sobre su círculo de conocidos). A ella el cadáver del niño le produce desconsuelo. Al final, sin embargo, deciden proceder con la autopsia, que causa gran pasmo a los asistentes del evento y hace que Saul adopte una actitud diferente respecto a los cambios de su organismo.

En varias escenas observamos que Saul padece dificultades para comer, quizás como efecto secundario de someter su cuerpo a un intenso régimen quirúrgico. Después de su contacto con Lang, es evidente que la causa de las dificultades reside en que su cuerpo ha comenzado a evolucionar hacia el consumo de plástico. Derrotado por el malestar que le provoca ingerir un plato de vegetales, acepta la propuesta de Caprice y come una barra de plástico. Tan pronto ingiere el primer mordisco, el malestar desaparece. Su rostro expresa un enorme gozo, acompañado de una lágrima de satisfacción.

Cronenberg siempre ha sido un buen narrador y esta no es la excepción. El escenario elegante y tétrico de estos artistas se presenta paulatinamente, mediante la exhibición de detalles relevantes y sin abandonar las caracterizaciones. Hay algunos diálogos en exceso expositivos, pero las circunstancias extravagantes disculpan la enfática habladería





con la que los personajes discurren directamente sobre la lógica interna del mundo fantástico que habitan. El sarcasmo asociado a la neurosis de algunos personajes otorga además cierto encanto y ligereza a su ánimo autorreflexivo.

Un tono optimista permea la película. Incluso las escenas más explícitas y sangrientas carecen de un lado negativo o contradictorio para los protagonistas: la abertura que hacen a Saul en el vientre sirve para aumentar el placer sexual en su relación con Caprice, a la vez que el performance de automutilación facial que realiza una amiga inspira a Caprice a buscar mayor independencia artística de Saul. Casi al comienzo de la trama, un par de burócratas nerviosos y desangelados nos explican que ahora las personas son inmunes a las enfermedades infecciosas y poseen un elevado umbral de dolor. Podemos inferir entonces que ninguno de los artistas corporales correrá un grave peligro durante el desarrollo de la película.

Las mutilaciones y mutaciones que abundan en las películas previas de Cronenberg son grotescas. Aquí no dejan de causar un poco de repulsión, pero no representan ninguna amenaza real para los protagonistas. Al contrario, les producen un enorme placer gratuito, favorecen su expresión personal, les dan satisfacción creativa, fama y quizá incluso les prometen un futuro mejor: no se ignoran las ventajas ecológicas que trae consigo la adaptación de los humanos a comer plástico. El ambiente sibarita de Saul y Caprice no es autodestructivo, aunque haya cuerpos mutilados. Se trata de hedonismo puro, pues no hay daño real.

En las dos películas anteriores de Cronenberg —*Cosmópolis* (*Cosmopolis*, 2012) y *Mapa a las estrellas* (*Maps to the Stars*, 2014)—, los protagonistas también son individuos exitosos, sofisticados y un tanto cínicos, pero inmersos como están en una vida de decadencia moral y colectiva, se dejan llevar por pasiones que los conducen al asesinato y al suicidio. En *Crímenes del futuro* no hay una fuerza autodestructiva similar. Saul culmina la película entrando a una nueva vida que augura ser más satisfactoria.

Cronenberg tiene ya 79 años y tras una larga y exitosa carrera pertenece al selecto grupo de cineastas que pueden filmar lo que quieren. No digo que sea arbitrario. Literalmente: parece que filma lo que ama sin preocuparse por convencer a nadie. La sencillez y franqueza con las que desarrolla varios de sus temas predilectos en *Crímenes del futuro* difieren de la agudeza emocional y psíquica de sus filmes anteriores. En esta película elabora un gusto por lo siniestro más superficial y asume un tono irónico, a veces frívolo, ajeno a la hondura con la que antes se

acercó a lo perverso. Sin embargo, también ofrece una visión mucho más positiva de las pasiones reprimidas. Quizá, después de una larga carrera indagando en las desviaciones monstruosas del deseo, un artista debe reconocer que en las fuentes oscuras del comportamiento humano hay mucho más que horror, muerte y engendros. Hay también una extraña esperanza que alimenta la intuición de que luchar contra los propios instintos disruptivos es tan infausto como entregarse sin restricción a las fuerzas del caos. ¿Qué sería de nosotros sin los flujos desconocidos que bullen en nuestras entrañas y nos motivan a crear algo nuevo en el mundo? No tendríamos arte. Y no tendríamos el cine de David Cronenberg. **U**

HONDURAS O EL CANTO DEL GALLO

DIEGO OLAVARRÍA

MIEDO A LA OSCURIDAD

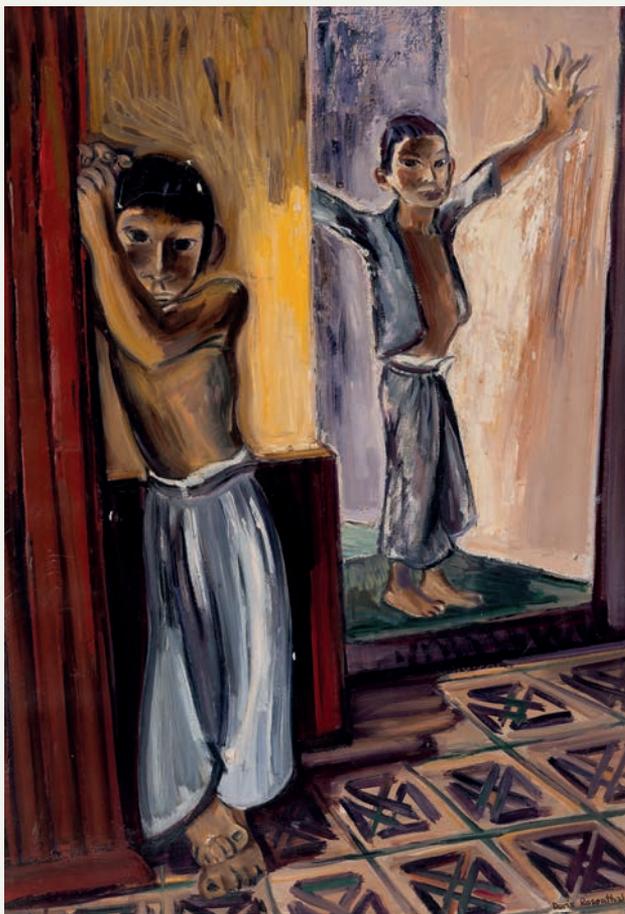
Brenda Ríos

“Me llamo Diego, tengo seis años y le tengo miedo a la oscuridad”. Así comienza *Honduras o el canto del gallo*, de Diego Olavarría. Esa oscuridad puede ser una metáfora de la infancia, de las distintas mudanzas, de no reconocer la habitación donde se despierta el niño, del temor a crecer; o bien de la oscuridad de todos esos países y ciudades donde ha vivido: Cuba, México, Estados Unidos, Honduras. La oscuridad de la memoria también, por qué no. Diego tiene seis años. Su familia se muda a Honduras por trabajo, ya que el padre es diplomático. No le gusta mucho su nuevo hogar. Pero se adapta. Hace amigos. Tantea esa revelación de mundo que es la niñez y desde la mirada adulta imagina todo eso que pasó. La voz infantil del relato se intercala con la mirada crítica del hombre que regresa a San Pedro Sula veinticinco años después a buscar algo, sin saber qué. Las cosas se pierden entre los pasillos reales de casas que dejamos de habitar y los pasillos de la memoria, esa casa endeble.

Supongo que hay dos tipos de países en el mundo: países donde la gente vive y países donde la gente muere. Países donde la gente dedica tiempo a pensar en su futuro y países donde la gente dedica tiempo y esfuerzos a evi-



Turner, CDMX, 2022



Doris Rosenthal, *Two Boys*, ca. 1930-1939.
©Smithsonian American Art Museum

tar que la maten. Honduras es un país del segundo tipo.

De Honduras se sale, se huye, no es un lugar para hacer el viaje de regreso, afirma ese mismo niño que tantea casas en la oscuridad. ¿Por qué volver? Perdió algo además de un perro bravo. Perdió algo que no recuerda qué es. Lo que hace el cronista es viajar al revés y ver qué de todo lo que recuerda sigue ahí. El espacio físico permanece. Va a la calle donde vivió, habla con los vecinos que tuvo, quiere algo, está cerca. Sigue sin saber bien qué es. Quizá esta especie de viaje detectivesco apunta al vínculo que une a esa familia: la madre joven, embarazada de la hermana, el padre que lee el periódico y tiene "el trabajo más fácil del mundo". Quizá es verse a sí mismo sentado en la mesa sin querer salir ni jugar ni correr. Un niño que se pregunta todo el tiempo si es un va-

rón o si es marica porque no actúa como se espera de él. No es feroz aunque su perro sí. Un perro que da miedo y es su modo de protegerse de los otros.

El cronista plantea desde el inicio un texto dividido en fragmentos como de diario, notas o cuaderno de viajes, con la intención de derribarnos de donde estemos sentados. El libro se divide en dos grandes temas: el relato infantil y el del viaje. Un viaje no solo al lugar físico "casa/Honduras", sino también a ese otro espacio que se busca sin saber bien qué es. No lo místico de la casa/lugar, no lo mágico, no lo territorial. Cuando dudaba de hacer ese viaje de regreso conoce a alguien que le dice que sí, que vaya, como un presagio; alguien que le "incita" a tomar la acción. Está inseguro. No sabe qué va a hallar, qué quiere lograr con todo eso. Pero lo hace.

¿Qué es Honduras?, un país como cualquier otro situado entre la pobreza, el calor, el narco, la violencia, lo que se pudre. Nada que se edifique en el carácter latinoamericanista explotado por Netflix. Muchos

de los barrios antiguos de las clases privilegiadas, blancas, herederas de las familias vinculadas a la industria o al comercio de importación en América Latina se convirtieron en barrios con mansiones estilo Miami resguardadas por policías armados. Perú, Colombia, México, El Salvador, Honduras... Lo que era para esas compañías ahora es del narco, de las empresas de lavado de dinero. América Latina, en su tamaño y complejidad, sigue siendo la maquila, el patio sucio, el vertedero de aguas negras de todo aquel que arriesgue capital y prestanombres. Como bien apunta Olavarría, es

un lugar donde las corporaciones gringas compraban hectáreas a cambio de centavos y los jornaleros recogían plátanos en condiciones dignas del medioevo. Honduras: una sociedad que es, que fue, hacendados, capataces, tenderos, criminales.

Quizá es la inquietud de la clase media: un escritor no siempre vive mal; muchos viajes, becas, premios, pero está "inquieto", le falta algo. Al relato más personal de Olavarría se suma una intranquilidad de otra índole. ¿Espiritual? ¿Se puede tener duda en el que confía en su propia historia inventada, la familiar?

¿Qué permanece en la memoria? El jardinero mata a una serpiente con un ladrillo en la cabeza para que él pueda jugar a la pelota en el patio. Al parecer, la mamá de uno de sus amigos de escuela, llevada por los celos, asesina a la empleada doméstica y la familia debe salir del país. Misterios que se vislumbran apenas. Que no se resuelven. La infancia es un aeropuerto: sus amigos se van; al final todos se van. Él mismo se irá también.

La reconstrucción de la infancia se inclina hacia la ternura sin que sea amelcochada. Su escritura rechaza el melodrama y cuanto narra se percibe como "verídico": así habla un niño, así ve un niño, así recuerda ese mismo niño veinticinco años después. La memoria es una pista de canción que recordamos por fragmentos. Algo puede detonarlos, una charla sobre bitcoins, la realidad digital o la última película de Cronenberg. Basta que alguien diga "algo" que abra esa cajita, un pedazo de tela, un color. Lo que sea.

En *Paralelo Etiópe* (2015) ya Olavarría logra el tono de viajero "crítico" y observador participante de su más reciente novela: está, toma notas pero se mantiene distante, extranjero; solo se involucra en la medida de lo posible. Quizá por eso sus crónicas funcionan como vitrinas de países, cafés, hoteles, bares, calles, lugares variopintos don-

de podrían quitarnos los zapatos en los aeropuertos y revisarnos los papeles y juzgarnos por nuestro color de piel, nuestra ascendencia genética, nuestra profesión, nuestro acento al responder en inglés lo que nos preguntan. En Etiopía sucede la aventura pero también la crítica fuera de la burbuja de lo "turístico". No se viaja para el relax, sino para conocer el contraste entre aquí/allá, esto/otro, yo/otro. Lengua, comida, territorio, intercambio de expresiones idiomáticas. ¿Qué se busca en un bar a las 2 am, cuando la ciudad duerme y nosotros no podemos hacerlo?

Salir de casa (sea esto lo que sea) es arriesgarnos a no reconocernos fuera de ella. Se habla mucho de los viajes y los viajeros, es verdad. Si bien a lo largo de la Historia muchos viajes se hicieron por razones de comercio o por la guerra seguimos novatos en el viaje de exploración de la curiosidad. Qué hay más allá de esta lengua, de este modo de cocinar los alimentos, de esta manera de criar niños y hacer crecer las plantas.

El libro de Olavarría atraviesa una historia de dureza geográfica en una parte de América que no solemos mirar tan de cerca. El centro del continente es un espacio borrado. No tiene la exuberancia del Brasil enorme, ni es la Argentina efervescente y europeizada. Es el ombligo de un territorio triste, paupérrimo, sobreexplotado, del que muchos buscan irse, moverse. Las caravanas de migrantes que llegan a México son inmensas. Y nadie quiere mirarlas. La indigencia en las calles es tan abrumadora como invisible. Multitudes cruzan la frontera, llegan a albergues donde la mayor probabilidad es que los documenten para enviarlos de vuelta. El sueño americano está a miles de kilómetros y la gente a cargo son personas que resguardan la puerta a mano armada, justo como en las tiendas del centro de San Pedro Sula. La oscuridad cobra otra naturaleza entonces. El niño viajero describe:

Me gusta mudarme de casa porque cuando me despierto a media noche me olvido dónde estoy. Miro a mi alrededor y no reconozco las paredes ni los pasillos.

Cuando exploro una casa nueva de noche, tengo que ir tanteando las paredes, probando puertas hasta dar con la que busco: el baño, la cocina, la recámara de mis papás.

Es mi casa, pero todavía no es mi casa. Es algo que será.

El escritor regresa sobre lo que aún no era. Escribir es tantear esas paredes, no reconocerlas, tocar un poco con la punta de la memoria aquello que se deje tocar. **U**

EL CAPITALOCENO. UNA HISTORIA RADICAL DE LA CRISIS CLIMÁTICA

FRANCISCO SERRATOS

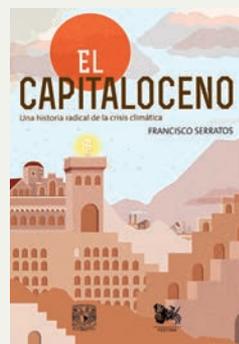
GENEALOGÍA DE LA CRISIS CLIMÁTICA

Oswaldo Gallo Serratos

Una revisión somera de la bibliografía sobre la crisis climática basta para confirmar el poco tratamiento que se le ha dado en español. Aca-so se encuentren artículos especializados en revistas indexadas o libros sobre el impacto del calentamiento planetario a nivel local, pero carecemos de estudios más amplios, con un abordaje conceptual más que práctico y global más que regional. Por eso *Capitaloceno*, de Francisco Serratos, es una obra indispensable en los estudios sobre el tema.

Su autor presenta una radiografía de lacerante nitidez de las causas que subyacen a la crisis climática, a la que bien podemos catalogar de ecológica (del griego *οἶκος*: "casa") por mor de la precisión. Cuando se habla de una crisis medioambiental, su impacto se limita al ámbito local; su dominio, al de las ciencias naturales. Que sea, más bien, una crisis ecológica implica repercusiones a escala global en ámbitos aparentemente inconexos como la cultura y las artes, la política, la religión, la economía y, desde luego, las ciencias naturales. Una crisis ecológica, en otras palabras, es más amplia que una crisis medioambiental, pues abarca la totalidad de la "casa" común que es el planeta. Frente a la tentación de responder a la crisis desde una perspectiva exclusivamente científica natural, quienes teorizan sobre ella desde las ciencias sociales y las humanidades se enfrentan al desdén no solo de buena parte de la población de a pie, sino del mismo reduccionismo académico. Su labor es doblemente meritoria.

La distribución de *El Capitaloceno* es en lo general cronológica, no temática. Llamen la atención los títulos de los capítulos que se limitan a resaltar años clave en el desarrollo de la crisis ecológica: 1450, 1648, 1909, 1945, 1970... La profusión de los datos a partir del siglo XX da cuenta de la "Gran aceleración" que experimentó la humanidad desde el fin de la Segunda Guerra Mundial: "El Capitaloceno es un proceso que en cierta medida surgió de una crisis y a partir de ella se ha desarrollado de diferentes maneras en diferentes formas". La necesidad de acuñar un concepto nuevo para referirse a la crisis climática —ya decían Deleuze y Guattari que crear conceptos es el arte de quien filosofa— obedece a la



UNAM/Festina,
CDMX, 2021

insuficiencia de su antecesor, el Antropoceno. Francisco Serratos argüía una idea similar en un artículo suyo publicado en esta misma revista:

El Antropoceno en este sentido es un relato incompleto de la historia, mientras que el Capitaloceno [sic], desde su poco elegante sonido, describe la condición del planeta a partir no solo de lo humano, sino también de conceptos como colonialismo, industrialización, globalización, racismo y patriarcado.

La narrativa del Antropoceno carga a toda la humanidad con la responsabilidad de la crisis, como si se tratase de “un fenómeno que sucede en el tiempo, como un simple periodo geológico que en un punto A de la historia comenzó y que por tanto terminará en un punto B”. Una tras otra, Serratos enumera políticas de corte económico y racial que evidencian el fracaso teórico del Antropoceno: la crisis ecológica no es el resultado del dominio de una especie, el *Homo sapiens sapiens*, en el planeta, sino del dominio de un sistema económico que se gestó en la Modernidad y continúa desarrollándose hasta nuestros días, ese que favorece la acumulación del capital en el bolsillo de unos cuantos a costa del planeta entero.

Como lo indica el subtítulo, *El Capitaloceno* es una historia radical de la crisis climática, en lo más profundo de la cual se encuentra una escisión entre naturaleza y cultura que ha hecho mella en nuestra propia percepción y la de aquello que nos rodea. Serratos retoma la propuesta del neomaterialismo, diferente del materialismo marxista en tanto que concibe a los objetos no como una materialización de relaciones sociales, sino como agentes de una cadena de relaciones humanas y no-humanas. Entre los exponentes más destacados de esta corriente, además de Donna Haraway, Anna Tsing y Timothy Morton, se encuentra Jason W. Moore, a quien la línea argumentativa del libro sigue de cerca para situar el origen del Capitaloceno en la historia de las ideas. La tesis de Moore es que las bases políticas, sociales y económicas del Capitaloceno tuvieron lugar en la Modernidad temprana, en un periodo clave que transcurre de 1450 a 1750, cuando se populariza la economía fósil de la Revolución Industrial. Señala, además, que los componentes fundamentales del Capitaloceno son tres: la naturaleza barata —con todo lo que conlleva, desde la esclavitud hasta la necesidad de producir comida y energía a gran escala—, el desarrollo de la técnica y una metafísica dualista. Esta última, que en Descartes encontró a un buen hijo de su tiempo, merece especial atención. La distinción entre el hombre

(*res cogitans*) y la naturaleza (*res extensa*), amén de un cariz androcéntrico, supone una relación de oposición para la cual lo natural solo tiene un valor instrumental. Vista así, la Revolución Industrial no es causa sino consecuencia de una crisis que se gestó mucho antes de que los primeros estragos del calentamiento global se hicieran evidentes, al menos a una escala regional.

Que la Modernidad trajo consigo una nueva forma de organizar la naturaleza responde, más que a postulados filosóficos, a necesidades políticas y económicas. La escasez de recursos y la paz forzada entre las naciones europeas en la segunda mitad del siglo XIX hicieron necesaria la institución de un régimen económico global, el imperialismo, cuyo éxito dependía en buena medida del establecimiento de zonas de extracción y zonas de mercado "dependientes unas de otras, pero con distintas formas de administración política, económica, militar y, sobre todo, ecológica". Ya Marx, en *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, había criticado la falta de límites del capital: cada récord que impone no es sino la base para romper el siguiente. La acumulación de un supuesto capital ilimitado solo sería posible en un planeta con recursos también ilimitados. El nuestro no puede sostener el ritmo de crecimiento que le hemos impuesto.



Sangre Grande, 2021. Fotografía de Renaldo Matamoro. Unsplash ©

A pesar de la carga de evidencia que autores como Serratos presentan a la hora de señalar el sistema económico capitalista como la principal causa de la crisis ecológica, no pocos objetan contra el Capitaloceno que su contraparte económica, el socialismo, ha sido igual de perniciosa. En ese contraejemplo se bate la capacidad de imaginar una salida a la crisis o termina por fraguarse un escenario derrotista. La respuesta del libro se limita a puntualizar, por una parte, que los sistemas socialistas más importantes del siglo XX, el maoísta y el soviético —se echó en falta la Cuba actual—, cometieron crímenes de lesa humanidad al tiempo que devastaban ecosistemas enteros; sin embargo, mientras que el impacto ecológico en ambos casos se circunscribía a un nivel regional, en el caso del capitalismo, con sus ya mencionadas zonas de extracción y de mercado, su impacto ha sido a una escala global. A primera vista, esta disimilitud bastaría para preferir un sistema económico por encima de otro, pero Serratos rehúye de la respuesta ingenua: ni el capitalismo ni los modelos socialistas que hemos conocido son siquiera cercanos a un modelo sostenible de relación con la naturaleza. Es por ello que el autor apela a la capacidad imaginativa de hallar un camino que nos permita sobreponernos a la catástrofe. Ante los restos de un planeta vejado por un sistema de producción y consumo que no puede mantener, ante una violenta ruptura entre naturaleza y cultura, y ante un panorama desolador que avanza conforme los grados de la temperatura global, *Capitaloceno* incomoda porque interpela la narrativa simplona de la responsabilidad climática compartida. Es verdad que las acciones individuales repercuten porque suman, pero también lo es que necesitamos alicientes y referencias teóricas para politizar esta crisis. Devastación medioambiental, extinción masiva de especies, desigualdad social, hambruna, violencia contra mujeres y comunidades marginadas, injusta distribución de la riqueza y un largo etcétera: en el relato del Capitaloceno se entrelazan muchas otras causas, pero si perdemos la ecológica, las habremos perdido todas. **U**

NUESTROS AUTORES



María Paz Amaro

(Santiago de Chile, 1971) se doctoró en historia del arte. Autora de la novela *Anatomía de un fantasma*. Su libro más reciente, *Tres formas de sostener el mundo: Los Atlas de Gerhard Richter, Luis Felipe Ortega y Alex Dorfsman* fue ganador del Premio Nacional de Ensayo sobre Fotografía 2016.



Sergio Raúl Arroyo

es doctor en antropología y arte. Fue director general del INAH y del Centro Cultural Universitario Tlatelolco, donde desarrolló el concepto original del Memorial del 68. Es curador y escritor. El 1 de junio de 2022 recibió la Palma que otorga la Academia Mexicana de Ciencias Antropológicas.



Sheerly Avni

es escritora y editora. Vive en Amanalco con su esposo, tres perros y un ejército beligerante de colibrís.



Gioconda Belli

(Managua, 1948) es una escritora nicaragüense y militante del Frente Sandinista de Liberación Nacional. Su novela *El país de las mujeres* obtuvo el Premio Hispanoamericano de Novela La Otra Orilla en 2010.



Lydia Cacho

(Ciudad de México, 1963) es periodista, activista social y escritora. Es especialista en investigación de violencia de género, salud, infancia y delincuencia organizada. Así mismo es una reconocida especialista en cobertura periodística en situaciones de riesgo.



Marie Charrel

es periodista de *Le Monde*, donde trata temas de macroeconomía internacional. Es autora de libros como *Una vez no cuenta*, *Los niños indóciles* y *Estoy aquí para conquistar la noche*. Ha participado en varios proyectos colectivos y colecciones de cuentos.



Carla Gloria Colomé

(La Habana, 1990) es una periodista cubana. Tiene un máster en comunicación por la UNAM y actualmente es estudiante del máster de periodismo bilingüe de la Newmark J-School, en CUNY. Fundadora de la revista *El Estornudo*, en 2021 fue merecedora del Premio de Periodismo Joven Cátedra Mario Vargas Llosa.



Anna Freixas

(Barcelona, 1946) es una escritora feminista y profesora de universidad jubilada. Sus líneas de investigación son el envejecimiento de las mujeres, la coeducación y el feminismo; así como la evolución de la investigación y la docencia en psicología desde una perspectiva de género.



Gabriela Frías Villegas

estudió licenciaturas en matemáticas y literatura, y es doctora en filosofía de la ciencia. Se desempeña como investigadora del Programa Universitario de Derechos Humanos de la UNAM. Está interesada en procesos interdisciplinarios que involucran el arte, la literatura y la ciencia.



Oswaldo Gallo Serratos

(Ciudad de México, 1992) es filósofo y ensayista. Profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y del departamento de Filosofía de la Universidad Iberoamericana, campus México. Ha publicado en *Tópicos*, *Open Insight* y *Newman Studies Journal*.



Mar Gómez

es doctora en ciencias físicas y directora meteorológica de *eltiempo.es* y *clima.com*



Verónica González Laporte

es periodista, traductora y escritora. Se doctoró en antropología por la Universidad de la Sorbona en París. Es autora de tres novelas históricas y de una biografía. Actualmente se encarga del acervo histórico de la *Revista de la Universidad de México*.



Karim Hauser

(Monterrey, 1972) estudió relaciones internacionales en el ITAM, donde fundó la revista *Urbi et Orbi*, y periodismo en Goldsmiths (Universidad de Londres). Ha sido periodista de la *BBC* y corresponsal en Medio Oriente. Trabaja como coordinador de política internacional en Casa Árabe, con sede en Madrid.



Alejandro Heredia Barbero

es doctor en ciencias por la UNAM. Desde 2013 se desempeña como investigador en el Instituto de Ciencias Nucleares de la misma universidad.



Manuel Hernández

practica el psicoanálisis en la Ciudad de México, es miembro de la École lacanienne de psychanalyse y director de Litoral Editores. Ha publicado dos libros: *El sueño de la inyección a "Irma"* y *Lacan en México. México en Lacan. Miller y el mundo*, así como numerosos artículos en México y el extranjero.



Yasunari Kawabata

fue un novelista japonés nacido en Osaka en 1899, graduado por la Universidad Imperial de Tokio. En 1968 se convirtió en el primer japonés en ganar el premio Nobel de Literatura. En 1972 enfermó y, deprimido, se suicidó.



Ralf König

(Soest, Alemania, 1960) salió del clóset a finales de los setenta. Ha obtenido múltiples distinciones como mejor dibujante de cómics alemán e internacional en varios salones del cómic y actualmente es considerado uno de los mejores humoristas de Europa.



Magali Lara

es artista visual, gestora y maestra. Trabaja con el cuerpo y las emociones a través de ensayos visuales y de temas como la identidad, lo femenino y la otredad. Ha expuesto en museos nacionales y en el extranjero.



Aldo Martínez Sandoval

(Ciudad de México, 1993) fue becario de dramaturgia en la Fundación para las Letras Mexicanas y de la residencia Dínamo 7 de Interdram (Chile). Obtuvo mención honorífica del III Premio Carlos Monsiváis de Crónica. Sus obras se han montado y publicado en México, Chile, EE. UU. y Argentina.



Lisa Mosconi

es reconocida por su investigación sobre el diagnóstico temprano de Alzheimer en individuos de riesgo, especialmente entre mujeres. Ha publicado un centenar de artículos en revistas médicas especializadas y recibido diversos premios por su trabajo científico.



Alejandra Ortiz Medrano

es aficionada a los dinosaurios desde niña, y eso la llevó a estudiar biología en la Facultad de Ciencias de la UNAM, donde también hizo un doctorado en el Instituto de Ecología y el Diplomado de Divulgación de la Ciencia. Trabaja en el equipo directivo de la Universidad del Medio Ambiente.



**Elva Peniche
Montfort**

es historiadora del arte. Trabajó en el Centro de Documentación Arkheia del MUAC. Cursa el doctorado en historia del arte en la UNAM. Es profesora en la ENCRyM y miembro del seminario Despatriarcalizar el archivo.



**Lesly
Portocarrero**

es especialista en medicina interna, endocrinología y neuroendocrinología. Actualmente trabaja como docente en el Curso de Alta Especialidad en Neuroendocrinología del Instituto Nacional de Neurología y Neurocirugía, donde también da consulta externa. Es Miembro del Sistema Nacional de Investigadores.



**Joca
Reiners Terron**

(Brasil, 1968) es autor de obras como *La tristeza extraordinaria del leopardo de las nieves* y *Do fundo do poço se vê a lua*, por la que recibió el Premio Machado de Assis de la Biblioteca Nacional en 2010. Ha traducido obras de Enrique Vila-Matas, Richard Brautigan, Mario Levrero y Roberto Bolaño.



**Brenda
Ríos**

es ensayista, poeta y traductora. Estudió la maestría en letras latinoamericanas en la UNAM. Ha impartido talleres de escritura creativa, ensayo, crónica y poesía. Publicó el poemario *Escenas del jardín* y los libros de ensayo *Las canciones pop hacen pop en mí* y *Empacados al vacío, ensayos sobre nada*.



**José Eugenio
Sánchez**

es autor de los libros *Jack boner & the rebellion*, *Suite prelude: A/HINI*, *Galaxy limited café*, *Escenas sagradas del oriente*, *La felicidad es una pistola caliente* y *Physical graffiti*. Fue Miembro del SNCA del Fonca e invitado por el International Writing Program de la Universidad de Iowa.



**Marta
Sanz**

(Madrid, 1977) es una novelista multipremiada que ha escrito también cuentos, poesía y ensayos. Es doctora en literatura contemporánea.



**Abraham
Villa Figueroa**

(Morelia, 1995) estudió filosofía en la UNAM. Escribe crítica cinematográfica y literaria. Es uno de los editores de *El Cine Probablemente*, revista de cine impresa.



**Carmen
Villoro**

(Ciudad de México, 1958) ha publicado varios libros de poesía y libros para niños. Ha obtenido diversos premios dentro y fuera de México. Es miembro del Seminario de Cultura Mexicana y directora de la "Cátedra de Arte, Poética y Literatura Fernando del Paso" de la Universidad de Guadalajara.